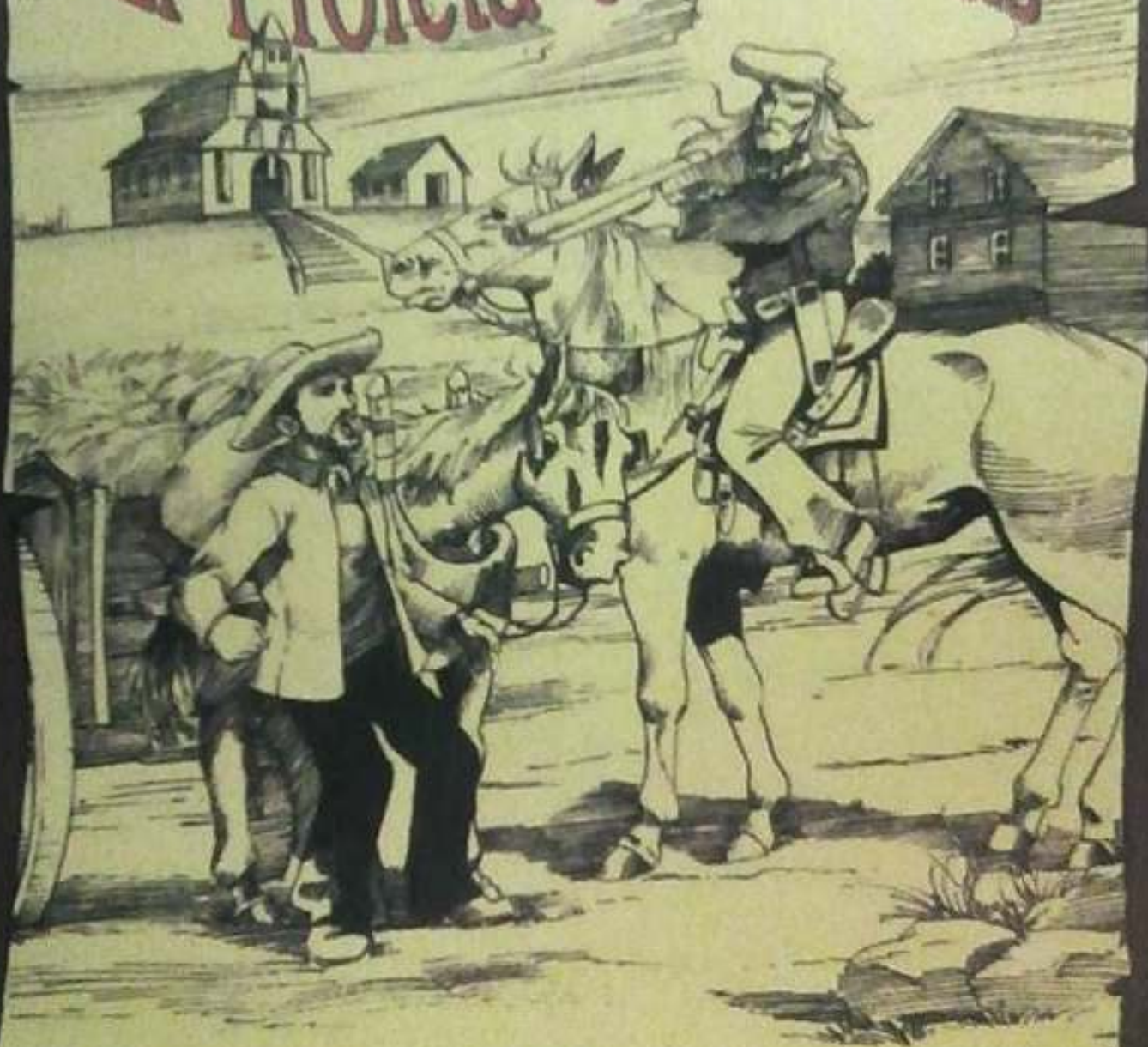


El Profeta de Pedras



Gersi Alfredo Bays

Fonito

GERSI ALFREDO BAYS

El Profeta de Pedras

Novela escrita originalmente en esperanto

Traducción de Antoni Martí

2017

Título original: *La Profeta el Pedras*

© Gersi Alfredo Bays

© Antoni Martí

FONTO

Caixa Postal 49

BR-89801-970 Chapecó-SC

Brasil

Primera edición: 2017

Primera edición digital: 2018

Al inicio de la década de 1930, cuando la versión brasileña del fascismo — el movimiento de los camisas verdes y el símbolo sigma de los llamados «integralistas» — aparece en el sur de Brasil, Ludvig Kapstein, un judío no practicante, decide abandonar la ciudad e irse a vivir lejos. Apodado el Profeta por su larga barba, su sabiduría y su espíritu innovador, es en el pequeño pueblo de Pedras, en algún lugar a orillas del río Uruguay, donde encuentra su nuevo hogar. Su familia, sus amigos, su optimismo y su espíritu emprendedor le ayudarán a convertirse en uno de los vecinos más respetados de Pedras, hasta que un día se presentan los bandidos...

El Profeta de Pedras es un libro cómico y trágico, lleno de las pequeñas y grandes historias que la vida comporta. Fue publicado por primera vez en esperanto en el año 2000 y ha sido traducido a idiomas como el catalán, el chino, el italiano, el portugués y el vasco.

* * *

Gersi Alfredo Bays (Itá, Santa Catarina, Brasil, 1934) es uno de los editores más importantes del mundo esperantista. Aprendió esperanto a los 13 años. Ha trabajado como profesor de idiomas: inglés, esperanto, francés, latín y portugués. En 1980 fundó en la ciudad de Chapecó la editorial Fonto y una revista homónima dedicada al mundo de la literatura en esperanto. Fue miembro de la Academia de Esperanto entre los años 2000 y 2009. En 2014 fue elegido miembro de honor de la Asociación Universal de Esperanto.

CERVEZA NEGRA, CERVEZA RUBIA

Hacía mucho calor en enero de 1934 en Porto Alegre. En el entresuelo del bar de Bepi, en el barrio de Bom Fim, los borrachos refrescaban sus cuerpos con cerveza y sus almas con canciones:

*Cerveza negra,
Rubia cerveza,
Todas se suben
A la cabeza.*

No cantaban en la lengua del país, sino en un dialecto brasileño del habla veneciana, llamado talián para distinguirlo del italiano estándar. Cantaban así:

*Bira blonda,
Bira scura,
Tola tonda,
Mai paura.*

El estribillo se repetía una y otra vez, hasta el hartazgo. De vez en cuando se desafiaba a alguien para que creara una estrofa especial, la cual debía contener palabras con un significado erótico oculto. ¿Es difícil entender que cerveza significa mujer?

Se bebía —y se abusaba de la bebida— en la parte posterior del entresuelo, donde había poca luz. La mesa no era redonda, pero la gente se sentaba formando un círculo. En esta parte del bar había una barra especial con un camarero exclusivo para los amantes de la cerveza. Y en la entrada, tres escalones más abajo, una gran barra para los demás clientes. Éstos normalmente no veían a los bebedores de cerveza, pero sí podían oír sus cantos, a veces no muy elegantes. Las palabras se podían entender, aunque no se comprendiera su doble significado.

Uno de los parroquianos era el Profeta. Era el único judío renegado entre un grupo de católicos italianos que no respetaban ni a los curas ni a la Iglesia. Por el contrario, blasfemaban religiosamente cantando con fervor. Algunos de ellos eran

anarquistas, aunque no supieran muy bien lo que significara la palabra «anarquía».

Hoy el Profeta no quería estar en la mesa. Por eso bebía su cerveza de pie, junto a la barra. De alguna manera participaba en la alegre celebración de sus amigos. Todos le apreciaban por su generosa ayuda a la hora de pagar las cuentas del grupo.

Le llamaban el Profeta justamente por su apariencia: largo cabello negro, un poco desordenado, y una barba larga verdaderamente «profética». De este modo, parecía mucho mayor de lo que realmente era. Algunos le llamaban «camarada anarquista», a lo que él respondía con una sonrisa de suficiencia.

Ahora bebía su cerveza de pie en el balcón, y elevaba su vaso saludando a los amigos. Uno de ellos bromeó:

—Profeta, hoy presiento que vas a beber cerveza negra... ¿Qué te apuestas?

Lo desafió así porque desde su posición el Profeta no podía ver que, misteriosamente, había entrado una mujer. Una mujer morena. El Profeta le daba la espalda. Misteriosamente, porque allí no acostumbraban a entrar mujeres. Las mujeres no van a los bares.

Y la mujer pidió una cerveza... ¡rubia!

—No voy a apostar, porque tú ya has perdido. Yo bebo rubia, ¡anarquista cristiano! —respondió a quien le había retado.

Todos se echaron a reír e hicieron gran escándalo golpeando la mesa con las manos y el piso con los pies. La presencia de una mujer los enfervorizó en el beber y el cantar. Entonces el Profeta sospechó que algo pasaba, miró a su alrededor y la vio.

—¡Oh, qué agradable e inesperada compañía!

—¡A tu salud, Profeta! —ella lo saludó por el nombre que había oído y lo desafió bebiéndose todo el vaso de un trago y pidiendo otro.

—Ponlo a mi cuenta —dijo el Profeta al camarero, y la invitó a sentarse en una mesa tranquila, un poco lejos del balcón y de sus escandalosos amigos. Éstos adivinaron fácilmente que aquel día él bebería «cerveza negra»...

Ella aceptó la invitación con una sonrisa. Nunca antes había hecho algo así. Para ella también era un desafío: primero, entrar en un bar, y luego, sentarse con un desconocido. Allí bebieron y charlaron.

—¿Cómo te llamas, preciosa?

—Luisa Dimarti. Tú seguro que no te llamas Profeta, pero el aspecto lo tienes. Y si mi intuición no me engaña, o si me atrevo a preguntarlo, sólo falta decir que... ¿eres judío?

—Bueno, no es raro que la gente piense eso viendo mi cara, pero sólo soy judío en la barba. También hay muchos judíos en el barrio, ¿no? Sí, italianos y alemanes son mayoría, pero los judíos también abundan.

—¿Y cómo te llamas?

—Ludvig Kapstein. Es un nombre raro, ¿verdad?

—No necesariamente. Yo también quiero «profetizar» algo, por no decir adivinar, y es que tu nombre lo escribieron mal en tu partida de nacimiento.

—Si puedes adivinar eso, dime, ¿cómo se escribe mi nombre?

—Escribieron «v» en lugar de «w». En cuanto al apellido, tengo dudas...

—Sí, ¡así es! ¿Cómo puedes saberlo?

—Soy profesora de instituto. Observando los nombres de los alumnos me di cuenta de que los apellidos italianos se escriben erróneamente con más frecuencia todavía que los apellidos alemanes. La razón es muy sencilla: los italianos tienen un sonido más parecido al portugués, de modo que la gente sabe escribirlos. Los apellidos alemanes son tan difíciles que la gente se ve obligada a preguntar cómo se escriben.

—Siendo así, debieron de escribir Luiza, con «z», en vez de con «s», ¿no?

—Exacto. De esa manera se alteran muchos nombres, y la gente que ya no habla la lengua de sus orígenes los pronuncia con la fonética del portugués. ¡Es un poco extraño!

Los bebedores celebraron el encuentro del Profeta con la mujer morena cantando su estribillo a pleno pulmón, y añadiendo nuevas estrofas fruto de la inspiración del momento. ¿Sólo el Profeta las entendería? ¿Serían también comprensibles para la profesora que lo acompañaba? De ser así, resultaría un poco incómodo.

—Si «traduzco» bien sus palabras, me parece que tus escandalosos amigos intentan hacer alusiones picantes sobre mi presencia, ¿no?

¡Ah, sí que entendía! Así fue como el Profeta, después de beber y hablar lo necesario, le propuso un paseo a Luisa.

—Acepto.

Se despidieron y se fueron mientras los amigos protestaban.

Pasaron un poco y se sentaron a la sombra de un gran árbol. El Profeta supo que ella era profesora de música y canto y que le gustaba dibujar y tocar el piano. Ella, por su parte, se enteró de que él era arquitecto y que también le gustaba la fotografía y la música. Era violinista *amateur* y aparte de eso coleccionaba mariposas y otros insectos.

¿Se encontrarían para tocar música juntos?

Luisa ya quería despedirse de su nuevo conocido, más bien a su pesar, pero temía que alguien la viera con él. ¿Por qué temía? ¿Acaso no tenía vacaciones todo el mes?

—Nos volveremos a ver en lo de Bepi, ¿no? ¿Mañana? Para mí sería un gran placer.

—Es posible. Pero no puedo prometer nada.

—¿Me permites que te acompañe a casa?

—No, gracias. No lo hagas. Vivo cerca y prefiero ir andando yo sola. Ha sido un placer conocerte, Ludvig. Adiós.

—Más placer he tenido yo, Luisa. Me encantará volver a verte. Ya te habrás dado cuenta de que tenemos el mismo nombre, porque Ludvig corresponde a Luisa.

—Sí, claro. Bueno, tocayo, adiós.

—Adiós, Luisa. No dejes de volver.

Luisa se marchó y él se quedó como petrificado. Cuando ella estaba ya lejos, él dijo «adiós» en voz baja e hizo un gesto de despedida. Como si lo hubiera oído, ella se dio la vuelta, lo miró por última vez y se despidió nuevamente haciéndole un gesto con la mano.

El corazón del Profeta se llenó de una felicidad desconocida hasta entonces.

¿Pasó demasiado rápido?

En la primera esquina, ella tomó otra dirección. Él esperó un poco y de pronto quiso correr tras ella, al menos hasta la calle en la que había desaparecido. Cuando llegó, ella ya no estaba.

* * *

Volvieron a encontrarse en el bar. Los encuentros se hacían cada vez más largos. Pero ella prefería sentarse a la sombra del gigantesco árbol de la plaza. Él llevaba cerveza... después otra cerveza... y una más... La conversación allí debajo se hacía cada vez más íntima. Hablaban sobre todo de música. De enseñanza. De arquitectura, de fotografía y de insectos. Un poco sobre vinos... Él ya la había fotografiado. Muchas veces. Ella dibujó su cara de profeta. Realizó muchos trazos para el pelo y la barba.

Pero sus encuentros bajo el árbol ya no eran a solas. Otros los imitaron. Se pusieron mesas y sillas. Finalmente alguien instaló un nuevo bar bajo el árbol, aprovechando su sombra.

Una tarde, mientras estaban juntos, vieron a un joven con una extraña camisa verde. Él se lo comentó, porque el joven estaba un poco lejos, pero lo examinaba todo a su alrededor y miraba a los presentes con mucha atención.

—Sí, ya he visto a aquel tipo. Hay varios dando vueltas por el barrio. ¿No te has dado cuenta de que llevan una especie de insignia en el brazo? Una M mayúscula de costado.

—¡Diablos, es la letra griega sigma! Imitan a los camisas pardas alemanes y su maldita esvástica. Han cambiado el color y el símbolo en nuestro país, demostrado tener por lo menos mejor gusto que los nazis. Y no es una M de costado, sino la letra griega sigma. ¿Qué diablos significa? Esto huele mal.

Y efectivamente apestaban aquellos «integralistas», un grupo de fanáticos con ideas similares a las de los nazis.

No quisieron quedarse en la plaza y volvieron al bar de los amigos.

—¡Bienvenido el que vuelve!

—¡Los que vuelven, mejor dicho!

Pero ellos ya no participaron del canto y del ruido. Se sentaban en su rincón.

Uno de los amigos se les acercó:

—Pido permiso para informar de algo al Profeta.

—Adelante.

—Hemos recibido la extraña visita de un tipo vestido con una especie de uniforme. Camisa verde con una M de costado en la manga.

—¿Hasta en los bares entran? Exactamente como en Alemania. Imitan a los nazis. Han cambiado el color de la camisa y el símbolo. ¿Qué quiere decir eso? ¿Ya están exportando los nazis sus ideas y nos las quieren colar aquí?

—Mira —dijo el amigo—, nosotros también sospechamos de algo político. El de la camisa verde le ha echado una mirada a todo, ha examinado atentamente las caras de los clientes, no ha tomado nada y se ha ido sin decir ni una sola palabra.

Después de esta primera sospecha todos volvieron a sus ocupaciones personales de cada día.

* * *

Pasaron días y semanas.

Y volvió a ocurrir algo sospechoso con un camisa verde, el cual entró en el bar con un papel en la mano y preguntó a Bepi:

—¿Hay judíos entre sus clientes? ¿Conoce a algún judío aparte de los de esta lista?

Bepi ya había oído hablar sobre aquel asunto de los nombres judíos y contestó:

—No sé leer bien y sólo conozco a mis clientes y a algunos vecinos.

El «oficial» le obligó a leer todos los nombres. Bepi alargó la lectura, llenándola a propósito de errores.

—Sólo conozco a algunos. Pero a mí no me importa si son judíos o no. Lo único que me preocupa es tener mis clientes. ¿A quién le interesa este asunto de los judíos?

—No haga preguntas. Y mantenga la boca cerrada sobre lo que le he preguntado. Más vale que se informe mejor. De lo contrario destruiremos el local. ¿Entendido?

* * *

A pesar de estos extraños acontecimientos, la gente siguió bebiendo y cantando «cerveza negra, rubia cerveza...».

También Ludvig y Luisa siguieron encontrándose más a menudo. Aunque siempre solos en su rincón.

Para no caer en una vorágine de preguntas y respuestas, se pusieron de acuerdo en contarse sus vidas por turnos. Ella insistió para que fuera Ludvig quien empezara. En vano él intentó convencerla de que... «las mujeres primero».

LUDVIG KAPSTEIN

Nota para Luisa Dimarti:

«Mi madre murió cuando yo era un niño. No la recuerdo. Mi padre era muy religioso, por no decir beato. Severo. Mi infancia y mi juventud transcurrieron básicamente dentro de casa. Él quería que yo aprendiera a comerciar con relojes y joyas, pero sobre todo que estudiara religión y lengua hebrea. ¿Dónde? Si no en Porto Alegre, si no en Brasil, entonces en Europa. ¡En Alemania!

Allí fui después del instituto. No me atreví a decirle a mi padre que iba de mala gana. Sin embargo, el deseo de viajar y de conocer otros países, de vivir en otro mundo, me hizo olvidar mi aversión por los temas religiosos y hebreos.

En Núremberg estudié en la Facultad de Arquitectura. Además tenía que satisfacer los deseos de mi padre. Progresaba a duras penas en el estudio de la Biblia y del hebreo. Pero debía demostrarle a mi padre que progresaba. Un compañero y amigo me ayudaba a escribir las cartas. Las escribíamos en alemán, con algunas palabras en hebreo. Siempre con errores, para que mi padre comprendiera que era un principiante. Él me señalaba los errores, corregía las cartas y me las reenviaba, para que aprendiera de mis propios errores. Al cabo de unos meses me servía de aquellas mismas cartas para responder evitando repetir los mismos errores. Mi progreso en los estudios iba a paso de tortuga. Los errores más graves tenían que ver con comentarios sobre cuestiones religiosas. A veces mi padre me criticaba severamente, sospechando que no asistía todos los sábados a los servicios religiosos. Tenía razón.

Una vez no recibí respuesta a mi última carta. Pasaron meses de espera. Temiendo que se hubiera perdido, escribí otra. No hubo de nuevo ninguna respuesta. Entonces le escribí a un tío mío. Tras una larga indecisión, éste se atrevió a decirme que mi padre había muerto. Había sido una muerte súbita, del todo inesperada. Me dijo que nadie había tenido el valor de escribirme.

A pesar del remordimiento, dejé pasar mis estudios bíblicos y del hebreo. Por otra parte, los desórdenes políticos empezaban a preocupar a la gente. La vida no resultaba fácil. Y más grave aún, se hablaba de persecución a los judíos. ¡También en Alemania! Pensé

en trasladarme a Viena. Pero también de allí me llegaron malas noticias. A pesar de todo, terminé la universidad.

De nuevo en Brasil. En Porto Alegre. En el barrio de Bom Fim. Con los amigos. Profesionalmente prosperé sin dificultad. Tenía incluso demasiado trabajo. ¿Por qué trabajar tanto? Si me hubiera quedado en Alemania, mi suerte podría haber sido terrible.

¿Esto pasaría sólo en Europa? Algunas indirectas me llevaron a dudar de que la muerte de mi padre se hubiera producido por causas naturales. La sospecha de que me hubieran escondido la verdad se transformó en certeza: ¡alguien lo había asesinado! Las investigaciones de la policía resultaron infructuosas.

Ahí estaba yo, sin padres, sin hermanos, hijo único... ¿Para qué trabajar tanto?

Me dediqué a la música. En ella encontré consuelo. Aparte de eso, sacaba fotos y coleccionaba insectos. Me enamoré de la técnica fotográfica. Esta novedad me gustaba. Tal vez amo la fotografía porque no sé dibujar ni pintar. Me gusta mucho la pintura, pero no soy capaz de dibujar un pájaro o un gato. Pero los fotografío. ¡Qué lástima que no tengan colores!

¿Mujeres? ¡Ay, mujeres! No recuerdo a ninguna en particular durante los años de instituto. Estudiaba mucho y hacía deporte a menudo. Evidentemente, tenía preferencia por el fútbol. Jugaba de delantero. Corría más que mis compañeros.

En la facultad sí tuve muchas amigas. Nada serio. Las chicas que no eran judías preferían no comprometerse... y las judías, bah, casi todas pensaban primero en la religión. Acerca de otros asuntos con mujeres, el decoro me impide que hable.»

LUISA DIMARTI

Nota para Ludvig Kapstein:

«Nací en Nova Prata, un pueblo colonial del interior. La vida transcurría con mucha tranquilidad. Allí cursé mis primeros cuatro años de escuela. Era muy buena en los estudios. Me gustaba mucho la música: también tocaba el armonio en la iglesia. Católica, por supuesto.

Luego fui al instituto para hacerme maestra. Era la única profesión que se le podía otorgar a una mujer. La única alternativa era el matrimonio, tener muchos hijos y trabajar en casa.

En casa hablábamos un dialecto véneto que se llamaba talián, para distinguirlo del italiano. Este habla consiste en una mezcla de dialectos italianos y de portugués, muy similar al italiano.

En lo que respecta a la religión, sólo puedo decir que ya de niña sospechaba que las cosas no eran así. Sospechaba que la profesora de religión no me contaba toda la verdad. Cuando nos hablaba de los llamados pecados de la carne, se ruborizaba de tal modo que las chicas más irreverentes se reían de ella. Sí, era una escuela de monjas y sólo eran monjas las que impartían clase. ¿Dónde íbamos a obtener más información sobre el tema?

En una ocasión me propusieron hacerme monja. ¡Imagínate! No me conocían bien. Ya de pequeñas, una amiga y yo hacíamos... no me atrevo a hablar de ello.

Bueno, sí, debo decir que me enamoré. Y mi amiga también. Curiosamente, nuestros novios vivían en la misma calle, pero en el extremo opuesto. Teníamos la costumbre de pasear juntos como dos parejas.

Nos encontrábamos cada vez en casa de uno de nosotros. Nuestros novios venían a nuestra casa, pero luego salíamos a pasear y nos reuníamos en casa de ellos. Eran, cosa curiosa, casas de dos pisos con hermosos miradores, donde nos entreteníamos los domingos por la tarde jugando a las cartas. Juegos que eran cada vez más osados, con manos y piernas por debajo de la mesa... Llegamos a apostar, ella y yo, quién osaría ponerse el escote más atrevido. Al principio la cosa parecía inocente. ¿Era indecente exhibirse? ¿Los

chicos se molestarían? Al contrario: se ponían calientes y nos animaban.

Una vez estábamos solos en casa. Mi amiga me llevó aparte y me propuso algo. ¿Lo haría yo también?

Acepté la apuesta.

Nuestras efusiones amorosas iban a más. Nadie podía ver lo que hacíamos en los miradores. De lo contrario, podíamos seguir jugando a las cartas. Imagínate el resultado. Todo era palparnos, descubrirnos... Hasta que una vez no nos pudimos resistir. Provocando y acariciando, pusimos calientes a los chicos. Demasiado.

Desdichadamente, mi amiga tuvo la desgracia de quedarse en estado. ¡Por primera vez!

La amistad y los encuentros llegaron a su fin. Cuando la cosa se supo, no pude evitar ser arrastrada por el torbellino de chismorreos. ¿Cómo podía demostrar que yo no había hecho lo mismo?

Al cabo de dos meses, mi amiga se casó de prisa y corriendo. Le salió tripa. A mí no. Pero el amor se acabó. Sí, de mutuo acuerdo. Sin más pesar, sin dramas. Pero sin poder cerrarles la boca a las chismosas. No eran sólo mujeres. Tampoco mis padres y mis hermanos creían que no lo hubiera hecho, sólo que había tenido más suerte.

* * *

Así que, a finales de año, decidí abandonar el pueblo. Y me vine a Porto Alegre. Contra la voluntad de mis padres, sin su consentimiento. Me escapé.

En la estación de la gran ciudad fui presa del pánico. ¿Dónde iría sin tener casi dinero? ¿A un hotel? Imposible. ¿Entonces a dónde? Me di cuenta, aterrada, de que era una situación sin salida. ¿Volvería atrás? ¡No! Sin saber qué hacer, me puse a llorar. Desconsoladamente.

Entonces una mujer se dirigió a mí. Confié mi situación a aquella desconocida. Dijo que me entendía. También ella había hecho lo mismo unos años atrás. ¿Quién era? ¡Una maestra! “¡Yo también!”

Me llevó a su casa, donde vivía ella sola. Y me encontró un trabajo en su misma escuela. Demostró ser una mujer muy posesiva. Tenía que hacer todo lo que ella quería. No podía decidir qué hacer ni adónde ir. Una vez, un amigo ocasional me acompañó a casa. Pues bien, ella salió corriendo tras él por la calle.

Quise abandonar su casa. Pero ella ya lo sospechaba y me dijo que me haría perder mi puesto de maestra. Por eso todavía vivo aquí. Me libré de vivir en un pequeño pueblo del interior, lleno de malas lenguas, de la convivencia no siempre satisfactoria con mis padres, para verme prisionera en una gran ciudad.

¿Es suficiente?»

TERESA LANDINI

Santa Rosa está situada en el campo, lejos de las grandes ciudades. Es un pueblo muy pequeño. Una tienda, un bar, una ferretería, una talabartería, una iglesia, una escuela. ¡Y ya está! Todos sus habitantes se dedican a la agricultura y llevan una vida tranquila, olvidados del progreso.

Teresa tenía dos hermanos mayores y dos hermanitas pequeñas. Sobre sus espaldas y en sus manos recaían todas las tareas de la casa. El trabajo en los campos ocupaba todo el tiempo de sus padres y de sus hermanos. Éstos ya iban a la escuela, el primero desde hacía tres años y el segundo desde hacía dos. Lo bastante para saber leer, escribir y contar, cosas todas ellas que raramente pondrían en práctica a lo largo de su vida.

El mayor deseo de la niña era poder ir a la escuela. ¿Por qué las chicas no tienen los mismos derechos que los chicos? Cuando cumplió ocho años, suplicó en vano que la llevaran a la escuela. Las tareas domésticas eran más importantes para la familia. Se quedó en casa: limpiaba, cocinaba y cuidaba de sus hermanas, aunque la más mayor ya sabía hacerlo sola. También ellas, por supuesto, estaban destinadas al mismo trabajo doméstico. Hasta el matrimonio, cuando retomarían las mismas tareas, pero en otra casa. Extraño destino el de las chicas del campo.

Al cumplir los nueve años, ya parecía mucho más mayor. No porque fuera fea; al contrario, se había hecho muy guapa. Ya se le habían desarrollado los pechos. La pobre no sabía cómo esconder sus tetitas. Le habían salido demasiado pronto y su madre todavía no le había explicado nada.

La hermana mayor ya era capaz de ayudar a su madre, que sentía dolores en la espalda y ya no podía trabajar bien en los campos. Los niños se estaban convirtiendo en dos robustos jovencitos. Así pues, con la madre en casa, ¿por qué no dejar que también la niña fuera a la escuela?

La concesión milagrosa trajo una felicidad indecible a la niña. Se lo anunciaron un día antes de que se abriera el nuevo año escolar. Le proporcionaron ropa nueva, y hasta un nuevo par de zapatos. Le aconsejaron que los llevara en la mano, durante casi cuatro kilómetros, hasta que llegara a la escuela, para que no los estropeará antes de hora a causa del barro. Cuando fuera a entrar en la escuela, y sólo entonces, debería lavarse los pies y ponérselos. ¡Así que perfecto!

Su felicidad no se limitó a eso. Una amiga fue a visitarla el domingo y le llevó el regalo más preciado: una cartilla escolar. Estaba muy gastada. O mejor dicho, casi completamente destrozada por el uso. Le faltaba una parte de la cubierta y tenía muchas páginas arrancadas. Pero no importaba. ¡Tenía su primer libro, y eso era todo!

Miraba el libro con cariño, lo tocaba, lo acariciaba. Qué bonitas eran aquellas figuras de animales, de aves... ¿Qué misterio escondían aquellas letras junto a las ilustraciones? Su amiga le dio su primera pequeña lección:

— Se lee así: esto es un huevo, ¿no? Por eso ves un huevo y la primera letra de la palabra huevo [ovo].

—¡Pero si es un huevo!

—No, no es un huevo, se parece a un huevo. Y su sonido es el principio de la palabra. Así que esta letra es...

—¡La o, claro!

—¡Correcto! Has captado la idea. Y en la segunda imagen, ¿cuántos huevos ves?

—¡Dos! Ah, ya lo entiendo, o-v-o, así que la letra que hay entre los dos huevos es una v.

—Eres inteligente. Aprenderás enseguida. Vas a ser la primera de la clase.

Y las dos amigas rieron muy a gusto, golpearon las palmas de sus manos una contra la otra y jugaron y comieron alegremente.

* * *

Aquella noche, la niña de nueve años pero que parecía mayor para su edad, casi no pegó ojo pensando en su nueva vida. Pero el

cansancio la venció y se durmió con el libro en el pecho y el temor de no despertarse a tiempo.

Se despertó antes que su familia. Lista para ir a la escuela. Con los zapatos y el viejo libro en la mano. ¿Se encontraría con otras niñas? ¿O con niños? Ya había aprendido a desconfiar de los chicos. Dicen tonterías a espaldas de las chicas.

¡La escuela! Se sentía perdida, había sido una de las primeras en llegar. No se había encontrado con nadie por la calle. A lo mejor se había puesto demasiado pronto en camino, por sí misma. Cuatro kilómetros eran muy pocos para su alegría. Ahora ya estaba en la escuela.

Se acercó un grupo de niños y niñas. Uno de ellos le preguntó:

—¿Vas a tercero?

—No —contestó riendo—. Es mi primer año. No he ido nunca a la escuela hasta ahora.

Los demás se rieron de ella burlonamente. ¡Una niña tan mayor en primero!

Una sirena desató los gritos de los niños. Las maestras empezaron a dar órdenes. Se formaron filas en el patio. «¿Y yo a qué fila voy?»

—Los alumnos nuevos que se pongan en fila aquí, delante de mí —bramó una maestra alta y delgada como un fideo. Con gafas.

Así que Teresa se puso allí, en el último sitio. La maestra se acercó a los nuevos alumnos y ajustó la fila. Fue al final de la fila y preguntó a aquella niña más mayor:

—¿No has ido nunca antes a la escuela?

—No. Hoy es mi primer día —contestó con un rayo de alegría en los ojos y un suspiro en el corazón.

—¡Silencio! —exclamó la maestra.

Entraron en clase demasiado deprisa.

Después de haber preguntado los nombres, la edad y muchos otros detalles, la maestra empezó la lección. En primer lugar quería saber si alguien había aprendido ya a leer en casa, con la familia. Algunos levantaron la mano. Quiso asegurarse de que era verdad, así que los interrogó uno por uno. Cuando llegó a Teresa, la

última de la fila de las niñas, le preguntó si sabía leer y hacer algo de cálculo. Obteniendo una respuesta afirmativa, la maestra dijo:

—Pues escribe doscientos... —y regañó a una niña que había al lado—, veintidós... —siguió dictando a Teresa.

Teresa escribió en su pizarrín 200 y una línea debajo 22, y se lo enseñó a la maestra.

—¡Mal! Se escribe 222.

—Pero usted ha dicho primero 200 y luego 22 —osó defenderse aquella alumna demasiado entusiasta.

—¡Cómo! ¿Te atreves a replicarle a la maestra? ¿Quién te ha dicho que puedas hacerlo? No lo vuelvas a hacer, es de mala educación. ¿Entendido? ¿Sabes leer?

—Un poquito, sí. Tengo una cartilla de lectura. Tiene algunas páginas arrancadas, pero se puede usar. Es ésta. Me la ha regalado una amiga.

—Pues lee.

Sabía leer. Con alguna dificultad, pero leía.

—¡Vale! ¿Quién te ha enseñado a leer?

—Nadie —dijo alzando un poco la voz.

Los niños de alrededor se pusieron a reír de buena gana.

—Digo, una amiga me ha enseñado a leer la primera palabra: «huevo».

Hubo otra carcajada. Más estrepitosa.

Pero la maestra no se reía. Se puso furiosa.

—¿Por qué me mientes? ¿Cómo puedes decir que nadie te ha enseñado a leer? ¿Es que has aprendido tú sola a leer? ¿Y cuándo ha tenido lugar el milagro?

—Ayer —respondió tímidamente y temiendo meter la pata otra vez.

Los niños ya habían aprendido a reír.

—¡Así que has aprendido tú sola! ¡Y precisamente ayer! Explicame ese milagro o te castigaré con la regla por mentir —rugió la maestra con toda su autoridad.

—Muy fácil. Vi un huevo, y a su lado, me lo dijo mi amiga, estaba dibujada la letra o del principio de la palabra. Luego vi que la palabra *ovo* tenía dos huevos, dos letras o. Y esas dos rayitas que hay entre los huevos deben de ser la letra v.

Toda la clase se puso a reír. La maestra fue hasta el escritorio que tenía frente a los alumnos, dio tres golpes secos sobre él con la regla y los hizo callar.

—¿Y dices que así has aprendido a leer?

La niña no pudo seguir hablando. La embargaron el miedo y la rabia. Hacia sus compañeros, sobre todo los chicos, pero también hacia la maestra, que no la creía.

—Habla, ¡pero cómete lo que has dicho, embustera! — bramó la maestra, dando otro golpe sobre el escritorio. Encima había libros, un jarrito con flores y un vaso de agua, que empezaron a temblar.

—Le juro que he dicho la verdad.

Volvieron a reírse de ella. La maestra golpeó furiosamente el escritorio para imponer silencio. ¡Qué manera más desagradable de empezar el nuevo año escolar! Y pasó a predicar contra la mentira, el pecado y otras cosas por el estilo que los niños no entendieron.

Había un silencio sepulcral que hizo que se percibiera mejor el gimoteo de Teresa.

De repente la embargó un extraño deseo de venganza. Empezó a respirar fatigosamente, fijó la mirada sobre la maestra, que no dejaba de predicar, y se puso de pie, respirando de manera estrepitosa. Las niñas que había a su lado se asustaron y la miraron despavoridas. Y entonces se oyó un ruido cerca de donde estaba la maestra: el vaso se puso a temblar... a saltar... cayó y se rompió. La maestra se echó a un lado y permaneció allí, estupefacta. Todos guardaron silencio. Sólo se oía la respiración fatigosa de Teresa. Y también el jarro de flores se puso a temblar... a bailar... La maestra dio otro paso atrás y se llevó las manos a la cabeza, aterrada. El jarro cayó.

La maestra se quedó helada, con los ojos como platos. Se estiró del pelo, abrió la boca sin hablar, y finalmente explotó:

—¡El diablo! Tiene el diablo en el cuerpo. ¡Ha sido ella! ¡Fuera de aquí!

Cogió la regla, la sostuvo en el aire y se dirigió, un paso tras otro, hacia la pobre niña. Ésta vio una puerta, fue corriendo hacia ella, la abrió y entró.

¡Fue espantoso! Era otra aula, donde una monja, la directora de la escuela, estaba dando clase. Teresa se paró allí, en la puerta, muerta de miedo. La maestra entró por otra puerta, berreando que el diablo se había metido en la escuela y que estaba dentro de la pobre niña.

La monja se asustó por lo ocurrido, pero puso orden en la clase y llevó a la niña a la dirección del centro. Cuando le pidieron explicaciones, Teresa negó llorando que hubiera mentido y dijo que quien había hecho caer el vaso y el jarro no había sido ella, sino la maestra, que había dado un fuerte golpe con la regla sobre la mesa para imponer silencio.

Entonces la ira se apoderó de la maestra y le dio una bofetada en la mejilla.

—Ya lo ve, señora directora, sigue mintiendo y me culpa a mí. Mire, tiene sólo nueve años y ya tiene pechos. Seguro que se los hace crecer el demonio, que la tiene poseída.

Aquellas explicaciones convencieron a la directora, que le dijo a la alumna:

—Ahora vete a casa. Y diles a tus padres que vengan hoy a la escuela, que les vamos a decir lo que has hecho.

* * *

Y así terminó la escolaridad de Teresa. Ni siquiera un día. Ni siquiera una lección. No la creían. Decían que mentía. Peor aún, que el diablo la poseía. Una posesión diabólica. ¡Jesús, no podía ser cierto!

Pero volvió a casa. Ella sola. Llorando. Con el corazón en un puño.

Con los zapatos nuevos en la mano.

Y sin su querida cartilla, que se había quedado en clase. Tal vez de la devolviera alguien.

¿Cómo la recibirían sus padres? Acercándose a casa se puso a llorar todavía más fuerte. Sus hermanas le salieron al encuentro.

La madre no pudo entender nada. La hija no supo explicar nada. Era un discurso demasiado estúpido. Habló incluso de posesión diabólica ¿Qué quería decir eso?

Aquella misma tarde, sus padres fueron a la escuela. Devotos de los curas y de las monjas, temerosos de Dios, no podían entender lo que había ocurrido. ¿No sería todo un montaje para hacerle daño a su hija?

—¡Llamen enseguida al sacerdote! Vayan a hablar con él para que expulse al diablo del cuerpo de su hija. Que no se lleve su alma al infierno —dijo la directora.

—¡Ay, no diga eso! —gimió la madre— Mi hija es una niña obediente, alegre; sólo quería ir a la escuela. Al final lo hemos logrado, ¡y éste es el resultado! ¡No diga que la niña está poseída por el diablo! ¡Nunca ha hecho nada malo!

—¡De tal palo, tal astilla! ¿También usted quiere mentirnos? Su hija está poseída por el diablo. ¡Y punto! Hablen con el cura. Que vaya a casa de ustedes y expulse al diablo. Eso es todo. Y ahora, váyanse.

Y a los padres les tocó volver a casa. El padre en silencio. La madre llorando. Estaban desconsolados.

—¿Por qué nos ha tenido que pasar esto? ¿Qué pecado hemos cometido? Nosotros no, nuestra hija. ¿De verdad habrá sido el diablo?

El cura se había ausentado para toda la semana. En casa no ocurría nada nuevo, salvo el llanto constante de la hija.

—¡Deja de llorar! Y trabaja más, porque a la escuela no vas a poder volver. Siempre he dicho que las mujeres no deben estudiar. Las tareas de la casa, cocinar, coser... y ya está —refunfuñaba la madre, que había perdido la paciencia.

Todos miraban a su hermana con recelo. ¿Actuaría el diablo también sobre ellos? Las niñas no podían dormir. Se refugiaban en la cama de sus padres. Lejos de su hermana... ¿de su hermana endemoniada? ¿Las habría infestado el diablo a ellas también?

—¡Oh, Dios!

—¡Jesús!

—¡Virgen Santa!

—¡Ángel custodio, protégenos!

* * *

El cura no se creyó la historia. Conocía a la maestra. Una vieja solterona, eso era todo. Que el diablo se metiera en su cuerpo, y no en el de la pobre niña. ¿Por qué aquella maestra no había accedido nunca a hacerle cierto favor...? («¡Cierra la boca, deslenguado!»).

Lo cierto es que el cura era una persona bondadosa, nunca había enviado a nadie al infierno. Salvo a aquella maestra, porque... Sí, el padre Darío tenía preferencia por las maestras de religión. Era comilón. Y buen bebedor, siempre alegre, como enseña el Eclesiastés. Había venido de Italia, en calidad de joven misionero. Al principio había tenido dificultades para adaptarse, ya que era el único italiano nacido en el sur, en Sicilia. Por eso su dialecto era diferente al de casi todos los demás que venían del norte, de Vicenza, de Milán, de Brescia... Cuando daba catequesis a las maestras, prefería añadir clases particulares. Sólo había una maestra en cada pueblo, y éstas eran tan crédulas e ingenuas que no se temían lo que el cura tramaba. Con gran asombro lo veían entrar en la habitación sin la acostumbrada sotana. «Es por el calor», decía. «Pongámonos cómodos, sin más miramientos.» Y así, sin más miramientos, sus manos frotaban, palpaban, conquistaban, avanzaban y le daban placer. Con algunas llegaba al final. ¿Se atrevería alguna de aquellas chicas a decírselo a sus padres? En su interior lo veían incluso como algo positivo, porque acababan sabiendo más que las otras jóvenes. ¿De veras? Eran muy ingenuas, sí.

—La niña se aprendió bien el catecismo —dijo el cura, suspirando—, me acuerdo bien. ¡Era muy inteligente! Una niña muy guapa, bien desarrollada, ¿no? Recuerdo que hacía preguntas raras. ¡Pero no se las inspiraba el diablo! Recen y ocúpense de ella. Y luego, si ocurre algo extraño, vuelvan a verme. Por ahora prefiero creer a su hija y no a esa solterona cascarrabias.

Los padres volvieron a casa reconfortados. Podía ser, ¿no? Si lo decía el cura, por algo sería...

La primera semana no ocurrió nada nuevo. Sólo que el continuo lloriqueo de la niña los ponía nerviosos a todos. De vez en cuando la oían echar pestes de la maestra. No habría sido nada serio si hubieran tenido ganas de reír.

Al cabo de un mes sucedieron nuevos hechos extraños. Una de las hijas se dio cuenta de que la ropa tendida estaba ardiendo.

—¿Quién le ha prendido fuego?

—¡Nadie!

—¿Habrá sido Teresa?

—Pero ella está trabajando en el arroyo, lavando otras prendas...

—Pues entonces... ¡el diablo!

La noticia llegó a oídos de los vecinos. Fueron corriendo a ver las camisas y las faldas quemadas. Todos las olfatearon, pero nadie se atrevió a tocarlas.

—Huele raro, ¿no?

—No a simple fuego, ¿verdad?

—Dios mío, ¿de verdad puede ocurrirnos una desgracia semejante? ¿Será culpa de nuestra hija? ¿Y si las pequeñas han hecho alguna travesura? No, ¡culparlas ahora también a ellas, no! —dijeron los padres.

Ahora también ellas lloriqueaban casi todo el día. Las pobres estaban asustadas.

—¡Al cura enseguida! —decidió la madre, asustada.

Enseguida no. Debían esperar una semana. El cura daba misa en muchos pueblos alejados, desplazándose a caballo de un lugar a otro.

En espera del cura se produjeron nuevos y misteriosos incendios. Ya no en la ropa tendida, sino dentro de casa. Una manta ardió en un rincón. Esta vez no lo vieron las pequeñas, sino la propia Teresa.

—¡Eso es que el diablo ha vuelto!

El cura también había vuelto. Lo habían estado esperando durante dos días frente a la iglesia.

—¡Venga enseguida a bendecirnos la casa! Eche agua bendita y expulse al diablo. ¡Que el Señor nos ayude! ¡Virgen Santa!

—Si usted lo dice—respondió el cura—, tendré que consultar al obispo. No todos los sacerdotes pueden exorcizar.

—No entiendo, padre.

—Exorcizar quiere decir expulsar al diablo. Entretanto, iré a verles el domingo por la tarde.

El cura llegó el domingo por la tarde. La familia lo tuvo difícil para convencer a los vecinos de que no se aglomeraran alrededor de la casa. La madre se quedó todo el tiempo con la niña, por si acaso ocurría algo malo. E incesantemente desgranaba el rosario. También la hija estaba completamente absorta en la oración... y en el llanto. Su madre la reprendió para que rezara y no llorara:

—Llorar no sirve de nada, rezar sí.

La niña huyó a su alcoba.

El cura no encaró enseguida el problema.

—Vayamos poco a poco. ¿Qué sabéis del diablo?

Había traído agua bendita, aceite consagrado y un crucifijo bastante grande. Los puso sobre la mesa sin miramientos, como si fueran cualquier cosa. Primero bebió mate y aceptó unos aperitivos y tarta. Ciertamente, la visita de un cura, aunque fuera por motivos excepcionales, representaba algo extraordinario para aquellos simples campesinos. Todos estaban despavoridos. El cura intentó en vano romper el hielo:

—Bueno, ¿dónde está nuestra niña?

El padre condujo al cura a la alcoba. Cuando entró, la pobre niña se apartó de su madre de un salto, se retiró a una esquina de la cama y se acurrucó temerosa contra la pared.

El cura les pidió a todos que salieran, ya que el exorcismo era una ceremonia secreta. Nadie podía estar presente sin un permiso especial. Así que dejaron al cura y a la niña solos en la alcoba.

—Si obedeces sin protestar a mis requerimientos, verás como todo va la mar de bien. No tengas miedo y haz todo lo que yo te diga. ¿Entendido? ¡Y di siempre la verdad!

La niña movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Pues tumbate encima de la cama.

Ella levantó la manta y se metió en la cama con la rapidez de un rayo.

—Dentro de la cama no, encima de la cama, cielo. No tienes que esconderte. El cura tiene que ungirte el cuerpo con aceite consagrado para que el diablo se vaya y no vuelva más.

La niña volvió a colocar la manta en su sitio muy despacio, se sentó, se tumbó sobre la cama, se ajustó la falda y cruzó sus manos sobre el pecho, tal vez para ocultar que estaba temblando de miedo. Cerró los ojos y esperó.

El cura se arrodilló y recitó en voz alta una letanía en latín. Interminable, monótona, pero cada vez más alto. *In crescendo* y alargando las sílabas fuertes.

Los padres rezaban de rodillas en la habitación de al lado. Los hijos no estaban, se habían ido lejos. Los había embargado el pánico.

La cantinela en latín continuó, pero nada más, ni una palabra, ni una oración. La voz de la niña no se oía para nada.

Y entonces el cura pasó a la acción. En primer lugar roció con agua bendita toda la alcoba, en todas direcciones, por todas partes, incluso bajo la cama, y finalmente esparció un poco sobre el cuerpo de la niña. Ésta se contrajo involuntariamente. Unas gotitas le habían alcanzado la cara, los ojos.

—No tengas miedo. Todo va bien. El diablo no reacciona. Tiene miedo del agua bendita. Ahora voy a untarte con aceite consagrado para proteger tu cuerpo y que el diablo se vaya, si aún te posee, o para que no vuelva, si ya ha renunciado y se ha ido.

Don Darío la untó con aceite sobre la frente, sobre las mejillas, en las orejas, por detrás de las orejas, sobre la nuca, siempre con sus dedos, con todos sus dedos. La niña se asustó. Empezaba a sospechar que el cura iba a tocarle todo el cuerpo ¡No!

Siguió tocándola con los dedos, le pasó las manos por los hombros, le apartó un poco la blusa... La niña estaba temblando de miedo.

—No tengas ningún miedo, niña, es por el bien de tu cuerpo, para que el diablo no te vuelva a poseer.

Tomó sus manos cruzadas y las untó, sobre todo entre los dedos, uno por uno, luego los brazos...

El cura recitaba frases en latín, sin sentido aun para los expertos. Si uno de éstos hubiera estado presente, habría dicho que era el cura el que estaba poseído por el demonio, y no la niña.

Sin más miramientos le abrió la blusa, metió la mano, le hizo tres veces la señal de la cruz sobre el pecho... y alcanzó con los dedos sus tetitas. Le untó un pezón.

La niña no lo podía soportar, respiraba fatigosamente y con dificultad, gimoteaba, se puso a llorar. El cura le retorció el otro pezón. Ella lanzó un grito. No de miedo, sino de dolor.

El cura masculló furiosamente en latín el diablo sabe qué e hizo una pausa, descansó sobre una silla, bajó el tono de voz y echó de nuevo agua bendita en todas direcciones, especialmente sobre el cuerpo de la niña. Ésta respiraba con más tranquilidad, creyendo que todo había terminado ya. Pero el pezón aún le dolía un poco. «¿Tenía que hacer eso el cura para expulsar al diablo? ¿Es que el diablo se aloja en los pezones? Es un sitio demasiado pequeño... ¿Tal vez en el pecho? ¿Sale por el pecho? ¿Y cómo se ha metido ahí?». El miedo la atenazaba de nuevo.

El cura todavía rezaba, sentado, pero se agitaba como si la silla tuviera clavos.

De repente se levantó. Gritó de nuevo oraciones en latín, hizo enormes gestos con los brazos, volvió a coger la aceitera y pidió a la niña que cruzara sus manos sobre el pecho y cerrara los ojos.

«¡Oh, no! —se lamentaba la niña—, ¿otra vez? Pero esta vez, si me unta con aceite los pechos no se lo voy a dejar hacer. Ya los ha untado. ¿No basta una vez?»

El cura, mascullando, empezó a untarle los pies, todos los dedos, uno por uno, restregando entre ellos.

«¿Por qué también los pies? ¿Es que el diablo se esconde ahí?»

Gesticulando nerviosamente, rezando con la aceitera elevada en el aire, el cura retomó su tarea, untando con todos los dedos de su mano derecha los piececitos de la niña. Ella quiso retirarlos de lo fuerte que los frotaba.

«¿Y si sube más? ¿Y si quiere untarme las piernas? ¡Oh Dios, no lo permitas!»

El cura rezaba con voz ronca, casi irreconocible. Con toda su mano le untaba los pies, las pantorrillas, las piernas... Murmurando sílabas incomprensibles, no ya en latín, sino en un idioma diabólico, le untó las rodillas... Y llegado a este punto, le levantó las faldas...

—¡Ya basta! —gritó Teresa. Y alzando un pie, la niña soltó una patada a la mano del cura y a la aceitera. El golpe fue tan

violento que la aceitera voló por los aires y fue a dar contra la cara del cura. La niña retiró el pie, lo dirigió contra el cuerpo del cura y le golpeó... ¡sí, justo ahí!

El cura lanzó un alarido, cayó de rodillas y se retorció agónicamente en el suelo, con las manos en aquel sitio.

Piero empujó la puerta y ésta chocó contra el cura, que se retorcía por el suelo, vomitando palabras incomprensibles, restregándose entre las piernas.

El padre vio a su hija sentada en una esquina de la cama, contra la pared, llorando. No entendía nada. Lo primero que hizo fue tratar de ayudar al cura a sentarse en una silla, pero no pudo: el cuerpo del cura pesaba como una mole. Le puso las manos bajo los brazos y el cura se arrastró hasta la cama.

—¡Que Dios la perdone! El diablo ha salido de ella y ha entrado en mí.

Entonces Piero, aterrado, vio una herida sangrante en la frente del cura. Casi un trozo entero de carne arrancado. La sangre le corría por la cara, por el pecho, mientras él sostenía sus manos entre las piernas, acariciándose los genitales de manera indecorosa.

—El diablo la ha abandonado... y ha entrado en mí... Me ha pegado... Es un demonio muy fuerte —balbuceaba.

De repente la niña reaccionó, extendió la mano y el dedo, y señaló al cura con gesto acusador.

—¡No ha sido el diablo, papá! ¡He sido yo! Le he dado una patada porque quería untarme... ¡la rajita!

El padre se abalanzó sobre ella, le tapó la boca y se puso a llorar:

—¡El diablo la posee todavía! Es el diablo el que habla desde su interior... ¡Perdónela, don Darío! Oh, Dios...

Pero Teresa se desprendió de las manos de su padre y volvió a acusar al cura:

—Primero me ha palpado el pecho, me ha estirado los pezones y luego me ha levantado la falda. Sabía que quería palparme. Le he apartado la mano de una patada. La aceitera le ha saltado a la cabeza. Le he soltado otra patada y le he dado ahí... Tiene un aparato enorme, papá.

El padre ya no sabía si era su hija o si era el diablo, y no pudiendo soportar más aquellas palabras pegó como un loco a la niña, que gritó:

—No, papá. No me pegues. ¡He dicho la verdad!

Se enzarzaron y el padre cayó sobre la cama.

El cura se echó atrás.

La madre entró a toda prisa. También ella abrazó a su hija.

—¿Se ha ido ya el diablo, hija mía?

—¡El diablo es el cura! —respondió la niña, echa una furia— Sólo he dicho la verdad. ¡El cura es el diablo! ¡Nos ha engañado! ¡No le ha pegado el diablo, sino yo, con mis pies!

—¿Te has atrevido a pegar al cura? —preguntó la madre, horrorizada— ¿Sabes que eso te condena al infierno? ¡Estás perdida! ¡Perdida, hija mía!

Entonces la madre rompió a llorar, lanzó un alarido y salió de la alcoba. También el padre, despojado de su autoridad, dejó a la hija y siguió a su mujer. No sabía qué pensar.

—¿Dónde está el cura? —preguntó el padre.

—Se ha ido al galope —le informó uno de sus hijos.

Piero comprobó, para su consternación, que una multitud rodeaba la casa, todos mirando con la boca abierta. Y gritó:

—¡Largo de aquí! ¡Todos fuera! ¡Al infierno vosotros también!

La multitud se dispersó al instante. Sí, era mejor irse de aquel sitio diabólico. Tal vez fuera una familia de endemoniados.

Sí, en casa había estallado el pandemonio: la madre lloraba, el padre maldecía, blasfemaba, los hijos trataban de tranquilizarle, las niñas pequeñas se abrazaban llorando, daban patadas en el suelo...

Al cabo de un rato, cuando se calmó el alboroto, todos se acordaron de la niña. Fueron corriendo a la alcoba.

Todavía estaba allí sentada, en una esquina de la cama, contra la pared. Ya no lloraba. Los miró a todos uno por uno y dijo:

—Yo no tengo el diablo en el cuerpo. Yo no he quemado la ropa. Es el cura el que está endemoniado. Quería...

—¡Cierra la boca, Teresa!

—¡Cierra la boca, hija mía! —exclamaron al unísono el padre y la madre.

Todos volvieron a dejarla.

Sola en la alcoba.

Ya nadie hablaba.

Uno se sentaba en un sitio, los demás en otro. Los chicos salieron para dar de comer a las vacas, a los cerdos, a las gallinas. Empezó a hacerse de noche.

La madre preparó la cena, pero nadie tenía ganas de comer. Finalmente, la más pequeña de las hijas dijo:

—Creo que el cura se ha llevado al diablo. Ahora el diablo del cura prenderá fuego a la iglesia.

—¿Pero qué dices, hija? No, no va a pasar eso.

—¿Y adónde se ha ido el diablo? —insistió la niña.

—¡Al infierno! —respondió el padre, gritando.

Y eso fue todo.

Pero como no estaban convencidos de que el diablo se hubiera ido de verdad, la niña tuvo que dormir sola en la construcción de al lado, junto a las vacas, las gallinas y los cerdos.

¿No nació Jesús en un lugar parecido? Pues todo perfecto.

La noche trajo tranquilidad a todos los de casa. Pero no sueño.

También a los vecinos, asustados, les costó conciliar el sueño.

* * *

¿Qué iban a pensar de ellos? ¿Y ellos, qué pensaban de la niña endemoniada?

—Mejor irnos de aquí. Irnos muy lejos. Trasladarnos a otra región. Donde nadie haya oído hablar de posesiones diabólicas. ¿Pero dónde? ¡Somos unos pobres campesinos! —dijo el padre, Piero Landini.

Anteriormente había trabajado como zapatero en un pueblo. Llegó el tifus. Muchos murieron. A los enfermos no les daban agua, porque se sospechaba que el tifus venía del agua.

Él había enfermado gravemente. Ya no había esperanza.

—Denle a Piero lo que pida. No importa si muere hoy o mañana —dijo el médico, que había obtenido el título mediante un curso de medicina por correspondencia.

—Quiere naranjas —dijo su mujer.

—Denle naranjas con mucho jugo, de las del ombligo grande.

De siete enfermos, Piero fue el único que no murió. El médico rural autodidacta aprendió la lección y curó a muchos otros después. ¡Con naranjas!

Pero se agotaron los recursos económicos del pobre padre. Tuvo que venderlo todo. Incluso la máquina de coser zapatos. Y se acabó haciendo agricultor, para que sus hijos le pudieran echar una mano. En el campo no se muere uno de hambre.

EN UN PUEBLO LEJANO

Ludvig se documentaba sobre la colonización en lugares más lejanos. Sobre la construcción de nuevos pueblos en el interior. Ahora ya por parte de los hijos de los inmigrantes. Como en las primeras colonias ya no había suficientes parcelas de tierra, la gente estaba yendo cada vez más hacia el interior del país. Habían llegado hasta el estado vecino de Santa Catarina.

Ludvig no se limitaba a leer. Se interesaba. «Nuevos lugares, sí. ¿Pero sin carreteras? Ni siquiera se puede llegar en coche. ¡Antes hay que construir carreteras!»

¿En qué estaba pensando Ludvig? En un pueblo que estaba naciendo muy lejos. Donde se podía vivir con mucha tranquilidad. En medio de la naturaleza. Donde había poca gente. En lugares seguramente desconocidos para aquellos nuevos nazis brasileños, para los de la sigma, para los «integralistas».

Empezaba a soñar. Se fijaba en las ofertas de los vendedores de terrenos (¡siempre favorables!), escogía lugares para visitar. ¿Pero cómo llegaría hasta allí? Muy sencillo: los propios vendedores de terrenos acompañaban a los compradores.

Se decidió a ir. Al principio en tren. Un tren cubría rápidamente largas distancias a treinta kilómetros por hora.

Para Ludvig fue un viaje espléndido. Un paisaje completamente nuevo. Campiñas inmensas para el pasto del ganado. Ora montañas con lugares poco aptos para la agricultura. Ora florestas de majestuosas araucarias.

Y fin de la vía férrea.

—¿Hay que seguir a caballo?

—Sí, es la única forma. Desde aquí, desde la estación de Gaurama, hasta el pueblecito de Pedras, hay un camino que se puede recorrer en carro. Pero se hace antes yendo a caballo. Llegaremos en dos o tres días. A medio camino está el pueblo de Rio Novo, donde cambiaremos los caballos. Pernoctaremos allí.

A Ludvig todo le parecía interesante. Tantas aves desconocidas, tantas plantas, inmensas florestas de araucarias, riachuelos... Se pasó todo el tiempo charlando y haciendo preguntas. Al vendedor le gustó mucho aquello, ya que normalmente los compradores no abrían la boca. Y cuando lo hacían, era en alguna lengua incomprensible, en alemán o en algún dialecto italiano. El vendedor era hijo de un brasileño que no le había enseñado el italiano. A la segunda generación, la lengua ya estaba muerta.

Los riachuelos obstaculizaban el camino. Cuando llueve se hinchan y hacen imposible la travesía. ¿Puentes? Aún no había ninguno.

—¿Más riachuelos? ¡Cuántos hay! —dijo Ludvig, sorprendido.

—Pero todos se pueden cruzar. No tenga miedo, amigo. Hasta que no lleguemos al río Uruguay. ¡Ése sí que es grande! ¡Es un río enorme!

—¿Cómo se cruza? Seguro que no hay puentes.

—¿Puentes? ¿Un puente de trescientos metros de largo? Claro que no. Pero hay un transbordador para cruzarlo. No tenga miedo. En verano el río merma. El punto por donde se atraviesa se llama Porto de Pedras. Viene después de un recodo del río. Es un sitio tranquilo, las aguas son calmas.

Las medias verdades del vendedor no tranquilizaban del todo a los compradores de parcelas. El trayecto en aquel transbordador improvisado no estaba exento de problemas. Era una balsa apoyada sobre dos pequeñas barcas y arrastrada por otra barca con dos remeros, a la vez que un tercero empujaba todo aquello con un palo atado a una gruesa cuerda. Si las aguas no fueran calmas...

Pero pasaron el río. Hombres y caballos. Dos kilómetros después, allí estaba el nuevo pueblo de Pedras.

—¿Por qué Pedras?

—Parece que le dieron ese nombre simplemente porque en el lugar había grandes piedras («pedras», en portugués), que servían

como puntos de referencia a los agrimensores para dividir las parcelas. Aquellas rocas cumplían la función de mojones para señalar los límites del pueblo que estaba naciendo. Y se quedó ese nombre.

Pero el nuevo pueblo ya no era tan nuevo. Tenía más de quince años. Era el más grande de toda la comarca. Más grande quería decir que contaba con poco más de cuarenta casas.

Todas las parcelas tenían acceso al agua de los riachuelos. Había dos. Procedían de dos partes opuestas y se juntaban en el centro del pueblo. En realidad eran arroyos. Allí formaban un pequeño río: el Ariquetana.

Había una calle central, desde la que se bifurcaban en todas direcciones otras calles que llevaban a las cuatro esquinas del pueblo. Como en todos los pueblos, en la parte más alta estaba la iglesia y al lado había otros dos edificios: la casa del cura y la escuela. No había ninguna oficina del Estado. El alcalde tenía el despacho en su casa. Como si tuviera algo que hacer. Había otro funcionario y un policía, el hombre valiente que debía ser capaz de capturar a los delincuentes y a los bandidos. ¡Ay, los bandidos!...

Al principio había dos comerciantes, uno de cierta envergadura y otro que apenas lograba sobrevivir. Y un sastre. Además de un carpintero, un herrero y un talabartero. Anteriormente hubo un zapatero, que se fue por falta de trabajo. No había médico, pero el farmacéutico actuaba como tal. Aparte de eso, se había convertido en un hábil fotógrafo. Era alemán, el «doctor» Fredo Kretz.

Los italianos constituían mayoría, el resto eran alemanes. Los italianos eran católicos, mientras que algunos alemanes eran protestantes. No tenían pastor. Los católicos, en cambio, tenían un cura que representaba la más alta autoridad del pueblo. Cuando los domingos voceaba desde el púlpito, todos obedecían.

La vida habría transcurrido más tranquilamente sin los ataques de los bandidos. Éstos, de vez en cuando, se dejaban caer por el

pueblo y robaban todo lo que podían. Pocos habitantes de Pedras poseían una escopeta, y las que tenían eran de un solo tiro y se recargaban muy despacio.

* * *

Ludvig examinó bien todo el pueblo. Pero prefería un lugar más apartado. Cuando llegó al río, llamó su atención una pequeña colina coronada por un bosque. Pidió al vendedor que le informara. Éste respondió:

—Es un sitio inaccesible. Por la parte de tierra hay una terrible barrera de espinos, y por la parte del río hay un precipicio de casi sesenta metros. Al principio, antes de llegar al recial, el río penetra en la tierra dando la impresión de que confluye con otro río. Pero es sólo una impresión, porque en realidad se trata de una pequeña ensenada, sobre la que cae en picado una pared rocosa. Aparte de eso, toda la colina se halla a los pies del recial, un recodo del río con muchos escollos, por donde el agua corre turbulenta. Al otro lado del río no se puede pasar. Así que nadie compraría un terreno como ése. Es la parcela que venderé en último lugar. Si es que encuentro algún comprador.

—Pues yo soy ese comprador.

El vendedor, astuto como él solo, entendió claramente el negocio y propuso:

—Si compra una parcela en el pueblo, la colina será suya. Sin más gastos.

—Trato hecho.

El vendedor estaba sorprendido por el interés del Profeta. Nadie había escalado nunca la colina. ¿Por qué éste estaba tan interesado en un sitio tan inaccesible como aquél? Era un individuo verdaderamente extraño, no sólo por la barba y el pelo.

Pero durante los días siguientes, Ludvig examinó la orilla del río a lo largo del cauce. Comprobó que la curva era mucho más larga de lo que indicaban los mapas topográficos, señal de que nadie había llegado nunca hasta allí. Prosiguió con mucha dificultad hasta llegar

al final de la curva. Para sorpresa suya, advirtió que el río hacía otra ensenada, como si quisiera cavar un pasillo a través de la colina. No pudiendo ir más allá, el agua había formado un embalse tan ancho como el propio río.

Nuestro explorador intentó dibujar de algún modo un mapa del camino recorrido, de la larga curva del río y de la segunda ensenada que había descubierto. Se dio cuenta de que en el mapa aparecía un dibujo parecido a la letra griega omega. Así que bautizó el lugar con el nombre de «Finca Omega».

Pero todavía no lo había visto, sólo lo había rodeado a lo largo del río. ¿Cómo llegaría hasta la cima? Desde el río se veían árboles de tronco alto, entre ellos araucarias, señal de que el terreno era fértil. ¿Pero qué anchura podía tener exactamente? ¿En verdad las dos ensenadas casi se tocaban, como se desprendía del mapa? ¿O la anchura era mayor de lo que había calculado? Había que rehacer el camino, contar bien los pasos y tomar notas más exactas.

Al día siguiente escogió su parcela en el pueblo. Al lado del «médico» y fotógrafo, con el que había hecho amistad desde el primer encuentro, por la cortesía de Fredo, por su talento como fotógrafo y por su nivel cultural, el cual no era de esperar en un habitante del interior. Tras haber escogido la parcela, conversó un buen rato con su nuevo amigo y olvidó su intención de volver a recorrer el camino que bordeaba «su» colina a lo largo del río. Fredo Kretz se rio cuando se enteró de la adquisición:

—No has ganado nada, aunque tampoco has perdido nada. Sólo pagas la parcela en el pueblo. Pero si quieres esconderte en aquella colina a los pies del río como un indio, a lo mejor lo consigues, si es que logras trepar hasta allí arriba.

Y rieron muy a gusto.

—Si supieras que hay una segunda ensenada detrás del cauce, entenderías fácilmente que se trata de la mejor cuenca para pescar que hay en el río.

—Pues si es como dices, no te olvides de traerme alguna vez un «dourado». Es un pescado exquisito, de color dorado. No te preocupes, te lo pagaré.

El Profeta rio con satisfacción e imaginó cenas interminables:

—Traeré el pescado y tú te encargarás de cocinarlo, ¿de acuerdo?

—Y también me encargaré de la bebida, sobre todo de ese aguardiente de caña local.

Los dos amigos celebraron la primera cena.

El Profeta nunca había comido platos de pescado tan buenos. Bebieron aguardiente de caña y vino, y terminaron cantando canciones alemanas. Por supuesto.

Los vecinos de origen italiano debieron de ponerse celosos, porque empezaron a cantar canciones italianas.

Todo prometía una nueva vida en el pueblo.

* * *

Al día siguiente llovió y el Profeta no pudo explorar la colina. El doctor ya empezaba a tomarle el pelo:

—A lo mejor encuentras a la última familia de indios. ¡Lleva cuidado, no sea que te ensarten con las flechas! ¡Y que te asen a la parrilla como un churrasco!

—Soy tan flaco que haría falta un año entero para cebarme. Mientras tanto vendrás a salvarme, ¿no?

—Si no hay indios, encontrarás macacos. Son éstos que te echan la mierda encima. Cuida que no te den en los ojos o no podrás volver, porque te quedarás ciego.

A pesar de las risas, esta última advertencia habría podido ser realista, ya que en la región había macacos. Más de un forastero se había llevado encima un persistente olor a mierda.

Llovió durante toda la semana. Sirvió para conocer al resto de vecinos. Vivían en paz, no había discriminaciones entre italianos y alemanes. En otros pueblos de la colonia, esto constituía a veces un

grave problema, también por la diferencia de religión. Por eso algunas colonias eran sólo de alemanes y otras sólo de italianos.

Tal vez en Pedras se había formado un sentimiento comunitario, porque había habido matrimonios mixtos entre alemanes e italianos. También había polacos y rusos. E incluso una familia suiza que en casa hablaba en francés. A los demás, alemanes e italianos, les parecían gente extraña. Pero como la familia era católica y el padre hablaba también alemán e italiano, se olvidaron de que eran suizos. El padre era muy conocido, porque sabía hacer de todo y resolvía todos los problemas prácticos de los habitantes. Sabía incluso arreglar zapatos.

Los alemanes sólo hablaban alemán en casa. Los italianos, en cambio, por la similitud de su dialecto véneto, habían aprendido fácilmente el portugués, que ellos llamaban brasileño. Con el tiempo ya no eran capaces de hablar bien ni el véneto ni el portugués. A decir verdad, se habían inventado un nuevo dialecto, el llamado talián.

Los habitantes de Pedras dieron la bienvenida al forastero y encontraron su barba muy natural, porque también algunos italianos llevaban barba larga. Que el Profeta no era católico no lo supieron hasta después de haber hecho amistad. Así pues, ningún problema.

* * *

Volvió el sol. El Profeta se preparó para explorar la colina: picos, machetes, cuerdas. Tal vez hubiera que escalar con gran esfuerzo, arrastrándose con cuerdas. No es fácil alcanzar el paraíso.

Obtuvo la ayuda del doctor y del herrero. Éste trajo unas extrañas y grandes hoces que él mismo había hecho, con las cuales, decía, se podía escalar por todas partes, siempre y cuando hubiera árboles a los que enganchar las herramientas.

Cuando llegaron a aquel lugar junto al río, lo más difícil fue saltar a tierra desde la barca. El primer valiente, después de lanzar una gran hoz que se enganchó en un árbol, se arrastró hacia arriba... y acto seguido cayó. No en la barca, sino al agua. Era Ludvig.

Los otros dos se rieron tanto de la impericia del Profeta, que de tanto reír se cayeron en la barca y poco faltó para que cayeran al río.

Al poco dejaron de reírse.

—¿A quién le toca? —preguntó el Profeta.

—A ti otra vez, porque has fallado la primera prueba. Así que no es válida. ¡Repítela!

Y de nuevo rompieron a reír.

—¡Eh, ya está bien de reír! Si os oigo reír me da la risa a mí también y pierdo el equilibrio.

El Profeta saltó de la barca, cogió la hoz y se arrastró hacia arriba. Los otros dos, ya más serios, echaron suertes para ver a quién le tocaba.

Ataron firmemente la barca a una planta. También el médico logró escalar hasta donde estaba el Profeta, que le tendió la mano para ayudarlo. El herrero, Giovanni Morema, un tipo larguirucho, se arrastró hacia arriba con agilidad. Sus hoces resultaron una ayuda preciosa.

—¿Y cómo vamos a seguir subiendo?

Después de algunos metros, de árbol en árbol entre las rocas, llegaron a un sitio por donde era más fácil trepar. Pero se toparon con otra pared empinada y sin árboles. ¿Qué podían hacer? Buscaron una salida entre las rocas. El herrero encontró otra vez la solución con sus hoces y sus cuerdas. Pero al Profeta y a Fredo Kretz les resultó difícil arrastrarse hacia arriba. Si se hubiera roto un trozo de roca, habrían caído al río, si antes no hubieran ido a parar sobre un árbol.

—¡Que los dioses o los diablos nos ayuden!

Las palabras del Profeta surtieron efecto. Sobre todo porque el doctor no era religioso y Giovanni, el italiano, aunque fuera católico, era dado a blasfemar. Y aprovechó la ocasión.

También sus blasfemias fueron de ayuda.

—Ya no sé a quién pedir ayuda —dijo riendo el doctor—. Yo no creo ni en dioses ni en diablos, así que tampoco puedo blasfemar. Vosotros rezad o blasfemad de acuerdo con vuestras creencias.

Ahora, mirando desde aquella altura por encima del río y viendo sólo agua, no sabían qué era más temible, si seguir adelante o volver atrás. Ni siquiera habían pensado antes cómo volver. Locos conquistadores de tierras desconocidas... Además, no habían traído nada para comer ni para beber. ¡Y pensar que entre ellos había un médico! Bah, a decir verdad no era médico, sino un simple farmacéutico. No nos engañemos.

—Si llegamos a la cima y también en la otra parte hay una ladera tan escarpada como la de este lado, ¿qué hacemos?

Estaban muy preocupados. Pero el Profeta recuperó su entusiasmo y animó a sus compañeros a escalar los últimos metros. Trepó por un árbol, pero al llegar a la copa todavía no había alcanzado la cima de la colina. Había que volver a buscar una salida entre las rocas y sobre éstas.

El Profeta fue el primero en llegar. Había perdido el aliento. Detrás de los árboles pudo divisar un claro interno casi desprovisto de plantas. Era un terreno ancho, circular y llano.

Cuando oyó las preguntas de sus amigos, se puso a anunciar a gritos aquel espectáculo paradisíaco.

Por supuesto, los otros dos no le creyeron.

—¿Pero qué dices? Actúas tan bien que casi nos convences. ¡Déjate de bromas!

Entonces el Profeta echó las cuerdas abajo y los ayudó a subir. Ya no hablaba, sólo se ocupaba de estirar... ¡Que lo vieran ellos mismos! Era un lugar increíble.

Los otros dos alcanzaron la cima. Cuando vieron el claro, se miraron uno a otro con la boca abierta. Sin palabras. Con los ojos como platos. Y de repente echaron a correr, gritando y saltando como niños.

Cuando se adentraron en el claro miraron a su alrededor, fueron corriendo hasta el límite y se metieron en el bosque, hasta que volvieron a ver el río. Por la parte del llamado Porto de Pedras.

El Profeta saltaba, bailaba, gritaba:

—¡Ja, ja! ¡Je, je! ¡Ji, ji!

Luego se adentró en el bosque, que a tenor de su primer viaje de exploración debía de hallarse sobre la orilla de la segunda ensenada, la más grande, tras la curva del río. A tan sólo una veintena de pasos. Su suposición era cierta.

Así pues, se trataba de un claro en lo alto de la colina, de forma circular, rodeado de árboles.

Nadie se podía imaginar un lugar como aquél. ¿Por qué no crecían árboles allí en medio? Hasta la vegetación que había sobre aquel terreno parecía estar alisada como el césped de un campo de juego.

—¿Vivieron seres humanos aquí en el pasado?

—Indios —sugirió el médico.

—¿Indios? ¿Hay indios en esta región? —preguntó el Profeta en voz baja, temeroso. Y miró a su alrededor en busca de algún vestigio de indios.

—No se ven cabañas —dijo.

—¡Los indios no construyen cabañas, amigo! —explicó el doctor.

—Arando en las viejas tierras he encontrado ollas.

—Sí, antes había indios en esta región.

—¿Vamos hasta el otro extremo del claro? Yo miraré el bosque por delante, tú por la derecha y tú por la izquierda, por si salen indios —sugirió el Profeta.

—Será mejor que vayamos a coger nuestras herramientas, los machetes y alguna de tus hoces. ¡Los indios no conocen ese tipo de armas!

Todos ellos volvieron corriendo hasta el lugar al que habían llegado. Con aquellas armas se sintieron más cómodos y regresaron al extraño claro.

Obedeciendo las instrucciones del Profeta, exploraron cada uno su propio sector y siguieron adelante con la intención de alcanzar la otra parte del terreno. Y de repente vieron que, en el medio, el terreno formaba un declive y en el fondo había una gran cuenca. Llena de agua. Con pequeños árboles alrededor. Como cavada en la roca. ¡Una piscina natural!

Cuando llegaron allí, se olvidaron de las armas y de los indios y se metieron al agua. Ah, agua templada. ¡Excelente para el baño!

El Profeta no se lo pensó dos veces. Se desnudó, extendió la ropa para que se secara al sol y se zambulló en el agua. ¡Sí, una piscina cavada en la roca!

Los otros dos, no acostumbrados a desnudarse, se miraron uno a otro, se quitaron algunas prendas y se metieron poco a poco en el agua, con sus largos calzones.

—¡Está caliente! —exclamó Giovanni.

—¡Templada! —dijo Fredo. Y entró deslizándose en el agua.

—¿Por qué no os quitáis los calzones? —se burló el Profeta—
¿Tenéis miedo de que os vea alguna mujer aquí?

—¡Pero los indios sí! —soltó Giovanni.

Los otros dos salieron chapoteando del agua y fueron corriendo a coger las armas. Sólo entonces se dieron cuenta de que el herrero estaba partiéndose de risa, ya enteramente desnudo en el agua.

—¡Si hay indios que salgan! —gritó el Profeta.

—¡No entienden tu idioma, amigo! —dijo Fredo tras una breve vacilación.

Entonces el Profeta dijo la misma frase en varios idiomas. E hizo sonidos extraños como si fueran el idioma de los indios. Los otros se rieron. Pero al cabo de un rato...

Tras haber concluido que no había indios, nuestro terceto volvió a nadar. Jugaban como niños. No habían hecho nada parecido desde hacía muchos años.

Pronto se cansaron.

Sin explorar demasiado el terreno, fueron caminando hasta el lado contrario. Se dieron cuenta de que el claro era mucho más largo de lo que parecía a primera vista debido al declive interno.

Al final del claro, cerca de unos infranqueables matorrales llenos de espinos, encontraron un riachuelo con una pequeña cascada y otro pequeño lago. Como una gran bañera. El agua estaba fría.

Si alguien prefería ducharse bajo la cascada...

—¿Pero quién ha excavado esta bañera? ¡No me digáis que la ha hecho la naturaleza!

—dijo el Profeta, muy sorprendido.

—¡Los indios! —dijo de nuevo Giovanni.

Pero aquellos antiguos habitantes del lugar ya no daban miedo. Habían hecho tal alboroto que, si hubiera habido indios, seguramente ya habrían salido.

Ni siquiera se veían macacos.

—Dinos, Profeta, ¿qué pretendes hacer en este lugar? ¿Cultivarlo? ¿Cómo vas a llevar el grano hasta el pueblo? ¿Echarás los sacos colina abajo hasta el río?

Fredo y Giovanni habían preguntado riendo al Profeta.

Pero éste respondió en serio:

—Vendré a vivir aquí. Construiré un castillo. Esto es el paraíso.

Sus dos amigos le creyeron. ¿Por qué dudar del Profeta?

El regreso no resultó fácil. Pero sí más cómodo que la subida. Bajaron ayudándose con las cuerdas. Tenían miedo de caer sobre las rocas o de que se desmoronaran bajo su peso.

Las cuerdas se enganchaban a los árboles sin ningún problema.

* * *

Cuando volvieron al pueblo, nuestros héroes fueron acosados a preguntas. Nadie los creía. Se quedaron hasta medianoche en el bar de Suprena.

Cada vez llegaba más gente. El dueño del bar estaba encantado con aquella extraordinaria afluencia de hombres que bebían aguardiente de caña y cerveza.

En realidad nadie se creía la historia de los tres escaladores. El detalle de los indios les hizo partirse de risa. ¿Por qué no habían pensado en los bandidos?

Esta pregunta los desconcertó.

—Ya, no hemos pensado en eso para nada. Pero no importa—dijo el médico—. Lo habríamos sabido enseguida, porque los bandidos nos habrían salido al encuentro. Los bandidos viven en cabañas.

Al cabo de un momento retomó su discurso y dijo:

—¡Bah! ¿Por qué pensar en eso? ¿Cómo habrían podido llegar los bandidos allá arriba? Por la parte de tierra hay una barrera impenetrable de espinos.

Las últimas risas los acompañaron a todos hasta casa. Algunos se tambaleaban por el camino. El baile más ridículo lo hizo Giovanni Morema, uno de los tres héroes del día.

¡Y de la noche!

* * *

El Profeta volvió más veces a su monte. No a la cima, sólo a los pies. Estudió cuidadosamente la posibilidad de construir una... ¿cómo decirlo?... una escalera. ¡No! Un... sí, estaba pensando en un... ¡ascensor!

En la primera ensenada construiría una caseta sobre el agua. Estaría siempre flotando sobre unos troncos. Cuando el río creciera, la casa simplemente se elevaría. Allí las aguas no eran turbulentas. Al contrario. Junto a la casa, el Profeta construiría un aparato para subir. Sí, un ascensor. ¿Acaso no era ingeniero, constructor y arquitecto?

* * *

Cuando volvió a Porto Alegre, Ludvig Kapstein tenía muchas cosas que contarle a Luisa Dimarti. Ella no sabía qué pensar de todo aquello. A decir verdad, no había dejado de preguntarse por qué debería volver a un pueblo, si ya había hecho el camino contrario.

—¿Volver a vivir en un pueblo? ¿Chismorreos... lejos de la civilización? ¿Qué iba a hacer allí una profesora de música, canto y gimnasia? ¿Hay alguna escuela?

Sólo una cosa excitaba su imaginación. Vivir lejos del pueblo, en lo alto de una colina. ¿Entonces qué?

—¿En un castillo, has dicho eso? ¿Vas a construir un castillo en aquel claro del monte? ¿En serio?

—Sí, primero construiré una casa de madera, provisional. Y luego decidirás si vienes a vivir conmigo allí.

—Iré a vivir contigo donde sea. ¿Pero no deberíamos pensárnoslo un poco mejor los dos? ¿Cómo vamos a ganar dinero para sobrevivir allí? ¿Haciendo exactamente qué?

—Tengo buenas ideas. Primero, ya tengo lo bastante para vivir muchos años, tú lo sabes. Segundo, ya he encontrado la manera de hacer dinero, mucho dinero.

—¿Haciendo qué?

—¡Fabricando aguardiente de caña, cariño! ¡Créeme! No es una bebida demasiado buena, pero yo la mejoraré. Y sé a quién vendérsela. Ya conozco el camino. No te puedes imaginar lo que estoy soñando. Tendré éxito. ¡No lo dudes!

—Pero cariño, dime de qué se trata. Hablas muy a lo «profeta»
—bromeó Luisa.

—Te explico. Haré un aguardiente de caña y lo exportaré a la Argentina. Y desde allí... ¡a Europa!

—¡Eh! ¿Te has vuelto loco, Vigo? ¿Pero qué dices?

—Por el río se transportan en balsas, hasta la Argentina, enormes troncos de árbol, no sólo de araucarias. Yo puedo

transportar mi aguardiente en barriles hasta Buenos Aires. Allí lo embotellaré y lo venderé. Y lo exportaré.

Luisa no se atrevió a hacer más preguntas. No daba crédito.

Ludvig soñaba, soñaba...

* * *

Durante los días siguientes se dedicó sin parar a arreglar todos sus asuntos. Confió la casa a una pareja de ancianos amigos suyos.

Se despidió de Luisa:

—Tal vez vuelva dentro de seis meses. Te lo contaré todo por carta. No te preocupes.

Al día siguiente, Ludvig Kapstein salió en tren con las cajas de herramientas. Hasta la ciudad de Gaurama. Y de allí en adelante, ¿qué haría?

No sin dificultad, logró encontrar carros, caballos y mozos cargadores. Algunas cajas eran demasiado grandes para los carros y tuvo que dividir las en cajas más pequeñas y fáciles de transportar.

El viaje de Gaurama a Pedras fue muy dificultoso. Uno de los carros volcó. Por suerte, en el incidente no murieron ni mozos ni caballos.

Al final del viaje llegó lo más difícil: transportar todo el equipaje al otro lado del río Uruguay, ya que las aguas se habían levantado mucho en aquel mes de septiembre, estación de las grandes crecidas.

Todo estaba amontonado junto al camino. ¿Dónde lo llevaría?

El Profeta construyó un pequeño campamento, una caseta provisional.

Sí, con tablas de madera procedentes de Gaurama.

Había llegado la hora de trabajar duro.

LA HISTORIA CONTINÚA

Morema, el herrero, recibió muchos encargos por parte del Profeta. No tenía todo el material necesario para construir largas barras de hierro dentadas.

—¿Qué se supone que hay que hacer?

—Un ascensor.

—¿Qué diablos es un ascensor?

—Un aparato que nos llevará hacia arriba. Desde la orilla del río hasta lo alto de la colina.

—¿Y me lo tengo que creer? ¡No me tomes el pelo!

—¿Te tomo el pelo encargándote tanto material? Si haces lo que te digo, todo funcionará a la perfección. ¿Quieres apostar algo? ¿Qué tal veinte botellas de aguardiente?

Morema trabajaba con ahínco, pero dudaba.

«Esto no puede funcionar. Construir un cajón tan alto, con dos cremalleras a los lados y otro cajón en el interior, el cual, al insertar una barra de hierro en la cremallera de la derecha y luego en la de la izquierda... ¿puede funcionar un chisme como éste? Pero como paga bien, sigamos adelante.»

La noticia dio la vuelta al pueblo. La gente iba a curiosear. Algunos se mofaban de nuestro ingeniero. Morema lo defendía y daba explicaciones. Los incrédulos apostaban muchas botellas de aguardiente. Un motivo más para beber por las tardes. ¡Pobres mujeres e hijos!

Pero las obras avanzaban. El ascensor ya había alcanzado una altura de varios metros. Morema pudo comprobar que de verdad funcionaba.

—¡Es genial este Profeta!

Casi todo el pueblo fue a ver aquel armatoste.

—¿Es la torre de Babel?

También fueron mujeres. Y niños.

Como el ascensor se estaba construyendo dentro de la ensenada, la gente no se podía acercar, pero desde la orilla podían verse las obras.

También el párroco fue a ver aquel artefacto diabólico (¡ay!). Lo observó todo, hizo algunas muecas, no mostró ningún entusiasmo y se marchó sin expresar ninguna opinión.

La pequeña casa flotante estaba lista. Era cuadrada. Con pavimento, tejado de una sola vertiente, cuatro paredes, dos puertas y una ventana. Las barcas podían entrar en la casa. Desde la casa se podía pasar, de un salto, a la parte delantera del ascensor.

—¡Un trabajo excelente!

—¡Es un hábil ingeniero!

Entretanto, el Profeta pasaba las tardes en casa del doctor Fredo y dormía allí. Pero todos los días hacía una parada obligada en el bar de Suprena. Allí la gente jugaba a las cartas y bebía aguardiente. Algunos se embriagaban hasta tal punto que sólo podían llegar a casa gracias a los hombros de sus amigos. Entre éstos estaba Giovanni Morema. Se había convertido en un héroe a raíz de la construcción del ascensor, como si él hubiera sido capaz de hacer aquello. Ahora tal vez lo sería. ¿Pero quién le encargaría algo así?

El farmacéutico (que no médico) y el Profeta intercambiaban muchos conocimientos y experiencias sobre fotografía. En una ocasión, Fredo había conseguido hacerles unas espléndidas fotos a unas muchachas del lugar. Habían ido bien vestidas y él las había hecho posar de tal modo que todo pareciera una escenificación erótica. Los dos amigos conversaban sobre aquello:

—¿Quién es esta chica? Tiene una sonrisa muy pícaro. ¡Qué ojos! Si consigues hacerla posar de nuevo... la vestiremos muy bien.

—Querrás decir... ¡la desvestiremos!

—¿Al estilo de las modelos francesas? ¡Como estrellas de cine!

—Oye, que ellas no saben nada de estas cosas.

—Les enseñaremos revistas. ¿Tú no tienes alguna?

—Sí, claro, en Porto Alegre son fáciles de encontrar. La próxima vez que vaya te traeré alguna. No sólo francesas, también alemanas y suecas.

—¿Pero cómo se las vamos a enseñar a la chica?

—Se las da de coqueta, así que... le ofreceremos vestidos y joyas. Primero para hacer las fotos, y luego se los daremos como recompensa.

—¿Y cómo vamos a explicárselo a sus padres?

—Sólo les enseñaremos las fotos que sean presentables. Las más picantes diremos que han salido mal.

—Y entonces le propones volver a hacerlas, ¿no?

—¡Eso es! Así tendremos fotos por partida doble.

—¡Diablos! Qué astuto eres. ¡Cómo nos vamos a divertir!

—¡En la finca Omega!

* * *

Mientras tanto, el doctor Fredo Kretz tenía mucho que contar sobre la historia del pueblo y sobre ciertos sucesos extraños:

«Al principio vinieron algunos colonos para talar los árboles y abrir terreno para la siembra. Para ello se quedaron seis meses. Comían fruta, animales salvajes, aves y pescado. Los animales y las aves abundaban. Sembraban maíz o alguna otra cosa y volvían a sus antiguas casas hasta la época de la cosecha.

Pero, ¡ay!, muchos no recogieron nada. Las aves y los monos lo habían devorado todo. Sólo viviendo aquí era posible defenderse de los animales, de las aves y sobre todo del terrible jaguar. Éste rondaba en torno a las casas día y noche. ¿Cómo iban a defenderse, si la mayoría no tenían ni siquiera una escopeta? ¿Y cómo iban a acertar el blanco cuando era de noche? ¡El rugido del jaguar era espantoso! ¡Añádele el lamento espectral de las lechuzas!

Si alguien criaba gallinas, en una sola noche eran todas ellas devoradas por el jaguar o la zarigüeya, a la que llamaban zorro, a pesar de que era otro animal. Lograban capturarla con trampas,

¡pero cómo apestaba cuando la mataban! Algunos no conseguían recolectar nada. Perdían la esperanza en el nuevo lugar y regresaban a su pueblo. Sin más esperanzas.

Otros no tenían experiencia en el nuevo mundo. No conocían todos los animales. Por ejemplo los monos. No todos son esos animales pacíficos, graciosos, que roban maíz. Algunos, si son atacados, se defienden con... perdóname la expresión... con su mierda. Créeme, se hacen caca en las manos y la lanzan contra sus agresores. Ah, te ríes, ¿verdad? Entonces tú tampoco conoces las consecuencias. Si te cae en la ropa, tirla, préndele fuego. Cuida que no te den con la mierda en los ojos, porque después... oh, Dios, te quedarás ciego. ¡Créeme!

Pero también hay monos que roban maíz. Si les disparas, las madres, que llevan a sus crías a la espalda, no huyen, sino que van a tu encuentro y, dando alaridos, te enseñan las heridas. Si matas a una cría de mono, su madre la sujeta en brazos, sale a tu encuentro y te la enseña llorando... Si no eres duro de corazón, te vuelves loco y no olvidas nunca el llanto de la madre. ¡Créeme!»

* * *

Fredo Kretz siguió ilustrando a su amigo:

«El inicio tampoco resultó fácil para los habitantes del pueblo. Todos sabían algún oficio, ¿pero dónde estaba el dinero? Si la colonia producía algo, ¿cómo lo vendían? ¿Cómo lo transportaban? Todo era a base de trueque. El dinero casi no existía.

Y como no había dinero, tuvimos que “crearlo”. Se trataba de simples trozos de papel “estampados” con un cuño y firmados a mano por el “Dr. Fredo Kretz”, que soy yo. Sólo eran válidos para Pedras. Todos estaban de acuerdo en usarlos. No había funcionarios del Estado que lo prohibieran. ¡Y yo no hubiera querido acabar en la cárcel!»

* * *

—Los comerciantes hacen dinero en cualquier sitio, ¿no? También en Pedras, en un pueblecito tan pequeño, había tres comerciantes.

—¡Yo no quiero ser el cuarto! —interrumpió Ludvig.

—Uno de ellos, más exactamente el primero, un tal Piero Ludopa, que tenía una gran familia, con una caterva de hijos, hacía más negocios que los otros. Pero no demostró ser muy inteligente. Porque un comerciante no debe hacer política de modo fanático. Él la hizo. Y en contra de la mayoría de los habitantes. Pronunciaba discursos frente a su tienda en contra del presidente Vargas, porque se había convertido en un dictador. Lo cual era cierto. Pero el pueblo estaba entusiasmado con él. De modo que un día, los adversarios de Ludopa le entregaron un gran cuadro con el retrato de Vargas. Él dijo que le haría un monumento. Cogió el gran cuadro, fue hasta la plaza, se colocó frente a la iglesia, lo subió a un largo palo, reunió hierbas secas y le prendió fuego. Los habitantes habían creído ingenuamente que actuaría de manera muy distinta. Se rebelaron contra él. Algunos hasta le querían dar una paliza. Si ésta hubiera sido la única consecuencia de su estúpida acción...

—¿Qué le ocurrió?

—Una semana después, desde el estado colindante de Río Grande del Sur, donde había nacido Vargas, llegaron un puñado de soldados a caballo, acompañados de carros remolcados por mulas. Fueron directos a la casa del tendero Ludopa. ¡Adivina lo que hicieron! Cogieron todo lo que pudieron amontonar en los carros, y el resto lo destruyeron.

—¿No reaccionó nadie?

—Nadie se atrevió a defender al comerciante. Ni siquiera él lo intentó. Al contrario, huyó. Y los soldados dijeron antes de irse: “¡Para que aprenda a respetar a nuestro presidente! Y esta vez no prenderemos fuego a la casa porque hay niños dentro.”

Se fueron como si hubieran comprado todo lo que se llevaban. La gente, aterrada, se limitaba a mirar desde la ventana.

—¿Y cómo reaccionó el comerciante?

—Abandonó el pueblo. Y muchos habitantes de Pedras celebraron su partida.

—Aquel día —continuó Kretz—, o mejor dicho, aquella tarde, otro comerciante fue a visitar al tercer colega, aunque no eran amigos. Y también lo celebraron. ¡Créemelo!»

* * *

Por boca de Kretz, el Profeta se enteró de muchas otras cosas:

«Al principio no había cura para los católicos ni pastor para los protestantes. Éstos últimos eran muy pocos y raramente recibían la visita de un predicador. Los católicos, en cambio, una vez al mes podían oír misa, bautizar a sus hijos o celebrar bodas. Pronto construyeron una pequeña iglesia y un campanario al lado que emitía dulces tañidos.

Ocurrió cierta vez que el sacristán se despertó a las dos de la madrugada y, como había bebido demasiado, se olvidó de mirar el despertador, haciendo sonar las campanas como si fueran las seis. Muchas mujeres se levantaron de la cama a aquella hora, se pusieron a hacer sus tareas y prepararon el desayuno, sin reparar en la inusual oscuridad de la noche. Pero como no amanecía, las vecinas se reunieron, hasta que una de ellas se percató de la hora que era. Algunos hombres fueron a la iglesia para averiguar lo que había ocurrido. Se pasaron toda la semana riendo.»

* * *

Kretz siguió contándole historias a su amigo:

«Con la beata de Vilena ocurrió que sus gatos —tenía muchos— empezaron a huirle. ¿Por qué, si antes maullaban entre

sus pies? ¿Y por qué sucedía solamente los domingos? Si el cura no iba a decir misa, alguien organizaba un servicio religioso sustitutivo, normalmente el rezo del rosario, acompañado de cantos. Rezaban por la mañana, y así por la tarde estaban libres para jugar a las cartas y beber un mal vino colonial o un terrible aguardiente de caña. Muchos se embriagaban.

¿Qué pasaba con Vilena? Los gatos le huían cada vez que iba a rezar o cuando volvía del rezo. Las vecinas confirmaban el extraño comportamiento de los felinos. ¿Qué podía ser aquello sino obra del demonio? ¡Oh, sí! ¡Desde luego!

Vilena, tan religiosa como era, ¿podía llevar el diablo encima? Estaba aterrada. Así que decidió no ir a rezar el rosario a la iglesia, sino que lo haría en casa. En cuanto pudiera, pediría explicaciones al cura.

Después del rezo fueron las vecinas, y también, cuando se acercaron a la casa de Vilena, los gatos huyeron. ¿Qué estaba pasando?

—¡Ah, ya he adivinado de qué se trata! —dijo una vecina—. Vilena no tiene la culpa. El demonio, o mejor dicho, los demonios, se han metido en el cuerpo de los gatos. ¡Así que hay que matar a los gatos!

—¡No diga tonterías! ¿Cómo van a estar endemoniados estos dulces animalitos?

—Mujer, ¿no le pasó también a Jesucristo, que tuvo que expulsar a los demonios de los cerdos?

—¡Sí, pero eran cerdos, no mis dulces gatitos!

—Pidámosle al cura que venga y eche agua bendita sobre los animales.

El cura no fue hasta pasado un mes. Al principio desconfiaba: “Estas mujeres me quieren tomar el pelo, porque todavía soy joven. Si estuviera aquel cura viejo y tan santo que había antes de mí no se atreverían a hacerlo.” Pero las mujeres insistían.

El cura era un franciscano, un fraile, con un sayo marrón. De la cintura le colgaba un largo y grueso cordón y un enorme rosario.

—Bueno, pues veamos qué les pasa a sus gatos.

En la casa no sólo había mujeres, sino también hombres y niños. Los gatos jugaban entre ellos y con los niños o dormitaban bajo los taburetes, por los rincones.

Cuando entró, todos los gatos salieron huyendo de la casa en todas direcciones, a la bodega, a un pequeño bosque que había cerca de allí, tal vez al desván. Algunos hombres se pusieron a reír, las mujeres se santiguaron, otras se arrodillaron, otras se echaron a llorar.

El cura vio la escena y los tranquilizó:

—¡Buenos días! Que el Señor esté en esta casa y con todos vosotros, hombres, mujeres, niños y gatos. Sin lugar a dudas, el diablo no tiene nada que ver. Los animales se asustan por algo. Debemos averiguar de qué se trata. Huyen de Vilena, de las vecinas y, como habéis visto, también de mí, que soy el sacerdote. ¿Qué tenemos en común todos nosotros?

—¡La falda! —soltó un niño en voz alta. Sin malicia, con inocencia. Pobre niño, su padre le soltó un terrible bofetón. Todos, hombres, mujeres y cura, reprendieron al padre.

—¿En vez de reír —dijo el cura— le pega usted al niño? Sólo ha dicho la verdad. ¿No sabe lo que dijo Jesús?: “Por boca de los niños...”, “¡Dejad que los niños vengan a mí!”. Podría ser la falda, ¿por qué no? Yo también llevo un hábito parecido. Pero los gatos no huyen por la falda. Vilena lleva falda toda la semana, no sólo los domingos.

Algunos se tranquilizaron y empezaron a reír. El ambiente se hizo menos pesado. Pero enseguida todos volvieron a ponerse serios.

—¿Qué podría ser? —preguntó de nuevo el cura.

—¡Los rosarios! —dijo tímidamente la vocecita de una niña.

—¡Espléndido! —dijo el cura—. Por boca de los niños suele venir la verdad, Jesús tiene razón. Niños, ¿podéis ir a coger algún gato y traerlo de vuelta aquí? Mientras tanto, voy a quitarme este rosario enorme. Mejor que me quite también el cinturón del que cuelga.

Dicho y hecho. Escondió el rosario bajo el mantel de la mesa.

Un minuto después, los niños empezaron a volver con los gatos, que estaban de lo más tranquilos.

—¡Ya lo veis! —dijo el cura—. No tienen miedo ni de mí ni de vosotros. Estaos quietos. No hagáis nada. ¡Ni os mováis! Dejadme hacer a mí.

Cogió un gato entre sus manos y lo acarició. El gatito ronroneó.

—Minino, bonito, ¿por qué huyes de nosotros, con lo que te queremos?

Hombres y mujeres estaban atónitos. ¡Un cura taumaturgo!

El cura dijo a los niños:

—¡Ahora veréis qué espectáculo! ¡Pero no os asustéis! No sujetéis a los gatos entre los brazos ni os los pongáis sobre las rodillas, dejadlos sueltos por el suelo.

Muy despacio, metió la mano bajo el mantel de la mesa, cogió el rosario y lo sacó de repente, haciéndolo tintinear.

Los gatos se dieron a la fuga.

Los niños se echaron a reír y las mujeres se arrodillaron, se santiguaron y estúpidamente invocaron a Cristo, a la Virgen y a todos los santos.

Por su parte, el cura rio muy a gusto.

—¡Amigos, dejaos de tonterías! ¿Por qué pensáis enseguida en el diablo? No es tan tonto como creéis. Él se ocupa de pecados mucho más graves que ahuyentar a los gatos. Prefiere seducir a los hombres, no a animalitos inocentes. Y ahora, Viena, dígame, ¿no tiene usted criada?

—Sí, sí que tengo—. Y miró a su alrededor y dijo:

—Pero no está aquí.

Le pidió a su hija mayor que fuera a buscarla y la hiciera venir.

La criada entró enseguida, ya que se había escondido en la habitación de al lado. Se la veía muy apurada ante la gente, y sobre todo ante el cura, que sin rodeos le dijo:

—No te gustan los gatos, ¿verdad?

A la pobre criada no le dio tiempo a responder; gimió y sacudió la cabeza.

—Te molestan mucho, ¿verdad?

—Sí, padre —dijo con un hilo de voz.

El cura se dirigió a Vilena:

—¿Promete usted, delante de todos nosotros, que no castigaré a su criada si dice la verdad?

—Sí, lo juro por Dios. ¿Es ella la culpable?

—No, mujer, ¡no diga eso! Sólo prometa y ya está. No vuelva nunca a jurar, como recomendó Jesús.

—¡Lo prometo! —dijo con voz firme.

El cura se dirigió a la criada:

—¿Cómo te llamas, muchachita?

—María.

—María, ¿le confiesas al sacerdote que no una sola vez, sino muchas, has ahuyentado a los gatos con el rosario?

La criada no respondió, se echó a llorar y salió corriendo.

Todos entendieron de qué iba la cosa y rieron a más no poder. Algunas mujeres hasta lloraron de la risa. Una de ellas le confesó al cura:

—Le juro que había empezado a creer que era cosa del demonio.

—¿No he dicho que no tenéis que jurar? —dijo el cura.»

* * *

«También los muchachos tenían sus historias.

Después de las acostumbradas juergas de casi todas las tardes, algunos pensaban en hacer algo extraordinario. Fanfarrones, reñidores y embusteros, intentaban engañarse unos a otros. Volaban las apuestas:

—¿A que no te atreves a entrar en el cementerio a media noche?

Solían hablar de fantasmas. Nadie creía en eso, pero se contaban historias.

Los chicos, normalmente, podían visitar a sus novias tres veces por semana: el miércoles, el sábado y el domingo. Siempre acompañados de una hermana pequeña, que debía espiarles mientras aprendía el arte del noviazgo. Y por supuesto, la puerta tenía que permanecer rigurosamente abierta.

Los jóvenes pretendientes se ponían el traje de los domingos. ¿Perfumes? ¿Qué era eso? Bah, agua de colonia, como una excepción.

Algunos se citaban con chicas de la colonia e iban a buscarlas a caballo, si vivían muy lejos, o a pie, si la distancia no era demasiado larga. Para llegar antes, tomaban atajos, caminos casi secretos.

Aquella vez el tema era si creían o no en los fantasmas, que se pasean por los caminos oscuros, vuelan entre los árboles y suelen llevar una vela encendida.

—¡Claro que no! —respondieron todos.

¿Pero era así realmente?

Lino, uno de los chicos, iba a visitar a su novia, la cual no vivía muy lejos. Tenía que ir por un camino casi perdido entre los árboles. Sus amigos le prepararon una sorpresa.

—¡Ahora veremos si cree o no en los fantasmas!

Prepararon unas calabazas, les hicieron agujeros a modo de ojos y de boca, les metieron una vela y las ataron a una larga cuerda, con la que podían levantar al “fantasma” desde el suelo hasta la copa de los árboles, hacerlo volar a lo largo del camino o hacerle atravesar

el camino de aquí para allá, de un árbol a otro. Y a la vez se oirían lamentos, unos lamentos lastimeros.

Aquel sábado Lino llevaba un traje nuevo y hasta se había puesto corbata. Volvía por el camino de costumbre (la única ruta practicable, por supuesto). El encuentro con su novia había ido bien, porque volvía alegre, silbando... Hasta que apareció un fantasma. A unos cien metros frente a él. Se paró en el camino, gimoteó y se alejó volando lentamente. Lino dejó de silbar y gritó:

—¡Ya sé que no es un fantasma! Habéis perdido el tiempo con ese invento. Es una calabaza con agujeros y velas. Voy a ganar la apuesta. Sois más de uno detrás de los árboles. Seguid gimoteando. ¡Venid a mi encuentro si sois fantasmas!

¿Seguro? Los fantasmas gimotearon de nuevo, cada vez más fuerte, y volvieron por el mismo camino, acercándose mucho más.

Lino reía con sarcasmo:

—¡Quiero atraparte! ¡Acércate! Necesito tener una prueba en las manos de que he atrapado un fantasma.

Los fantasmas volvieron, muy rápidos, hasta ponerse muy cerca de él. El chico dio un salto para capturar uno de ellos, pero éste voló hacia arriba y se alejó. Se oyeron risas y carcajadas. Por todas partes.

El chico enmudeció.

—¡Demonios! No, no, dejemos estar a los demonios. Parecen fantasmas de verdad.

Recuperó el valor y gritó:

—¡Si sois fantasmas, reíd y gimotead todos a la vez y venid aquí delante!

Los fantasmas gimotearon. Los fantasmas rieron. Los fantasmas aparecieron de todas partes del camino. Lo cruzaron y fueron volando de árbol en árbol. Treparon a los árboles, bajaron y gimotearon, y rieron, y se carcajearon, y silbaron.

De pronto el chico lanzó un grito, saltó fuera del camino, se metió en un seto lleno de piñas y de espinos, se desgarró el traje

nuevo, gritó a pleno pulmón, se lanzó al bosque y corrió con la furia de cien diablos, hasta que llegó al camino principal, más ancho. ¡Uf!

¿Conseguía recobrar el aliento?

¿No le habrían seguido los fantasmas?

¡Dios mío! Oyó el rugido más terrible de su vida.

—¡Es un jaguar! ¡Y está aquí cerca!

Echó de nuevo a correr, sin parar, hasta que llegó a casa.

No le vio nadie. Ningún amigo lo estaba esperando. ¿Seguro que no? ¿No se habrían escondido en algún sitio, en los bajos, detrás de los árboles? Parecía que no.

Estaba claro que no dormiría en toda la noche. Ahora creía en los fantasmas. Pero, después de haber pasado largo rato despierto, empezó a preguntarse si aquello no podría obedecer a la apuesta que había hecho la semana anterior en el bar.

Por la mañana, cuando sus padres salieron, frente a la puerta había muchas calabazas con agujeros y velas.

Todo un grupo de muchachos esperaban en el bar de Suprema. Dos de ellos esperaban frente a la casa de los padres de Lino.

—¿Cómo está su hijo? —preguntaron—. ¿Nos deja visitar a nuestro amigo?

—Claro que sí, pasad —dijo el padre de Lino.

Los chicos entraron. Lino estaba durmiendo. Encontraron el traje desgarrado, lo cogieron y lo llevaron al bar.

¡Imagínate si rieron! Hasta reventar.

Al acabar la misa, todo el pueblo había oído hablar del heroico campeón que no creía en los fantasmas. Los padres volvieron para despertar a su hijo. Éste no quería decir toda la verdad. Cuando quiso esconder el traje, se dio cuenta de que había desaparecido.

“¡Estoy perdido! No, no voy a salir. Me quedaré en casa hasta que se cansen de reír. ¡Por varios días, si es necesario!”

Los pensamientos le remolineaban en la cabeza:

“¡Tengo que encontrar una solución, una explicación! ¡Ah, ya sé, el jaguar! Sí, eso es, no huí por aquellas estúpidas calabazas, sino por el jaguar, que había rugido cerca de mí.”

Pensado y hecho.

Fue a reunirse con el grupo.

—¡Os han mentido!

Por supuesto, todos se pusieron a reír aún con más ganas que antes.

—¿Dónde has escondido el traje nuevo? ¡Enséñanoslo!

Otro chico se acercó con una gran caja y se la ofreció:

—Nos alegramos de que los fantasmas no te hayan matado y arrastrado al infierno. Queremos celebrar que has vuelto sano y salvo y regalarte algo como recuerdo de esa noche.

—¡Que lo abra! ¡Que lo abra!... —cantaban palmoteando y formando un círculo alrededor de nuestro pobre muchacho.

—Ya sé qué regalo es. Mi traje nuevo y desgarrado, sí. Pero no me metí entre las piñas y los espinos por culpa de los fantasmas.

—¿Qué eran, demonios? —preguntó alguien con socarronería.

—No, demonios no.

Tras una pequeña pausa exclamó en voz alta:

—¡Un jaguar!

Estalló tal carcajada que toda la multitud, ya muy numerosa a aquella hora, no pudo contenerse. Se caían al suelo de tanto reír, se retorcían. Muchos ya se habían excedido con la bebida. Pero uno de ellos consiguió acallar a los presentes y dijo:

—¡Si nos demuestras que había un jaguar te regalamos un traje nuevo!

—Así lo haré. Voy a preparar la escopeta ahora mismo. ¡Esta misma tarde iré a cazar al jaguar! Vosotros no oísteis el rugido porque estabais gritando como locos.

El pueblo estuvo todo el día de fiesta. La historia circulaba ya en varias versiones. Cada “fantasma” la contaba a su manera, adornándola con detalles de todo tipo, como que el chico se había herido los genitales.

Mientras tanto, nuestro miedica había preparado las escopetas. La de su padre, la del vecino... Incluso aquél que había apostado con él le entregó una excelente escopeta.

Y anocheció.

Desde todas las puertas, no sólo las del bar, sino también las de las casas, y desde las ventanas, hombres y mujeres, muchachas compungidas, muchas miradas acompañaron al chico en su partida. Como si fuera a matar bandidos.

Se oyó el llanto de su madre:

—¡Ay, por Dios!, ¿cómo permitís que haga eso? Aun creyendo que de verdad exista el jaguar. ¿No veis que podría matarse? ¡Se va a matar, mi pobre niño! ¡Ay, ay, ay!

No lograron calmar el llanto de la mujer. Algunos empezaron a dudar de toda aquella historia de los fantasmas.

—Y si se mata, ¿qué culpa tenemos nosotros?

El pueblo se hundió en el silencio.

¿Quién podía conciliar el sueño? En casa del chico, la madre seguía implorando que salvaran a aquel hijo suyo enloquecido.

Llegó la medianoche.

En el bar del centro, algunos estaban poniéndose de acuerdo para reunirse e ir en busca de su amigo. Era demasiado tarde.

—Tal vez hayamos exagerado.

Cuando el pequeño grupo estaba a punto de salir, alguien llegó caminando con dificultad. Llevaba algo a los hombros. Algo muy pesado. Arrastraba las piernas como un borracho.

Todos corrieron a su encuentro.

Lino fue hasta el centro del pueblo, entre el bar y la casa de sus padres.

Allí depositó el jaguar.

—Quería traerlo entero, pero le he quitado las tripas porque pesaba demasiado. Amigo mío, mantén la promesa: encarga un traje nuevo. Y no te olvides de la corbata.

El miedica de antes se había convertido en el héroe del pueblo.

Aquella noche hubo fiesta hasta bien entrada la madrugada. Sus amigos —sí, todos ellos— colaboraron en la compra del traje nuevo. El mejor que había en el pueblo.

¿Pero cómo diablos explicarían que las cosas no habían ocurrido exactamente de aquella manera? Todos juraron, por todos los santos, que no se había oído ningún rugido de jaguar. Pero nadie les creyó.

—¡Tontos vosotros, que creéis en los fantasmas!»

* * *

«No tan bonita era la historia de los bandidos:

La tranquila vida del pueblo cambió de repente pasados sus tres primeros años de existencia. Bandidos y salteadores venían de todos lados: del sur, de la provincia de Río Grande del Sur, o del norte, de lugares lejanos, de regiones desconocidas del otro lado del bosque.

Cuando un pequeño grupo de menos de diez hombres a caballo, armados con escopetas, entraron en Pedras, todo el mundo se asustó.

En el bar, los hombres no sabían qué hacer. Nadie tenía escopeta ni puñal, sólo un simple cuchillo usado para preparar cigarrillos de paja.

Así que, cuando los bandidos entraron y se pusieron a beber aguardiente de forma desmesurada, algunos intentaron salir por piernas. Otros bandidos que hacían guardia fuera del bar les bloquearon el paso. Se vieron obligados a entrar de nuevo acompañados por otros bandidos.

Éstos determinaron:

—Queremos embutidos, aguardiente, vino, ropa, cuchillos, cartuchos y balas. Sí, escopetas también. Da igual cómo sean. Empezaremos por aquí: dadnos el material.

¿Alguien vaciló?

—Ahora acompañadnos a vuestra casa. ¿Quién vive más cerca? Venid todos juntos.

Los bandidos, acompañados por los moradores, registraron y saquearon una casa tras otra. Cuando los caballos ya no pudieron cargar más material, el cabecilla ordenó:

—¿Quién tiene caballos? Queremos tres buenos caballos.

Los hombres, aterrados, se pusieron de acuerdo sobre los animales.

—Montad a caballo e id delante de nosotros. Sabed que no debéis intentar escapar. Las balas son más rápidas que los caballos.

Los habitantes, despavoridos, los vieron abandonar el pueblo. Poco después, las mujeres y los hijos de los tres hombres se echaron a llorar y todo el pueblo se reunió con sus familiares.

Todos estaban sobrecogidos por el terror.

Algunos pensaron en perseguir a los bandidos.

—No podemos hacer eso. Pensad en los rehenes.

Seis días más tarde, cuando habían empezado a perder la esperanza, los tres hombres volvieron. Contaron que en la región había un pueblo entero habitado por bandidos.

—¿Y dónde está ese pueblo?

—No lo sabemos, porque nos vendaron los ojos durante media jornada. Luego nos ataron a unos árboles y nos dijeron: “No intentéis iros antes de que se ponga el sol. Dos de los nuestros se quedarán cerca de aquí con las escopetas en ristre. Uno de vosotros conseguirá desatarse. Cuando os vayáis, mirad la dirección sobre el sendero. Os la indicaremos con ramas. Después encontraréis el camino a casa, tal vez. Si no os descuartizan antes los jaguares.”

—Al poco anocheció. Trepamos a los árboles para dormir, mientras uno hacía guardia, también subido a un árbol. Teníamos miedo de los puercos del bosque y de los jaguares. Al día siguiente, después de tres horas de camino, habíamos perdido la orientación.

—Si los bandidos tienen un pueblo entero, ¿cómo haremos para defendernos cuando vuelvan?

—Que el gobierno nos mande soldados.

—Como mucho mandarán uno o dos.

—Los bandidos han prometido que volverán con cuarenta hombres, todos armados con escopetas. Volverán dentro de un mes y todas las casas deberán tener preparado —han dicho— un saco con regalos. Si no lo hay, dispararán a los maridos y se llevarán a las mujeres y a las hijas.

Todas las mujeres y los niños fueron presa de la desesperación.

—Nos esconderemos bajo la iglesia. Nuestras hijas se esconderán en los bosques de la montaña.

* * *

Antes de que hubiera transcurrido un mes regresaron. Primero llegaron un par de hombres y transmitieron el “mensaje” al que todo el mundo debía obedecer de inmediato. Un saco lleno frente a la puerta de casa, y todas las puertas y ventanas cerradas.

Esta vez no secuestraron a nadie.

Sin embargo, los hombres de Pedras decidieron defenderse. Compraron escopetas. Algunas de ellas modernas, de dos cañones.

Las mujeres protestaron llorando. Sus maridos reaccionaron:

—¿Preferís que trabajemos sólo para ellos?

No había pasado otro mes cuando apareció un pequeño grupo de bandidos. Traían incluso algunos caballos. Al llegar, uno de ellos dijo:

—Nuestro pueblo ha recibido la visita de un sacerdote misionero. Nos ha enseñado que estamos actuando mal arrebatándoos vuestras pertenencias y vuestros caballos. Así que hemos decidido cambiar de vida, y empezamos devolviéndoos los caballos que nos habíamos llevado sin permiso.

Cuatro caballos volvieron a sus anteriores dueños.

—Para demostraros que queremos ser amigos —prosiguió el cabecilla— os rogamos que vengan con nosotros una docena de

hombres, para que traigan de vuelta a los demás caballos y el material que os habíamos cogido sin permiso —repitió el cabecilla.

Los habitantes de Pedras se alegraron por la inesperada noticia. Varios hombres y jóvenes se prepararon para el viaje. El cabecilla pidió que le siguieran a una distancia constante de cincuenta metros, porque —dijo— algunos habitantes de los alrededores podían malinterpretar su comportamiento y disparar contra ellos.

Sólo dos días después llegaron hasta un grupo de casas construidas en círculo alrededor de una plaza. Había muchos hombres. Mujeres y niños miraban desde las ventanas.

Los huéspedes fueron recibidos de manera amistosa. Bajaron del caballo.

—Vamos a dar de comer y de beber a vuestros animales —dijeron algunos, y se llevaron a los caballos. Casi todos los bandidos se echaron un poco atrás... y apuntaron con sus armas, diciendo:

—Habéis sido muy comprensivos. Habéis facilitado nuestro trabajo de hoy. Y ahora... ¡echad a correr si queréis volver con vida!

Los hombres de Pedras comprendieron por fin el engaño y salieron por pies. Varios disparos alcanzaron a algunos en las piernas, y uno de ellos cayó soltando un quejido, con un tiro en la cabeza. Sus compañeros lo cogieron de los brazos y de los pies y se lo llevaron.

Los bandidos dejaron de disparar.

El pobre herido murió poco después.

El camino de vuelta se hizo pesado. Con ramas y lianas hicieron una camilla para el muerto.

Hubo otros contratiempos: durante varias horas erraron por el camino equivocado, ya que había otros caminos que se cruzaban.

Algunos lloraban desconsolados, no sólo por su difunto amigo, sino también por la vergüenza del engaño:

—¡Qué ingenuos hemos sido! ¡Qué estúpidos! Creer en la palabra de los bandidos...

—Se van a reír de nosotros.

—Nadie tiene derecho a reírse de nosotros.

—Nos han engañado a todos.

—Nadie ha dudado de la sinceridad del infame cabecilla de los bandidos.

—Ahora debemos preparar la venganza.

—Acabaremos con ellos, hasta el último... ¡o ellos acabarán con nosotros!

El terror se apoderó del pueblo durante el entierro del muerto.

Todos juraron venganza. Dispararon con las escopetas en honor del difunto.

—¡Vale ya! —dijo uno más sobrio—. Las balas nos harán falta contra los bandidos. Recordémosle en nuestras oraciones.

—De ahora en adelante será nuestro héroe.»

* * *

«El pueblo se preparaba. Pero nadie tenía las ideas claras. ¿Debían defenderse? ¿Atacar? ¿O qué otra cosa?

Finalmente decidieron que dos hombres hicieran guardia día y noche junto al camino y que dispararan si volvían.

Pero los bandidos no volvieron en todo un mes. Tampoco en los dos meses siguientes.

¿Qué había pasado?

Decidieron aclarar el asunto. Unos cincuenta hombres y jóvenes partieron con buenos caballos y con las escopetas cargadas.

Se acercaron a las casas de los bandidos.

Silencio absoluto. Aquí y allá el ladrido de un perro. Un maullido.

—Ya sabían que íbamos a venir. Se han escondido.

Cuando vieron el lugar, advirtieron que sólo había restos de cabañas. Todo lo demás estaba destruido. Aun así siguieron

avanzando con cautela, examinándolo todo, hasta que comprobaron que el campamento de los bandidos había sido realmente destruido.

Algunos no se resistieron y dispararon al bosque colindante:

—¡Si hay alguno vivo, quiero desanjarlo!

Pero no había quedado ningún bandido.

Ni hombres, ni ganado, ni gallinas. Sólo un perro escuchimizado, al cual, pobrecillo, le pegaron un tiro. Los gatos huyeron.

Cuando la expedición regresó, de la iglesia salieron, como si lo celebraran, todas las mujeres, los niños y los viejos, con una sola pregunta angustiada:

—¿Ha muerto alguno de los nuestros?

—¿Alguno ha resultado herido?

—Ninguno.

Hubo una gran fiesta, con churrascada y baile toda la noche. Un pequeño grupo de mujeres, sin embargo, fueron corriendo a la iglesia para dar gracias.

La alegría no fue completa, ya que no habían logrado aniquilar a los bandidos.

¿Quién lo había hecho?

Nunca se supo. Ningún viajero de paso trajo noticias.

Los soldados del gobierno no lo habían hecho.

¿Entonces quién?»

* * *

«¿Historias de cazadores y pescadores? A raudales.

Uno de ellos se perdió en el bosque. Había entrado para recoger estróbilos de araucaria. En invierno es fruta sabrosa y fácil de cocinar.

En vez de volver atrás, se había adentrado. Es algo que suele ocurrir bajo árboles muy altos, sobre todo si llovizna y no hace sol. No pudo regresar. Se hizo de noche. Rugía el jaguar.

Trepó a un árbol, donde pasó despierto la noche más larga de su vida.

Al amanecer oyó unos gruñidos.

“Cerdos en el bosque, ¿es posible?”

Sí, los hay; son los llamados cerdos de monte. En grandes manadas y con sus dientes afilados, devoran todo lo que encuentran.

Oyó el canto de un gallo.

“No, no puede ser, estoy desvariando.”

De repente oyó el ladrido de un perro.

“Si hay gallos y perros, también habrá alguna casa y personas.”

Pero tuvo que esperar a que los cerdos se fueran.

Bajó del árbol y se encaminó en dirección a aquellos animales de buen augurio. Poco después encontró un camino y una cabaña de mulatos. Le indicaron la dirección:

—Siga este sendero y encontrará la ruta hacia su casa, después de un día de camino.»

* * *

«Unos cazadores encontraron en el bosque los huesos de un caballo que había sido devorado hacía poco. A su alrededor estaban los arcos. De modo que el hombre había muerto. Buscaron por allí con gran atención, sin hacer ruido. Un poco más allá encontraron los huesos de un jaguar.

Nunca se supo qué le había ocurrido al jinete. Nadie había desaparecido de Pedras. Nadie esperaba la visita de algún pariente que después no se hubiera presentado. Esperaron noticias en vano. Cosas tan misteriosas ocurren en los lugares remotos.»

* * *

«¿Funcionarios públicos para el cobro de impuestos? Sólo uno. ¿Para cobrar a quién? Por lo menos a los propietarios de terrenos y

de casas, ¿no? Y a los comerciantes, a los artesanos... como en todas partes del mundo.

El primer año que se pagaron impuestos, nadie conocía el importe. De modo que pagaron sin quejarse.

Al cobrador le vino bien, ya que cobró el dinero sin dificultad. Tres veces al año hacía un viaje para llevar los resultados.

¿Todo perfecto?

¡Quién sabe!»

* * *

«Dos campesinos, vecinos y amigos, se casaron el mismo día. También sus esposas eran íntimas amigas.

No había pasado un año, cuando una de las dos dio a luz un robusto bebé. Su amiga le tenía envidia. Ella todavía nada.

—Los niños vienen aunque uno no quiera. Los manda Dios.

La vecina que no tenía hijos pasaba cada vez más tiempo en casa de su amiga. Cada vez se quejaba más de su maternidad fallida. ¿Matrimonios sin hijos? Imposible.

Otro bebé vino al mundo. Pero lo tuvo la misma mujer. Una hermosa niña.

Visitas aún más frecuentes y más largas. Cuidaba a los hijos de su amiga, sobre todo cuando ésta tenía que ir a la ciudad.

El diablo se metió por medio. Aquel orgulloso padre insinuó que la culpa de que no tuvieran hijos no era de la mujer, sino del marido.

—Entonces, ¿por qué no?

Visitas nocturnas cada vez más frecuentes. Juegos cada vez más frecuentes. Jugaban incluso bajo la mesa. Otras ocasiones no faltaron.

No pasó un año entero, y también la otra mujer fue mamá.

Hubo grandes celebraciones entre compadres y comadres.

—¿Tú también quieres una niña? Tu marido no te la da. Si ha sido fácil con el primero, también lo será con el segundo, ¿no crees?

Pero el diablo dejó de ayudarles. El marido de la “amiga” los pilló in fraganti.

Pero no ocurrió ninguna tragedia.

Al cabo de unos meses, los vecinos vieron con sorpresa que las amigas se habían intercambiado a los maridos.

¿Para siempre?

¿De forma amistosa?

¿Era posible algo así?

El diablo hace las ollas, pero no las tapa. Después del intercambio vinieron las disputas. Porque el marido se dio cuenta de que su nueva esposa se acostaba no sólo con su amigo —el “verdadero” marido—, sino también con otros vecinos.

Anularon el intercambio.

Sin problemas, ¡figúrate!

Y volvió la paz, a pesar de los chismorreos.»

¡QUÉ VIDA!

La vida en la finca Omega se normalizó tras la construcción de la casa. El ascensor funcionaba bien y los habitantes lo consideraban un milagro de la ingeniería. El Profeta se volvió famoso y respetado.

También lo tenían en consideración porque hablaba correctamente el alemán y el italiano, además del portugués.

Sus mejores amigos eran Fredo Kretz, el farmacéutico–médico–fotógrafo, y Giovanni Morema, el herrero, que le había ayudado a construir el ascensor, lo cual le hacía sentirse orgulloso.

El Profeta invitaba a visitar su finca a muchos amigos, que a menudo pasaban allí todo el domingo. Solían pescar un gran «dourado» y comían y bebían. Por las tardes, durante los días calurosos, era de obligación bañarse en las piscinas naturales. No pocas veces se bañaban completamente desnudos, lo cual era una novedad para aquellas gentes.

Otro buen amigo suyo era un hombre misterioso del que sólo se sabía el nombre: Nanù. ¿A qué se dedicaba? Cualquiera que fuera su oficio, era conocido sobre todo como reparador de muebles, de objetos de hierro y de utensilios de cocina. En casa tenía un aparato misterioso que emitía música. Era un cilindro con muchos agujeros pequeños. Dándole cuerda, aquella máquina diabólica dejaba escapar bellas melodías. A Nanù no le gustaba enseñarlo. Muy pocos amigos suyos habían visto aquel instrumento musical, que se llamaba fonógrafo.

A Nanù no le gustaba hablar. En vez de charlar y responder, sonreía o hacía muecas, de manera que no se sabía si estaba de acuerdo con uno o le tomaba el pelo.

Cuando Nanù y el Profeta estaban juntos, uno no sabía si creerse lo que decía uno o lo que daba a entender la expresión de la cara del otro. Algunos habitantes hasta temían dirigirles la palabra cuando estaban juntos, porque a veces sus respuestas no eran claras.

Sin embargo, cuando el Profeta estaba solo merecía confianza absoluta.

Al Profeta le preguntaron cómo se ganaba la vida. Era rico, y desde que residía en Pedras sólo había trabajado en su finca. Él simplemente respondía que trabajaba como arquitecto y que tenía una empresa de construcción en Porto Alegre, con varios empleados y trabajadores.

—¿Es usted constructor de casas?

—No, diseño casas que se van a construir.

—¿Y se gana mucho?

Ludvig solía visitar al fotógrafo, quien le revelaba muchos secretos. Dudaba de los conocimientos médicos de Fredo y evitaba hacerle preguntas sobre aquel tema. Sobre fotografía, sí. Especialmente sobre fotografía de mujeres. En aquel lejano y remoto pueblo, aquel fotógrafo había logrado convencer a las muchachas para que se dejaran retratar como si fueran artistas. Para convencerlas, les enseñaba revistas de cine. Ellas no sabían lo que era el cine. Miraban con los ojos como platos a aquellas mujeres y las envidiaban. Él las convencía de que también ellas parecerían más guapas si se vestían de aquella forma. O mejor dicho, si se desvestían.

Fredo mostraba a muchas mujeres de Pedras que parecían artistas. También había mujeres casadas que adoptaban las mismas poses que las estrellas del cine. Sí, tenían el valor de exhibirse con blusas casi transparentes o con las faldas levantadas. Para cambiarles el semblante, Fredo tenía muchas pelucas rubias o morenas con cabellos largos y ondulados. Su mujer, Elsa, colaboraba con él. Por eso las mujeres no tenían miedo ni sospechaban de las intenciones del fotógrafo.

El mayor problema en la vida feliz del Profeta eran las creencias religiosas del pueblo. Entre los católicos, que eran mayoría, y los protestantes, que eran casi todos alemanes, las relaciones no siempre eran fraternales. Ludvig enseguida se dio

cuenta de que Fredo y Nanù no eran religiosos. Sin embargo, a veces asistían a las ceremonias católicas.

Cuando a Ludvig le preguntaron cuál era su religión, él respondió claramente que no era «ni católico ni protestante; tal vez las dos cosas». Pero la cosa no gustó. Entonces respondió que creía en Dios, pero no pertenecía a ninguna religión. Tampoco esta respuesta gustó a algunos, que se pusieron a hablar mal de él.

En Pedras, Ludvig no era conocido como judío. Si se hubiera sabido, seguramente habría tenido problemas. Pertenecía a aquel pueblo que «había matado a Cristo», olvidando que el propio Cristo pertenecía al pueblo judío.

Precisamente por causa de la religión tuvo roces con el cura que visitaba Pedras una o dos veces al mes, un fraile franciscano que venía del pueblo vecino de Tririvera. Tenía un extraño nombre, Pancraccio, que muchos no sabían pronunciar correctamente.

Pero era persona bondadosa, y por lo tanto comprensiva.

Llegó la noticia de que un nuevo cura se quedaría a vivir de manera estable en el pueblo. Ya no sería un franciscano, sino un cura secular.

De modo que había que construirle una casa. El Profeta diseñó la casa en todos sus detalles técnicos y Luisa hizo lo propio con la parte artística. La gente estaba orgullosa de la nueva rectoría y quería construirla enseguida. Sería la primera casa no de madera, sino de piedra, de ladrillo, con tejas de verdad y no con un tejado de madera. ¿Pero para qué quería un cura una casa tan grande? Sería tan grande como la mitad de la iglesia, una construcción de madera que el viento casi había derribado.

Trabajaron de prisa y corriendo, bajo la guía del ya famoso arquitecto. La casa en construcción se convirtió en el lugar más frecuentado del pueblo. Aunque casi todo el material viniera de la lejana ciudad de Gaurama, la casa de albañilería del cura estuvo lista en menos de ocho meses.

Finalmente llegó el nuevo cura, de nombre Marcelo. Todavía era joven. Llevaba una sotana completamente negra, a diferencia del franciscano, que vestía un sayo marrón.

El primer domingo con el nuevo cura, la iglesia resultó demasiado pequeña. La casa parroquial fue inaugurada con grandes celebraciones. Muchas viudas y mujeres solteras se presentaron como candidatas para trabajar en la rectoría.

Si hubieran sospechado lo que tramaba aquel cura...

* * *

El año 1934 llegó a su fin. Luisa Dimarti terminó el año escolar. No soportaba vivir lejos de su querido Vigo. Había visto la nueva casa sólo una vez. El ascensor estaba terminado, pero la casa todavía estaba en obras. Aquel sitio era para ella un auténtico paraíso.

Por eso, con la mayor alegría, cuando se cerraron las escuelas a mediados de diciembre, Vigo fue para ayudarla en la mudanza. Hicieron un feliz viaje en tren. Todo un día y una noche le parecieron cortos a Luisa.

En Gaurama no resultó fácil encontrar medios para transportar todas sus cosas, más todo lo que Ludvig había comprado para la nueva casa. Parecía una caravana: carros, carreteros, ayudantes. Por suerte no llovió durante el viaje.

Al llegar al río se presentó una grave dificultad: ¿Cómo transportarían todo aquello en una pequeña balsa? ¡Cuántas idas y venidas! Los habitantes de Pedras se enteraron y acudieron para ayudar en el transporte. ¿Pero qué más podían hacer aparte de mirar con estupefacción? Quienes vieron la gran cantidad de paquetes que incluía el equipaje volvieron a casa exagerando su número. Todavía llegó más gente para observar las labores de transporte.

¿Y el ascensor? ¿Lo subirían todo con aquella máquina diabólica? Claro que sí. Si aquello no hubiera estado allí, ¿cómo habrían podido hacerlo? Muchos echaron una mano.

Luisa y Ludvig invitaron a los habitantes a celebrar la inauguración de la casa con una parrillada para el sábado y el domingo. Invitaron también al cura para que bendijera la nueva casa. Éste la bendijo un poco a regañadientes, porque se había enterado de que aquel hombre no era católico practicante, sino un simple amigo. Pero como el Profeta se había ocupado de construir la casa parroquial, no habría sido adecuado rechazar una bendición católica sólo porque no fuera practicante.

Luisa se sentía feliz en el nuevo pueblo, y todavía más feliz con la finca Omega. ¡Se había cumplido un sueño! ¡Ay, si las mujeres de Nova Prata lo hubieran sabido! Sus compañeras de Porto Alegre sabían que no volvería al año siguiente. Pero ella no había especificado a dónde iba. «Al interior», había dicho.

En Pedras, Luisa Dimarti era conocida como la «señora maestra». Nadie sospechaba que Luisa y Ludvig no estuvieran casados por la Iglesia. A nadie se le habría pasado por la cabeza una idea semejante. Así que todo perfecto.

A principios de 1935 empezó una nueva vida en la finca Omega. Había visitas, una tras otra, todos los sábados y domingos. Además de comer los ya famosos pescados, se cantaba y se tocaba música. La «señora maestra» y el «Profeta» eran para aquellas gentes músicos de talento. Cantaban hermosas canciones populares italianas y alemanas. Así contentaban a todo el mundo. Especialmente a los italianos, que ya se habían olvidado de la letra de las canciones y cantaban comiéndose o cambiando las palabras. Luisa les enseñaba, y por eso la invitaban cada vez más a menudo a fiestas familiares, bautizos y bodas. Además de cantar y de tocar el acordeón y el violín, sabía adornar las casas, vestir a las novias y coser. Dios santo, ¡qué mujer más completa!

La llegada del «matrimonio» había hecho más agradable la vida de Pedras. ¿No era un poco raro que nadie estuviera descontento? En efecto, a Luisa le resultaba más fácil hacer amistad con las italianas. Y eso que hablaba bien el alemán. A veces en el mismo día la invitaban distintas personas y no sabía qué hacer, qué invitación aceptar. Solía prometer que ella iría a una casa y su marido a otra. Pero se dio cuenta de que aquella propuesta no les sacaba del apuro, así que procuraban ir juntos a las visitas. Si los demás no estaban de acuerdo, proponían otra solución: ¿por qué no juntar las dos fiestas? Pero a las familias celosas no les gustaba aquello. A veces hacer el bien causa problemas.

También los cantos en la iglesia se volvieron más bellos gracias al talento de la «señora maestra». Pero el cura no permitió que acordeón y violín entraran en la iglesia. «¡Qué bobo! ¿Es que el acordeón no suena igual que el armonio?» —pensó Luisa.

Ah, ¿el armonio? Sería cosa de comprar uno para la iglesia. Pero para encargarlo desde Italia hacía falta mucho dinero. ¿Cómo lo conseguirían? Organizando fiestas, bailes... Pero, ¡ay!, el cura estaba en contra del baile. «El diablo siempre anda de por medio», vomitó desde el púlpito. Sin embargo, como el propósito de la colecta era loable, dio su permiso. Pero siempre en su presencia. ¿Por qué iba a entrar un cura en una sala de baile? En el pueblo no había ningún club, así que la gente bailaba en el salón del hotel.

—¿El cura también baila?

—¡No hagas preguntas estúpidas!

—Pero aprovechará la ocasión para beber como un cosaco.

—¡Y gratis!

—¡Y también come gratis casi a diario en una casa distinta!

Por supuesto, procuraban prepararle las mejores comidas, orgullosos como estaban de la visita del cura. Por eso, cuando la gente comía bien solía decir: «Hoy he comido como un cura». Y si él estaba presente, respondía con sarcasmo: «Pues yo he comido como un cerdo, porque no he rezado antes de sentarme a la mesa.»

Y cosas por el estilo.

La vida parecía transcurrir con normalidad, con tranquilidad, sin demasiados chismorreos, sin dramas; pero también sin grandes progresos. No era fácil vender los productos agrícolas. Para venderlos había que llevarlos con mucha dificultad a través de caminos apenas trazados, lejos, muy lejos, hasta la estación de ferrocarril. ¿Y qué se obtenía a cambio? Apenas algo para comprar sal, paños y utensilios para la cocina.

Era una vida pacífica, sí, pero también sin progreso.

¿Industria? ¿En un pueblecito tan aislado?

Se presentó la ocasión de ganar dinero transportando troncos de árbol por el río Uruguay. Exportando a la Argentina.

Los árboles tenían que ser derribados para poder practicar la agricultura. Al principio, los troncos eran un estorbo: no sabían qué hacer con ellos. Había que serrarlos a mano.

Luego llegó aquella noticia: los troncos podían ser exportados y daban dinero.

No era fácil llevar los troncos desde el bosque hasta el río. Normalmente eran arrastrados con la ayuda de bueyes. No pocas veces, la cosa era algo más sencilla: se hacían rodar los troncos por la pendiente de los montes, hasta el río. Allí había que atarlos. En el bosque había lianas de sobra. Se ataban unos troncos con otros hasta formar una enorme barcaza, a veces de uno, de dos y hasta de tres kilómetros de largo, y de cien metros de ancho. El río tenía una anchura de más o menos trescientos metros.

Al principio el entusiasmo había sido enorme. Casi todos los jóvenes querían trabajar para irse al extranjero. ¡Si hubieran conocido mejor las dificultades del viaje por el río! Sostenerse sobre las balsas de troncos no siempre era fácil, porque a veces las lianas se rompían. Había que volverlas a atar rápidamente. Sobre la balsa se construían casetas en forma de tienda. Cocinar no siempre acababa bien. ¡Cuántas veces se volcaban los recipientes!

Durante el viaje, entre los muchachos, pero también entre los hombres, no siempre reinaba la paz. Para distraerse solían organizar competiciones de lucha, que consistían simplemente en hacer caer al adversario. A veces al agua. Caer al agua no estaba del todo exento de peligro. Si uno acababa bajo la balsa, no era fácil salir a flote. Y una vez sucedió. A un chico no se le vio más. Sólo a la llegada, cuando desataron los troncos, encontraron su cadáver.

* * *

Otra fuente de ingresos era la fabricación de aguardiente de caña de azúcar. Los habitantes de Pedras tenían fama de bebedores de aguardiente, o mejor dicho, de tragadores de aguardiente. Lamentablemente, algunos se emborrachaban de verdad. Y entonces estallaban disputas en los bares y por las calles. ¡Qué espectáculo era ver a los hombres arrastrándose hasta su casa, tropezando por aquí y por allá! Algunos preferían estirarse en el suelo, hasta que llegaban sus familiares, avergonzados, a llevarse al borrachín.

El Profeta examinó aquella bebida y comprobó que sin duda era posible mejorar su calidad. Compró una gran finca frente a Omega, en la otra parte del río. Tenía trabajadores. Una pareja joven se encargaba de plantar cañas de azúcar, bananos y otros árboles frutales, y de criar gallinas y cerdos. El Profeta les pagaba bien, había mandado construir una casa grande y hermosa para ellos, y la pareja estaba contenta de trabajar para él.

El Profeta compró cañas de azúcar a otras plantaciones para hacer la primera prueba. Adquirió un buen utillaje y estudió la manera de fabricar aguardiente. Su primera idea era mejorarlo, ya que los demás producían una bebida pésima.

No se limitó a eso. Tuvo la idea de añadir fruta al aguardiente. Lo había visto hacer en casa de un colono.

Preparó botellas de aguardiente y les añadió fruta en cantidad variable. Al cabo de unos meses invitó a sus amigos a que bebieran y expresaran su opinión sobre la bebida y a que eligieran la mejor.

TERESA REAPARECE

El zapatero de Pedras, no se sabe por qué, abandonó el pueblo de repente. ¿Dónde había ido? Nadie lo supo nunca. Parece ser que dio indicaciones distintas sobre el lugar al que se trasladaría. Fue un chasco. ¿Quién repararía y haría los zapatos y las botas? Un pueblo no puede quedarse sin zapatero, sin talabartero, sin carpintero, sin herrero. ¿Dónde encontrarían a otro?

No hizo falta buscar otro. Aquel mismo mes de febrero hubo noticia de la llegada de un nuevo zapatero.

Se trataba de Piero Landini. El trabajo en el campo no le había ido muy bien. Soñaba con poder comprar de nuevo una máquina de coser para hacer zapatos. Cuando tuvo la suma necesaria, quiso retomar su actividad de antaño. El trabajo en el campo, no. Mejor vivir en un pueblo, ejerciendo de zapatero. Iría tirando con más desahogo.

Además de eso, quería huir de aquel maldito lugar donde el diablo se había apoderado de su hija. Donde los vecinos lo evitaban. Donde no tenía amigos. Ni él, ni su mujer, ni sus hijos. Y sobre todo por Teresa. Ella ya no podía dejarse ver en público, y ya ni siquiera iba a misa. Pese a todo, se había convertido en una hermosa muchacha, con unos pechos demasiado precoces y demasiado ampulosos. ¡Pobre hija! Allí no encontraría marido, por muy guapa y trabajadora que fuera. ¿Qué podía hacer, viviendo escondida? Para colmo, se había vuelto casi muda. Se había acostumbrado a no contestar a las preguntas; como mucho un sí o un no, un encogimiento de hombros, un gesto de aprobación o de negación con la cabeza. Como si tuviera miedo de sus palabras.

Cuando Landini consiguió comprar una máquina de coser y todo el instrumental para hacer zapatos, se puso de nuevo a trabajar para recuperar la práctica. No necesitó mucho tiempo: tenía prisa por abandonar el trabajo en los campos. Su mujer estaba conforme. ¿Pero habría problemas con los chicos? ¿Preferirían quedarse en el

campo? Sí, lo preferían. ¿Qué iban a hacer en un pueblo? Sólo sabían trabajar de agricultores. A decir verdad, se sentían muy felices, porque habían vislumbrado la posibilidad de iniciar una nueva vida como propietarios de una parcela de tierra.

* * *

El zapatero y su mujer salieron de viaje hacia Pedras. Se llevaron a sus hijas y sus cosas. No tenían mucho, pero llenaron dos carros.

Viajaron largo tiempo por caminos apenas trazados. La lluvia dificultó el trayecto y les obligó a detenerse aquí y allá, hasta que llegaron al río.

El transbordador estaba de la otra parte, por lo que tuvieron que esperar media hora.

Mientras tanto, ¿por qué no acercarse al agua? ¡Dios mío, qué río más grande! ¡Era aterrador!

Teresa, muda durante todo el viaje, fue con su hermana pequeña hasta la orilla del río y miró por aquí y por allá. Llegaron a un punto en el que el río hacía una curva, una ensenada.

De repente Teresa se desnudó. Su hermana se echó a reír. Se zambulló desnuda en el agua.

Poco después su hermana lanzó un grito, aterrada.

Teresa había desaparecido en el fondo del río.

Teresa no volvía.

Su hermana corrió por la orilla, arriba y abajo, gritando, llorando.

Teresa no volvía...

Su hermana corrió a buscar a sus padres.

Como lloraba tanto, no acertaba a explicar lo ocurrido.

—¡Teresa! —dijo entre sollozos.

—¡Teresa! ¿Qué le ha pasado?

—¡Teresa! —y seguía llorando.

—Dime, cariño, ¿qué le ha pasado a Teresa?

—Está nadando en el río.

—¡Dios mío, en ese río tan grande! —dijo el padre.

—¡Pero si no sabe nadar! —dijo la madre.

—¡El diablo se ha apoderado de ella otra vez! —dijo el padre.

Todos fueron corriendo a la orilla del río.

Llegaron a donde estaba el vestido de Teresa.

Pero Teresa no estaba...

—¡Teresa! ¡Teresa!

—Hija mía, ¿dónde estás?

—Se ha matado. ¡El diablo la ha empujado al río!

Llegaron otros hombres que querían cruzar el río. Todos estaban conmovidos por la desaparición de la chica. Querían ayudar.

—Si ha desaparecido en el agua, el cuerpo tiene que salir a la superficie río abajo.

—¡Sondeemos el río con una barca!

—Cada vez más abajo, en la dirección de la corriente.

—¡El cuerpo tiene por fuerza que salir a flote!

Salieron tres barcas.

Algunos buscaron a lo largo de las orillas del río, más lejos.

Era imposible encontrar a la chica.

Llegó también el Profeta con su barca a motor. Podía ayudar más en la búsqueda. Iría mucho más adelante.

—Iré río abajo muy rápido y volveré lentamente. Buscaré por las orillas del río. Tiene que salir a flote.

Pero no se la veía.

Oscureció. Cayó la noche.

Pero Teresa no aparecía.

Volvió el Profeta con su barca. No había visto nada...

Al final, Piero Landini y su familia tuvieron que desistir y se fueron al pueblo. Llorando a moco tendido.

¡Qué inicio más triste!

* * *

El Profeta dejó la barca en la orilla del río:

—Si hace falta, la barca ya está aquí. Volveré a casa con otra barca de remos que tengo más arriba, en mis plantaciones. Hasta mañana. Por lo menos tenemos que encontrar el cuerpo.

El Profeta ató la barca a un tronco en el que la dejaba siempre que iba de viaje. Fue a coger la barca de remos que tenía más arriba, pasando aquel recodo del río, donde la chica se había tirado al agua. ¡Para siempre!

Llegó hasta la barca, la desató, la empujó al agua y se metió en ella de un salto.

—Dios mío, ¿qué es eso? ¿Una mujer desnuda?

Estaba tan sorprendido que en un primer momento no pensó en la chica desaparecida. La oyó llorar.

—¡Déjame aquí! —suplicó la mujer.

Sí, era una mujer. Estaba tumbada boca abajo e intentaba esconderse. Su larga cabellera no permitía verle el rostro.

—¿Quién eres? —preguntó.

Sólo entonces pensó en la chica. ¡Qué bobo!

—¿Quién eres? ¿Eres la chica que se ha tirado al agua? ¿Eres la hija del zapatero?

No respondió. Lloriqueaba.

Se acordó de su nombre:

—¡Teresa, Teresa! Te llamas Teresa, ¿verdad?

—Sí, pero no me lleves con mi familia. Déjame aquí. No quiero irme con ellos. Quiero irme lejos. ¿Has encontrado mi ropa?

El Profeta se quitó la camisa y se la puso encima. Ella intentó taparse.

—Vendrás conmigo. Mi mujer te dará ropa.

Empujó la barca al agua y cruzó el río. Llegó a la entrada de la caseta de la ensenada. Allí tenía un abrigo y se lo dio a la chica para que se tapara mejor.

Ella obedeció.

—¿Vives en esta casa? ¿Encima del agua?

—No. Tengo otra casa allá arriba. Iremos hasta allí con este aparato. No tengas miedo. Subiremos sin problema. No tengas miedo, Teresa.

Oírse llamar por su nombre la tranquilizó. Pero seguía temblando. Y no de frío.

Llegaron a la cima de la colina.

Su mujer estaba esperándole. Era muy tarde.

—¿Con quién vienes, cariño? ¿Es una visita? ¿Pero cómo va vestida? ¿Con tu abrigo?

Se puso a reír. Había sospechado otra cosa.

—Échale una mano, cariño. Vístela. Luego te lo contaré todo.

Obedeció estupefacta y llevó a la mujer al baño: sí, ahora sí que parecía una mujer. Le preparó agua en una gran bañera. Invitó a la huésped a que se quitara aquel ridículo abrigo y entrara en la bañera. Teresa no quería. Dijo que no con la cabeza.

—¿Te da vergüenza porque estoy yo? ¿Quieres que me desnude yo también y te ayude a bañarte?

Teresa sacudió otra vez la cabeza.

—Te dejo sola. Báñate. Aquí hay un albornoz, luego te traigo la ropa. No usamos la misma talla, pero ya encontraré algo.

Luisa dejó a la chica sola.

Pero no oyó ruido de agua.

—¿Qué pasa, Teresa? No te oigo bañarte. Si no quieres bañarte, te traigo la ropa, ¿vale?

Esperó un poco y oyó un chapoteo. Poco después, la chica dijo:

—Ya he terminado.

Luisa entró y le dio la ropa. Quería ayudarla, pero Teresa no se quiso quitar el albornoz.

—¡Vale, vístete! Llámame cuando estés lista. Te espero fuera.

Luisa miró a la chica de reajo y advirtió que tenía largos pelos en el pubis. Toda una sorpresa. Era una criatura algo salvaje. ¿Qué harían con ella?

Ludvig había preparado la cena, algo más abundante que de costumbre, no sólo por la inesperada visita, sino también porque hacía muchas horas que no comía nada.

Luisa acompañó a la chica hasta la mesa del modo más desenfadado posible, como si fueran dos conocidas. Teresa no quería comer. Después accedió, pero sólo picó algo. Los dos le hicieron algunas preguntas, pero ella no tenía ganas de responder. Sin embargo, reveló algo:

—No tenía intención de ahogarme. Sé nadar. Me tiré y fui nadando muy lejos. Me di cuenta de que mi hermana estaba gritando y corría a donde estaban mis padres. Pensé que era el momento más oportuno para escapar. Hacía mucho tiempo que pensaba en huir, más de un año. Y ése me pareció el momento. Por favor, no me llevéis a casa. Con mi familia soy infeliz y hago infelices a los demás. Puedo quedarme un poco con vosotros. Luego me iré.

—No diremos a nadie que estás aquí, quédate tranquila. Mañana u otro día nos explicarás tus razones. Si estás a gusto, podrás quedarte aquí para siempre.

—No, en cuanto pueda me iré. Lejos, tal vez a una gran ciudad en la que nadie me conozca.

—Deja que el tiempo resuelva tus problemas. Mientras tanto, que sepas que aquí eres bienvenida. Aquí en la colina, como ves, vivimos solos. No tenemos personal de servicio aquí. Ellos viven y trabajan al otro lado del río.

Teresa no conseguía quedarse dormida. Las horas pasaban. Al final, el sueño hizo acto de presencia. Y también una pesadilla: había huido de la casa de la colina, caía y caía, volaba por encima de los árboles, llegaba hasta el río, lo cruzaba a nado y encontraba un pequeño camino.

Por la mañana, ya tarde, el sol entró en la habitación. No se oían ruidos de animales. «¿Dónde estoy? ¿En una habitación de lujo?»

Una mujer entró en la alcoba.

—Buenos días, Teresa. ¿Has podido dormir?

—Sí, pero he pasado mucho rato despierta. He tenido un sueño horrible.

—Es lógico, después de lo que pasó ayer. Ahora levántate, ve al baño, te lo enseñaré de nuevo, y luego ven a almorzar con nosotros.

Durante el almuerzo empezó a hablar más. Les habló de la dura vida del campo, del diablo que la había poseído...

—No te creas esas cosas. Los demonios no hacen eso.

—Sí que lo hacen. Lo dijo el cura.

—Los curas engañan. Los demonios no hacen eso, porque... en realidad, los demonios no existen.

—¿Que no existen? —preguntó Teresa con estupefacción— ¿Y entonces qué me pasó? ¿Por qué vino el cura a sacármelo del cuerpo?

—No sacó a nadie.

—Sí, se llevó al demonio dentro de él.

Los dos estallaron en risas. Pero enseguida se pusieron serios.

—Teresa, yo soy maestra. He estudiado mucho. Vigo también ha estudiado mucho, es arquitecto. Nosotros conocemos las cosas mejor de lo que las enseñan los curas.

—¿Qué es un arquitecto?

—Un profesional que... que ayuda a hacer casas. Nosotros hemos vivido en la ciudad, en una gran ciudad, pero hemos decidido vivir en un pueblecito del interior porque aquí la vida es mucho más agradable. Si quieres irte de aquí, no vayas a una gran ciudad. Te lo digo porque yo también dejé a mis padres en un pueblo y luego sufrí en una gran ciudad.

—No puedo quedarme aquí. Mis padres me encontrarán.

—No pienses en eso ahora. Espérate aquí unos días. Ya encontraremos una solución. Por ahora descansa. Ya sabes que por aquí no viene nadie. Cuando vengán visitas, nos cercioraremos de que no te vean. Es fácil.

Después del almuerzo, Luisa le enseñó los alrededores. Teresa no dijo nada. Cuando llegaron a la gran cuenca, se sentó sobre una roca y se echó a llorar.

—¿Qué va a ser de mí? Ya he sufrido bastante por culpa del diablo. ¿Por qué no me he ahogado en el río?

—¡Oh, Teresa! No pienses más en eso. Puedes quedarte aquí por mucho tiempo. Puedes trabajar como criada. Habíamos decidido buscar una. Tú podrías ser una bonita sorpresa para nosotros, ¿no crees?

—¿Trabajo doméstico? Yo sé hacer eso. Cocinar, lavar, tener la casa en orden, cuidar de los animales...

—En casa sólo tenemos un gato. Los demás animales no están aquí. Pero fíjate, Teresa, ya empiezas a sonreír. Es una buena señal. Como ves, la vida puede ser muy distinta. La de ayer fue una decisión terrible, pero tal vez tuvieras razón. Yo también tuve que escapar de casa, de mi familia. Y no he vuelto nunca más. No saben dónde vivo. Yo también tengo mi historia. Las dos hemos sufrido por haber tomado la misma decisión en la vida. Podemos ser buenas amigas. Mi marido, ya te habrás dado cuenta, es un hombre bondadoso.

—No puedo quedarme aquí. Me he escapado del diablo.

—¿Del diablo? ¡Cómo! ¿Has visto al diablo?

La chica se puso de nuevo a llorar.

—Teresa, cuéntamelo.

Y Teresa contó, muy despacio, la historia del diablo. Con frases entrecortadas. A Luisa le dio la impresión de que se lo estaba inventando.

—Ya me lo contarás mejor. Ahora sólo piensa que vas a poder vivir aquí, con nosotros. No podrás desaparecer del todo, irte lejos; no conoces la vida.

—Pero el problema es que mis padres viven en este pueblo. Al final se enterarán de que no estoy muerta, de que me he escapado. ¿Qué pasará entonces?

—Si te quedas aquí, en nuestra finca, eso no pasará tan fácilmente. Y si pasa, no podrán arrancarte de aquí. Nosotros explicaremos que te habías perdido, que en vez de ir hacia arriba, fuiste hacia abajo. ¿No es una buena excusa?

—¿Y cómo explicaréis la manera en que me habéis encontrado?

—Diremos que te encontramos y tú no quisiste decirnos de dónde venías. Que nos dijiste que venías de otra región. No pienses en eso, que no va a pasar. El tiempo es buen consejero.

* * *

La vida en la finca cambió con la presencia de la chica. Ella se acostumbró enseguida. Empezó a trabajar, y también la alegría volvió a su rostro.

Luisa estaba muy contenta con la chica. Se convertiría en una auténtica compañera de vida. También para Vigo, que era tan activo, ingenioso y emprendedor. La chica podría vivir como si fuera una hija. ¿Por qué no?

Pero debían presentársela a otras personas. ¿Cómo explicarían su llegada? ¿Dónde la habían encontrado?

El Profeta tuvo una idea:

—Se lo diremos a alguna chismosa. ¡Ya sé! A la mujer del barquero. Le dirás que voy a ir a Porto Alegre y que al volver traeré a una... sobrina. Eso es, a una pariente. O mejor di una criada, ¿no?

—Y si cuando vuelvas ven que la sobrina no está, ¿qué vas a decir?

—Sí, sí. Tenemos que enseñarles a la chica. Así la gente sabrá que vive con nosotros y que ha venido de Porto Alegre.

—¿Y si te la llevas allá? Volvería contigo.

—Buena idea. Tenemos que esconderla durante la travesía por el río, y esconderla en un carro cuando partamos.

—Yo iré contigo en la barca y la esconderemos. Iré a ver a la mujer del barquero para distraerla y que no vea nada.

—Ya, pero si me ve con la chica, se irá todo a pique.

—¿Entonces qué hacemos?

—¿Y si se esconde en un barril? Nosotros transportamos barriles de aguardiente. Se esconderá en un barril hasta que el carro desaparezca en el camino.

La idea les hizo reír.

—¿Y si Teresa no está de acuerdo? ¿Querrá meterse en un barril?

—Tal vez ella tenga una idea mejor.

Ella no lo entendió, pero aceptó. La idea de hacer un largo viaje en tren y conocer una gran ciudad formaba parte de sus sueños.

Sí que iría.

—¿Cuándo?

—Dentro de dos o tres días.

MILENA

Para Teresa, el viaje hasta Gaurama estuvo lleno de sorpresas. Cuando salió del barril no sabía dónde se encontraba.

La visión del tren...

—¿Cómo se puede sostener sobre las vías?

Ludvig le explicó cómo funcionaba y ella se tranquilizó.

En el vagón, Teresa se comportó como una auténtica niña, mirándolo todo, yendo de aquí para allá. Hubo un pequeño problema. ¿Dónde haría pipí? ¿Tendría que preguntárselo a él? No, encontró a otra chica y se lo preguntó a ella. Un mundo completamente nuevo y maravilloso asomó a la vida de Teresa.

Dormir en los asientos no resultó fácil. Ella no quería dormir. Pero al final se durmió. Ludvig se encargó de que cogiera una buena postura para tumbarse y, como faltaba sitio para todos los pasajeros, le hizo apoyar la cabeza sobre sus rodillas. A pesar del movimiento, la chica no se despertó.

El Profeta no sabía qué actitud adoptar. Los otros viajeros le preguntaron:

—¿Es su hija?

—Sí —cortó él sin pensar.

Pero sentía el calor de la chica y... ¿no sería un problema en su vida conyugal? «Bah, no estamos casados. ¿Qué clase de remordimiento de conciencia es ése?»

¿El diablo no existe? ¡Sí, sí que existe! Si no existiera, ¿por qué aquellas tentaciones ahora? ¿Un padre no tiene derecho a acariciar a su hija? Allí estaba su mano, durmiendo sobre el pecho de ella. Bajo la protección del abrigo, porque de noche hacía frío.

Cayó en la tentación y le rozó el pecho. Se lo acarició suavemente. No se tenía que despertar. «¡Diablos! ¿Por qué las mujeres tienen que llevar sujetador? A Teresa no le hace falta, sus tetas son firmes. Sí, están duras. Son verdaderamente unas tetas de virgen. Más firmes de lo normal. Sí, ¡tetas de virgen!»

Siguió apoyando la mano sobre su pecho. ¿Qué culpa tenía él de que el tren se moviera? «Ay, qué pechito tan duro! ¡Ay, ese pezón puntiagudo! Luisa la retratará desnuda. ¿Por qué Luisa? ¡Yo mismo la retrataré desnuda! ¡Ay, qué saltos da el tren!»

Al final, él también se quedó dormido. Para los pasajeros eran padre e hija. ¡Qué hermoso!

* * *

La actitud del Profeta hacia la chica cambió un poco después de aquella noche en tren. La miraba con ternura, con benevolencia, con respeto... Como si se sintiera culpable.

Teresa se quedó con la pareja de ancianos que vivían en casa de Ludvig. Les explicó que era una criada de Luisa y que había ido a la ciudad para visitar al médico, porque sufría fuertes dolores de cabeza. Todo de acuerdo con las instrucciones de Ludvig.

El Profeta tuvo una idea. La chica no tenía documentos personales, ningún certificado de nacimiento.

Él tenía un amigo notario.

—¿Cómo podemos resolver el problema de un documento para una niña?

—Muy fácil. No la inscribiremos en los registros oficiales, sólo le daremos un papel donde dirá que es una copia sacada del registro. Falso, sí. Pero el nombre del notario y la dirección también son falsos. Para facilitarles la vida a muchas personas, a veces actuamos de manera un tanto fraudulenta.

El Profeta tuvo que ponerse de acuerdo con la chica. ¿Cuál sería su nuevo nombre? Ella no tenía idea de aquellas cosas y no entendía el motivo. Sin embargo, cuando él le dijo que de aquella manera podría demostrar que no se llamaba Teresa Landini y que no pertenecía a la familia del zapatero de Pedras, aceptó de inmediato.

El Profeta se inventó un origen checo y encontró un bonito nombre para ella: desde ahora se llamaría Milena.

Aquel hermoso nombre gustó muchísimo a Teresa.

De modo que «Teresa» murió. Y resucitó como Milena. Cuando Ludvig le explicó que el nombre venía del checo y que significaba «querida, amada», todavía se puso más contenta. Aunque no entendía qué diablos era un checo. ¡Era una chica nueva! A partir de entonces sería la sobrina de Ludvig, criada en la finca Omega. Tal vez ya podría visitar el pueblo de Pedras, junto a Luisa.

El Profeta compró mucha ropa para Milena. Y para Luisa, por supuesto, para no suscitar celos en casa. Pasaron unos días en la

ciudad, y pasearon por el parque. Como padre e hija. O no, podían muy bien ser amantes.

¡Él ya lo era!

* * *

El viaje de vuelta fue todavía más bello. Ahora Milena sabía de qué iba la cosa. Ya había aprendido a viajar en tren. Si sus padres y hermanos se hubieran enterado, no se lo habrían creído. La hija que tenía el diablo en el cuerpo se había convertido en una princesa.

El corazón le latía más deprisa. Era feliz.

Por la noche, en los asientos del tren, se acurrucó con más facilidad entre los brazos del... tío Vigo. De ahora en adelante le llamaría así. Y ella se llamaría Milena. «¿O tal vez Lena? No, Lena no. ¿Y Mila? ¿Por qué no? Sí, es mejor Mila. Pero sólo en casa, cuando me nombren Luisa y Vigo. Para todos los demás, siempre y sólo Milena.»

«¿Y el apellido? ¿Qué apellido tengo? Nova... kova. ¡No! Novíkova. Sí, Novíkova. No Novikova, sino Novíkova: suena como más extranjero. Así que Milena, y no Mílena. Milena Novíkova. ¡Eso es!»

También tuvo que aprenderse otros nombres que había en el certificado de nacimiento, una gran hoja con extrañas letras, un escrito ilegible, con cuños, sellos...

«Ahora me llamo Milena Novíkova.»

Se durmió más fácilmente, con la cabeza apoyada sobre las rodillas del tío Vigo. Sus brazos la sostenían con tanta dulzura...

No tuvo pesadillas.

Las pesadillas las tuvo el Profeta. No se quedó dormido enseguida. No quería dormir. El tren daba saltos. Sólo por eso, su mano iba de aquí para allá sobre el pecho de la chica. «Tiene el pecho firme, ¡qué tetitas más duras! Demasiado grandes para una niña. Sí, demasiado grandes... ¡pero qué bonitas van a quedar en las fotos! Las fotos las hará Luisa. Primero un poco escotada, luego con un vestido transparente. Y luego... bueno, ella sabe hacerlas muy bien. ¿Cuándo podré retratarla yo también? Primero haré fotos de Luisa y Milena juntas, para que se vaya acostumbrando.»

El Profeta también soñaba.

Pero su mano no estaba soñando. No, él no tenía la culpa, la culpa la tenía el tren, que se balanceaba de aquí para allá.

«¡Qué tetas más duras!» Ahora las notaba mejor, ya que el nuevo sujetador de seda era muy fino. Había tirado aquel otro de tela basta y grosera. Si Milena se hubiera despertado mientras el tren balanceaba su mano de aquí para allá... ¿Cuándo podría retratarla desnuda? ¿Desnuda? ¿Por qué tenía aquellos pensamientos diabólicos?

Entre sueños y fantasías, al cabo de un día y de una noche llegaron a la estación de Gaurama.

* * *

El viaje en carro o a caballo fue todavía más agradable, más excitante. La chica sabía cabalgar bien. ¡Qué a gusto se reía!

Los caballos se pararon a beber a orillas de un riachuelo. La chica se lavó la cara, los brazos, y también los pies. Se levantó la falda. Las rodillas, los muslos... «¿Por qué no se quita la falda? ¡Oh, no! Hay guardianes de caballos. ¡Milena, tápate las piernas!», pensó el Profeta, con celos.

Cuando llegaron al río, el Profeta le enseñó su criada a la mujer del barquero. No, su sobrina. Aquel mismo día, la noticia daría la vuelta al pueblo. ¡Con toda certeza!

Luisa estaba contenta con toda aquella comedia. Ahora tenía una criada, una amiga, que era la sobrina de Vigo. Todo perfecto.

Cajas de regalos, vestidos, objetos para la casa. Vigo era generoso. Ahora Luisa podría ir al pueblo con la sobrina de su marido.

Pero no todavía.

Durante su ausencia, la familia de Teresa se había ido sin avisar a nadie. El zapatero había dicho que no ganaba bastante y que no conseguía olvidar a su hija ahogada en el río. Eso simplificaba las cosas.

—Ahora puedo visitar el pueblo libremente contigo, participar en la vida social, ir a misa, a las fiestas, bailar con los chicos...

—Iremos mañana mismo. Vigo también quiere encontrarse con sus amigos y entregarles las cosas que le habían encargado. Sobre todo el fotógrafo.

* * *

Cuando llegaron al pueblo notaron algo extraño. El fotógrafo dio malas noticias:

—Los bandidos han vuelto. Han venido por el norte. Como hace siete u ocho años. Nuestras escopetas, viejas y baratas, sólo sirven para disparar a los pájaros... y se han llevado muchas escopetas. Ve al bar. Te darán información más detallada sobre cómo quieren organizar la defensa. Hemos vivido en paz estos últimos años. ¿Por qué hay bandidos ahora? La última revolución terminó hace tres años.

Los habitantes de Pedras decidieron defenderse. ¿Pero cómo lo harían sin escopetas? El alcalde quería ir a buscar soldados para que defendieran el pueblo. ¿Pero dónde iría? ¿Y si lo capturaban durante el viaje?

—Si lo hubiera sabido, habría podido traer armas de Porto Alegre. Podría volver allí, sé dónde comprar. Pero tienen que venir conmigo al menos dos hombres.

Decidieron hacerlo. Se organizaron. Salieron de viaje al día siguiente.

Pero de camino a Gaurama, ¿qué fue lo que vieron? Extraños hombres armados, un grupo de seis hombres.

¿Debían volver a Pedras para dar la voz de alarma? No, aquellos hombres iban en su misma dirección. Así que adelante hacia Porto Alegre.

* * *

Volvieron con una caja de escopetas. A orillas del río, el barquero les avisó de que habían llegado los bandidos.

—Sí, seis hombres.

—Eran los mismos. ¿Qué han hecho en el pueblo?

—Se han llevado las escopetas y todo lo que suelen buscar los bandidos: víveres y ropa. Han prometido que volverán en mayor número dentro de poco.

—Si nos hubieran capturado por el camino, habríamos perdido nuestras escopetas.

—Éstas no son suficientes para sustituir las que nos han robado.

—Tenemos que ser más astutos de lo que fuimos en el pasado.

—Yo no soy «profeta» para saber lo que hacer...

—Entonces lo haré yo. Los bandidos que vienen del sur tienen que pasar a la fuerza por el único camino que une el río con Pedras. Encontraremos el lugar adecuado para dispararles más fácilmente. Haremos guardia día y noche.

—Es fácil decirlo. ¿Cuántos hombres estarán desplegados al mismo tiempo?

—Montaremos un sistema de señales con la ayuda del barquero. Tardará más tiempo en transportar a los bandidos, y mientras tanto nosotros alcanzaremos nuestros puestos para disparar.

Dicho y hecho. En casa del barquero colocaron una lámpara especial en una ventana. Cuando llegaran los bandidos, el hijo del barquero haría pasar la lámpara de aquí para allá, varias veces, por detrás de la ventana. Haría falta un solo hombre, y si era de día, bastaría incluso con un niño, para recibir la señal y salir corriendo a avisar a los demás.

Pasado un mes empezaron a aflojar un poco la guardia, con la esperanza de que los bandidos no volvieran.

El Profeta tuvo otra idea:

—Colocaré varias escopetas de manera que apunten a los viandantes. Todas ellas estarán conectadas a un único puesto de tiro central, de modo que en pocos segundos disparen todas al mismo tiempo. No les daremos a todos, pero esperemos que sí a muchos.

La genial ocurrencia del Profeta obtuvo aprobación.

Pero las cosas no sucedieron de aquella forma.

Mientras esperaban a los bandidos que habrían de venir por el sur, dejaron de prestar suficiente atención al camino del norte. Y vinieron precisamente por allí. Eran unos diez. No los mismos que habían venido por el sur, sino otros. Se mostraron un poco más duros, ya que la gente no entregó las escopetas, diciendo que un mes antes, unos hombres que habían venido del otro lado del río, por el sur...

Los bandidos no se lo creyeron. Entraron en las casas, una tras otra. Sus moradores tuvieron que salir y andar por las calles,

mientras los bandidos buscaban dentro. Como no encontraron armas, después de haber escarbado en docenas de casas, se creyeron la historia. A la hora de irse prometieron, igualmente, que volverían.

Entonces pusieron en marcha la misma estrategia en el otro camino. Detrás de una curva había un sitio escondido tras los árboles que permitía atar las escopetas. Para colocarlas de forma que apuntaran hacia los viandantes, simularon la llegada de los bandidos. Tras repetidas pruebas, las escopetas estuvieron posicionadas de manera que, de diez bandidos, por lo menos cuatro o cinco resultarían tiroteados. De muerte. Los demás tal vez sólo acabarían heridos. Si todo ocurría así, seguro que nunca más volverían.

Pasaron tres semanas. La lámpara del barquero apareció y desapareció tras la ventana. Precisamente aquel día, al amanecer, el Profeta estaba de guardia. Con la cuerda atada a las escopetas en la mano. Listo para disparar en el momento oportuno.

Los bandidos llegaron. Cuando los tres primeros se pusieron a tiro... Sólo eran cinco. ¡Ahora! ¡Pum, pum, pum!

¿El resultado? Tres cayeron al suelo, heridos de muerte. Otro intentó volver atrás, pero su caballo saltó encima de los otros, se salió del camino y se precipitó por el barranco. Se oyeron unos gritos terribles.

Sólo uno, herido, salió huyendo a caballo, pero sin escopeta. El barquero lo capturó. Poco después llegó corriendo el Profeta. Había contado con la intervención del barquero.

Acordaron el castigo. En primer lugar le obligaron a desnudarse. Casi del todo.

El Profeta y el barquero llevaron al hombre hasta el pueblo.

—Si intentas escaparte, te pegaremos un tiro.

Al pueblo ya había llegado la noticia de la hazaña heroica del Profeta. Cuando encontraron a los muertos, gritaron de alegría. En eso vieron al hombre desnudo. Muchos lo querían matar a bastonazos. Pero el Profeta no lo permitió:

—Lo pondremos en la picota del pueblo.

—Necesitamos que vuelva donde sus compañeros, para que les informe de la calurosa acogida que él y los otros han recibido, para que no vuelvan más bandidos a Pedras.

Pero algunos no se contuvieron de hincharlo a patadas y de insultarle. Lo tumbaron en el suelo, le orinaron encima y...

—¡No, eso no, hay mujeres mirando!

Lo sacaron de allí bajo una lluvia de piedras. Qué rápido podía correr todavía: el diablo le ayudaba. Al llegar al río se echó al agua y cruzó a nado aquellos tres o cuatrocientos metros, pero no alcanzó el camino, ya que la corriente lo había arrastrado muy abajo. De modo que tuvo que adentrarse en el bosque.

Si no se lo comió un jaguar, seguramente llevó el buen mensaje de nuestro Profeta.

¡Imagínense la fiesta que hubo en el pueblo!

Si antes algunos dudaban de la sabiduría del Profeta, ahora todos creían en sus capacidades. También el cura quiso bendecirle. Al día siguiente celebraron una fiesta con una misa especial con cantos y campanadas, y con la participación extraordinaria del Profeta, Luisa y Milena. Fredo Kretz hizo muchas fotos de la gente.

Había que pensar en los bandidos fallecidos. Los enterraron junto al camino, en una fosa común, sobre la que pusieron cuatro cruces negras con una tablilla donde se podía leer: «Aquí yacen cuatro bandidos.»

El caso debió de conocerse en toda la región, de norte a sur, porque por mucho tiempo no se vieron bandidos por el pueblo.

Había vuelto la paz.

La heroica hazaña del Profeta no se olvidó.

¡EL DIABLO HA VUELTO!

No, la vida no puede ser tan feliz. Ya se sabe.

Tampoco para el Profeta, Luisa y Milena.

Durante el baño en la tina de casa, Luisa advirtió que Milena tenía ciertas peculiaridades corporales. De carácter sexual. La primera sorpresa se la había llevado nada más llegar la muchacha: aquellos largos pelos en el pubis. La región púbica parecía hinchada, como una media teta. La chica solía esconderse, no se quería dejar ver ni siquiera por Luisa.

Además, tenía unos extraños pechos. Luisa los tocó durante el baño y también ella comprobó lo duros que estaban. Y no sólo eso: siempre tenía los pezones erectos, aunque no se los estimularan. Pero lo anormal no era eso, sino aquellas oscuras aureolas con numerosos pezoncillos.

Luisa habló con Mila sobre aquello. La chica no sabía ni quería hablar de aquellas cosas. Sobre todo no quería enseñar su cuerpo. Pero Luisa, con mucho tacto y en un tono maternal, se lo explicó todo sobre la sexualidad y la procreación. Mila exclamó:

—Eso ya lo sé. Los perros, los caballos, los cerdos, los toros... saltan encima de la hembra, le meten la pilila, y luego tienen hijos.

—¿Pero sabes que con las personas pasa lo mismo?

La chica estaba perpleja. ¡A su edad!

Después de ulteriores explicaciones, Luisa consiguió que Mila se dejara examinar, porque había advertido que la chica todavía no menstruaba. O quizá se lo tenía escondido. A su pregunta, Mila contestó que sí, que en una ocasión había tenido pérdidas de sangre, pero muy escasas, y que había creído que se trataba de una enfermedad, la cual desapareció al cabo de unos días. Se había sentido muy mal.

Hubo más sorpresas para Luisa. En primer lugar, bajo el vello púbico vio... ¿qué era aquello?... un pequeño pene. No, era un largo clítoris. Más largo que un dedo.

—Dime, Mila, no está así siempre, ¿verdad?

—A veces se alarga y se pone un poco gordo... y luego me duele.

Otra sorpresa: ella era, indudablemente, la más virgen de todas las vírgenes. ¿El himen? No era accesible. ¿Cómo podía tener pérdidas de sangre? Miró mejor y vio un pequeñísimo agujero en la parte más alta. El resto estaba cerrado. Fuertemente apretado. Resultaba imposible cualquier penetración.

Luisa se lo dijo a Vigo, quien llamó al doctor Kretz.

—Sí, el himen puede ser muy pequeño o incluso inexistente, pero también es posible lo contrario: una vagina sin abertura. Esto puede causar graves problemas. Pero en su caso se trata de algo de poca importancia. Basta con una sencilla operación, un corte para ensanchar el agujero de modo que permita la penetración.

—Pero tú nunca has hecho una operación de ese tipo, ¿no?

—No, nunca he visto nada parecido, pero lo he leído en los libros de medicina. Mejor si la llevas a Porto Alegre, porque hay que aplicar un anestésico local.

—Tú seguramente no tienes el equipo para la anestesia.

—Una vez, nuestro mayor comerciante, Citrone, tuvo un ataque de apendicitis. Yo nunca había hecho una operación, pero él me suplicó que le abriera la tripa, porque tenía un tremendo dolor.

—¿E hiciste tu primera operación?

—La primera y la última. Le hicimos beber un litro entero de aguardiente, lo pusimos encima del mostrador de la tienda, lo sujetamos de las manos y de los pies... y yo corté. Gritaba como un cerdo en el matadero, créeme. La gente se agolpó en la calle, las mujeres se arrodillaban y rezaban. Por suerte encontré enseguida el apéndice, se lo extirpé, y cuando se lo enseñé a los presentes me explotó en la mano. Salvé a aquel hombre en el último instante. En el ínterin, él se desmayó. El aguardiente ayudó a hacerlo dormir.

—Y entonces te aclamaron médico competente. ¡Farmacéutico-doctor!

—Créeme, tenía un miedo atroz. Imagínate si se hubiera muerto en el mostrador.

—No habría sido culpa tuya.

—Claro que no, pero ya sabes cómo es la gente. O eres doctor o eres un charlatán.

—Tal vez las dos cosas, a decir verdad...

—Dime, tú cuando profetizas, ¿no te equivocas?

—Profetizar no es mi oficio.

* * *

No había pasado una semana, cuando el cura fue a visitar la finca del Profeta.

Al entrar en la casa vio a la chica y la miró tan prolongadamente, como extasiado, que todos se sintieron incómodos.

Milena mostró antipatía hacia el cura y lo miró de través. De repente sus manos empezaron a temblar, se levantó de un salto y gritó:

—¿Otra vez un cura? Sé leer en su corazón. ¡Fuera de aquí, sinvergüenza!

Luisa corrió a tranquilizar a Milena. No resultó fácil.

Entretanto, Ludvig llenó un vaso de vino para el invitado. ¿Pero qué ocurrió? El vaso empezó a temblar sobre la mesa... se escurría... cayó al suelo... y se rompió. El Profeta estaba tan sorprendido que se quedó inmóvil.

Mientras todos observaban atónitos, Milena se puso de pie, señaló al cura con el dedo y gritó:

—Diabolus rediit! Reperit me! Exi! Intra in patrem! Apage!

Luisa se abrazó a Vigo y dijo:

—¡Dios santo! ¡Está hablando en latín! ¿Has entendido lo que ha dicho?

—Sí. Ha dicho: «¡El diablo ha vuelto! ¡Me ha vuelto a encontrar! ¡Fuera de aquí! ¡Métete en el cura! ¡Largo!»

—¡Pero si nunca ha aprendido latín, Dios mío!

La chica se enfrentó al cura y le habría retorcido la nariz con los dedos si éste no se hubiera echado atrás. Siguió gritando, pero esta vez en alemán:

—¡Es usted un desvergonzado! Se folla a las viudas, se folla a las mujeres de los demás, se folla a las viejas solteras, folla en la sacristía, folla en la rectoría... Sé que se folla incluso a niñas inocentes...

Después de eso, Milena se echó a llorar.

El cura hizo la señal de la cruz en dirección a la chica, pero no se atrevió a acercarse a ella.

—El diablo ha vuelto. Me ha vuelto a encontrar. Quiero ahogarme en el río —dijo Milena, ahora en su idioma.

Y salió corriendo.

Pero Ludvig la atrapó mientras iba camino del ascensor y la sujetó con la ayuda de Luisa. Cuando llamó al cura para que echara una mano... ¿dónde se había escondido?

Había huido más veloz que el diablo.

¿O quizá el diablo se lo había llevado con él?

Pasados unos minutos, la chica se tranquilizó. La llevaron a la cama. Estaba helada. Se quedó dormida enseguida y durmió mucho tiempo.

—Dime, Vigo, ¿qué le ha pasado a Mila? Empiezo a creer en el diablo. En serio. ¿Y tú?

—No quiero creer lo que he visto y oído. La ciencia explicará el fenómeno.

—¿Pero cuándo ha aprendido la chica latín? Si no ha ido nunca a la escuela. Nadie se lo ha enseñado. ¡Y tampoco ha hablado nunca el alemán! Es algo verdaderamente diabólico.

Después de pensar un poco, Vigo tuvo una idea:

—¿Cómo van sus menstruaciones?

—Las mujeres siempre tienen menstruaciones y no por eso tienen nada que ver con el diablo. Ni hablan lenguas extrañas.

—Al contrario. El doctor Kretz me ha explicado que, si la sangre no sale, ocurren fenómenos extraños. Echémosle un ojo ahora, puede que no se despierte.

Mila dormía profundamente.

Luisa levantó muy despacio las mantas y la falda, pero no vio manchas de sangre.

—Precisamente por eso. La sangre se queda dentro y el cuerpo reacciona.

—¿Pero de esa forma tan extraña? Ya te he dicho que la he examinado. El himen le cierra casi por completo la vagina. Sólo en la parte superior se ve un pequeño agujero.

—¡Está claro! Mañana mismo iremos a Porto Alegre para que la operen.

* * *

En Porto Alegre el médico dijo lo mismo. Antes de operarla preguntó a Ludvig y a Luisa —suponía que eran sus padres— si querían que abriera del todo o que permaneciera virgen.

—Déjela virgen. Es suficiente con que se vuelva una chica normal.

Cuando le contaron lo que había ocurrido con el cura, el médico no quería creérselo.

—Es cierto que las mujeres reaccionan a veces de forma terrible, ¿pero hablar en latín y alemán? No lo creo. Habrá tenido ocasión de aprender con algún libro de latín de Luisa... y el alemán, ¿hablan alemán en casa?

—Sí, aunque no muy a menudo.

—Habrá aprendido de ustedes, pueden estar seguros.

—Pero se refirió a actos sexuales del cura.

—Normal. ¿Qué cura no comete esos pecados? Ya me dirán. Es más fácil encontrar a una mujer que predique que a un cura que no folle.

Una gran risotada puso fin a la tarea del médico.

* * *

Pasaron tres días en la gran ciudad. Estuvieron todo el tiempo paseando, visitaron tiendas, el museo, el parque, e incluso un cine. Fueron indecibles las sorpresas que tuvo Mila, por segunda vez en la gran ciudad.

—¡Me gustaría vivir en este paraíso! —dijo Milena.

—No sabes cómo es vivir en una gran ciudad. Nosotros sólo venimos a pasear, no trabajamos aquí.

Ella no entendía por qué.

Milena preguntó qué era lo que había hecho el médico. No recordaba absolutamente nada de todo lo que había escupido a la cara del cura.

Otra cosa incomprensible.

—¿Y qué ha dicho el médico?

—Muy sencillo: que actuaste en estado hipnótico, como en una pesadilla. ¿Te acuerdas siempre de lo que has soñado? Pues en ese momento actuaste como sonámbula, créeme.

Luisa añadió:

—El médico terminó su sermón diciendo: «¡Los demonios no existen! La ciencia lo explica todo.»

AGUARDIENTE CON FRUTAS

La plantación de caña de azúcar del Profeta crecía bien. Pero todavía no estaba a punto para fabricar el aguardiente. Así pues, tuvo que comprarles a otros la materia prima.

Seguía preparando bebidas con añadido de frutas diversas en cantidad variable. Hizo incluso demasiadas. ¿Cómo iba a probarlas todas? ¿Cómo iba a saber cuál era el sabor preferido?

Cada semana, el Profeta llevaba nuevas bebidas a sus amigos. A cada botella le daba nombres extraños en lenguas desconocidas. Las probaban, comentaban y discutían sobre su calidad. En comparación con las anteriores, por supuesto. Por eso el Profeta siempre tenía las reservas necesarias.

El Profeta ya no podía seguir ofreciendo sus bebidas en el bar porque los candidatos eran demasiados. Así que se las ofrecía sólo a un grupo de invitados, bien en el mismo pueblo o en su casa de la colina. Giovanni Morema era el más hábil de los degustadores. Tras repetidas pruebas, nunca había errado en sus preferencias.

Al cabo de unos meses, el Profeta logró encontrar la mejor bebida, exactamente con cinco partes de cereza, ocho partes de butiá y doce de jaboticaba. En el mayor de los secretos, naturalmente. Dejaba la bebida en reposo durante tres meses y luego eliminaba la fruta.

* * *

Mientras tanto, el Profeta se construyó una casa en el centro del pueblo, junto a la de su amigo Fredo Kretz. Una casa de madera, porque madera había de sobra, mientras que era imposible encontrar ladrillos. No quería una casa grande ni lujosa para no incomodar a los habitantes que tenían casas pequeñas y feas.

La casa tenía tres habitaciones, pero él añadió otra en la parte trasera. Esta última la construyó de manera especial, con un techo corredizo, de modo que el sol pudiera entrar no sólo por las anchas ventanas. Allí preparó un laboratorio fotográfico. No para hacerle la competencia a Fredo, sino al contrario, para trabajar con él, ya que su amigo no tenía ninguna sala equipada para la fotografía.

Además de esta casa en el pueblo, donde él y su familia, es decir, Luisa y Milena, pasaban uno o dos días a la semana, quiso construir una casa grande y especial en Omega. No, una casa no, un castillo.

Tuvo esta idea porque había descubierto algo en la misma finca, en una loma cercana a la pequeña cascada. Había advertido que había piedras largas y lisas, fáciles de cortar. Se podían utilizar para construir una gran casa, poniéndolas una sobre otra, casi sin cemento.

En cuanto tuvo esta idea, examinó mejor las piedras y empezó a cortarlas. Consiguió preparar unos gruesos ladrillos de piedra, de anchura y longitud idóneas para construir una casa. No, una casa no. Un castillo.

¿Cómo los transportaría? Construiría una carretilla plana que hasta un niño podría empujar.

Luisa y Milena se entusiasmaron y querían transportar las piedras. El trabajo era cautivador. Vigo hizo un diseño profesional del castillo, Luisa diseñó la parte artística, y al cabo de un mes los cimientos ya estaban listos. Sí, con la ayuda de obreros que no entendían por qué el Profeta tenía aquella gran hoja de papel con tantas líneas, que consultaba y medía constantemente. ¿Qué podían entender unos analfabetos?

Pero las obras se hicieron cada vez más difíciles. El mayor problema resultó ser precisamente el tejado. No se puede construir un tejado con piedras. ¿Podría subir las vigas con el ascensor? Hizo falta dividir las vigas y después volver a juntarlas. Y las tejas, ¿de dónde podía sacarlas? El lugar más cercano era Gaurama. El Profeta pensó en construir su propia fábrica cerca del pueblo, pero se lo desaconsejaron.

—¿Quién tiene dinero para comprar ladrillos y tejas? Con lo fácil y barato que resulta encontrar material para construir en madera.

Las obras de construcción del castillo se llevaron a cabo durante los meses de invierno. No hizo mucho frío, aunque a veces sí, e incluso llegó a helar, amén de la lluvia. Así que hizo falta más tiempo, más de medio año, para terminar el castillo. No estuvo listo hasta el verano.

La anterior casa de madera la habían conservado. Serviría de almacén para muchos objetos útiles y como casa para los invitados.

El Profeta no quiso celebrar ninguna fiesta de inauguración. Sólo invitó a sus amigos más íntimos y a los albañiles que habían trabajado en las obras.

—Para una visita normal —dijo.

Pero la noticia del castillo se expandió rápidamente por Pedras.

El Profeta explicó que una casa de piedra costaba menos que una casa de madera. No fueran a creer que era rico.

¿Quién le creyó?

PRIMER VIAJE EN BALSA

En toda la región crecían árboles enormes en abundancia, excelentes para carpintería y ebanistería. ¿Dónde venderlos? Bueno, en la Argentina. ¿Cómo transportarlos? Del modo más fácil: a través de las aguas del río. Pero había cascadas aquí y allá. Era preciso esperar a las crecidas del río.

Así que, como ustedes ya saben, talaron bosques enteros, juntaron los troncos en las aguas del río y los ataron con lianas, que resultaron ser mejores que los cables de metal. Las balsas, a veces, alcanzaban los dos o tres kilómetros de largo y los cien metros de ancho. Sobre la balsa se construían cabañas para los obreros.

Cuando la crecida alcanzaba una altura de veinte metros se desataba la balsa y, entre estallidos de petardos, celebraciones y llantos de esposas y de novias, se partía río abajo.

Pero no todo era fiesta. El viaje era una gran aventura. El mayor enemigo eran los bancos de niebla. Cuando se topaba con ellos, y era algo que ocurría a menudo, sólo conductores experimentados podían mantener la balsa en medio del río, impidiendo que encallara y se destrozara. ¿Qué hacer? La única posibilidad de saber si la balsa corría por medio del río era gritar hacia un lado, esperar el eco, gritar hacia el otro lado y calcular si el eco tardaba más o menos tiempo. Parece algo fácil, ¿verdad? Pero, ¿y cuando había una curva? Había que gritar también hacia delante, no sólo de lado.

¿Y cuándo llegaban a las cascadas? Con las crecidas desaparecían las grandes cascadas, pero en aquel punto las aguas corrían a más velocidad y la balsa daba sacudidas.

—¡Que nos ayuden todos los santos!

—¡Que nos ayuden todos los demonios!

Los santos no siempre ayudaban. A veces los demonios rompían toda la balsa, ¡y sálvese quien pueda! Los troncos sueltos corrían río abajo. Cuando se salvaban algunas partes de la balsa, resultaba sumamente difícil recuperar los troncos que flotaban y volverlos a atar. Normalmente los recuperaban más adelante. Había hombres esperando y reconocían los troncos mediante marcas especiales con las que suele marcarse el ganado.

A veces algunos morían.

Los muchachos trabajaban como ayudantes. No recibían grandes pagas por su trabajo. Pero lo mejor de la aventura estaba al final del viaje, cuando cobraban el dinero y por primera vez en su vida «conocían» a las mujeres. Casi todos ellos se gastaban todo el dinero en los burdeles del lugar, normalmente de argentinas, en la ciudad de Uruguayana, donde terminaba el viaje.

¿Por qué los argentinos compraban tanta madera?

Más emprendedores que los brasileños, se la revendían a los europeos. De esta forma, millones y millones de árboles brasileños se abrían camino hacia el mundo.

A la hora de negociar, unas veces engañaban los compradores al hacer los cálculos, y otras veces engañaban los vendedores, escondiendo bajo el agua la parte defectuosa de los troncos.

Hablaban una mezcla de portugués y de español, de modo que creían entenderse unos a otros debido a la semejanza entre ambos idiomas. Pero muchas veces los engaños se producían precisamente a causa del idioma.

El Profeta tomó parte en uno de estos viajes y disfrutó mucho de la aventura. Se dio cuenta de que en el negocio de la madera los precios eran muy distintos. Como el argentino prefería hablar alemán mediante un intérprete, él se ofreció como defensor de los intereses de los brasileños, y discutió seriamente los precios en alemán. Resultado: obtuvo el mejor precio. Participó en el viaje como si fuera un turista y echó una mano en la cocina, pero al final ganó mucho dinero. Y los brasileños se mostraron muy agradecidos con él.

—¡El agradecimiento es mutuo, amigos!

El viaje de vuelta solía hacerse en tren. El Profeta compró muchas cosas en la Argentina, entre ellas el mejor fonógrafo. Seguro que Nanù le tendría envidia. Y una caja de discos, sobre todo de tangos y de música clásica. Esperaba que no se rompieran durante el viaje. Y una caja de libros.

Para sus mujeres —tenía dos, ¿no?— compró muchos tejidos de seda y vestidos listos para usar, sin olvidar braguitas especiales. Aunque no todas eran para las dos mujeres de la casa...

En cambio, la mayor parte de los jóvenes ayudantes sólo trajeron latas de fruta en almíbar. Los más previsores volvieron con

una reserva de preservativos. Ese tipo de cosas no eran fáciles de encontrar en un pueblecito del interior del Brasil.

HACIA BUENOS AIRES

Pasados dos meses, el Profeta hizo un segundo viaje en balsa. Se llevó un pequeño barril de aguardiente con frutas. Durante el trayecto tuvo que esconderlo, ya que la gente era muy dada a beber aquel insípido aguardiente de caña de Pedras.

Su intención era llegar a la capital argentina y ofrecer allí su aguardiente con frutas. Es decir, aguardiente de caña de azúcar con añadido de fruta especial.

El viaje de Uruguayana hasta Buenos Aires no resultó fácil.

«¡Qué ciudad más grande! ¡Es espléndida! ¡Parece que estemos en Europa! Es mucho más imponente que Porto Alegre.»

Intercambió ideas con revendedores de bebidas alcohólicas.

Les ofreció su creación. La probaron y les gustó mucho, muchísimo. Pronto encargaron una gran cantidad. En Buenos Aires fabricarían una botellita especial. ¡Un bonito recipiente para un buen contenido!

—¿Cómo se llama su bebida, señor Kapstein?

—Todavía no he pensado ningún nombre.

—Tenemos que encontrar uno que sea fácil de recordar. Sugiero un nombre femenino. ¿Cómo se llama su mujer, sus hijas... su amante?

—¿Por qué no? Milena. ¿Qué les parece «Agua de Milena»?

—Y en la botella la imagen erótica de una mujer, ¿qué le parece?

—¡De acuerdo!

* * *

También intercambió ideas con fotógrafos y vio novedades técnicas, sobre todo nuevos aparatos fotográficos.

Uno de estos fotógrafos, después de haber hecho amistad, lo invitó a un cuarto privado de su tienda. Allí le enseñó cierta revista. Mujeres en poses eróticas, fotos muy bellas, piernas y pechos que asomaban bajo vestidos transparentes y que se veían a medias.

—¿Parece que te gustan, eh?

—¿Y a quién no le van a gustar unas bellezas como éstas? ¿Cómo has conseguido a las modelos?

—Muy sencillo, amigo. Les pago por horas. Cuando alguna no quiere posar de acuerdo con mis instrucciones, le doy las gracias y le digo adiós. Suelen aceptar de inmediato o vuelven al cabo de unos días, si no al día siguiente.

—Tal vez propones fotos demasiado picantes, ¿no?

—¡Evidentemente!

Y cogió otra gruesa revista. Estaba compuesta de mujeres casi completamente desnudas. Solas, o de dos en dos, o de tres en tres. No sólo había poses eróticas. En la última parte de la revista había fotos pornográficas. Mujeres enseñándolo todo.

—Quiero hacerte una pregunta.

—Ya sé lo que me quieres preguntar. No hace falta que preguntes. Aquí está lo que buscas.

Y le ofreció otra revista.

—¡Diablos! —exclamó Ludvig, asombrado—. ¿Cómo logras retratar escenas de folladas?

—Muy fácil, amigo. Las putas necesitan más dinero que las artistas y las modelos. También es fácil encontrar a estudiantes. ¿Por qué flirtear en casa gratis, pudiendo ganar dinero? Estas revistas suelen venderse en otros países, así que no hay problema. Éstas son las «suecas» de Buenos Aires. ¿Quieres llevarte unas cuantas? Se venden como bananas, como se dice en Brasil. Y todavía con más facilidad en las pequeñas ciudades, amigo... si uno sabe vender deprisa y huir con la misma rapidez. Siempre hay algunos riesgos, porque, ya sabes, los policías también... ellos siempre quieren las revistas gratis.

* * *

Cuando el Profeta volvió, le enseñó las revistas a su amigo Fredo Kretz.

—¡Ay, amigo! ¿Crees que me enseñas algo nuevo? Todavía no te he enseñado todo lo que tengo.

—¡No me digas que has conseguido hacer fotos como ésas también en Pedras!

—¡Sí, amigo! También en este pueblo. Las mujeres no son iguales en todo el mundo. Las hay que quieren sentirse como artistas, otras como putas, y a otras les encantan los vestidos

bonitos, los zapatos, los perfumes, los restaurantes; sueñan con esas cosas y con esos lugares.

—¿Cómo has podido encontrarlas? Veo que son sólo dos, siempre las mismas.

—Sí, siempre las mismas. Pero, como ves, no he conseguido hacer fotos porno. Todavía no...

—Tengo una idea. ¿Las dos modelos son jóvenes y viven en el pueblo?

—Sí. Esas fotos las hice hace unos años.

—He aquí mi idea. Invita a una de ellas y enséñale esas revistas eróticas. Y si acepta...

* * *

En Omega se vivía bien. Para no aburrirse, había que distraerse en compañía de otras personas.

Una vez fue un matrimonio alemán del pueblo vecino de Pavona. Eran una pareja brillante. Tenían una agradable conversación y sabían cantar y bailar. Sobre todo la mujer.

Durante la cena bebieron champán. Ella, un poco alegre, se puso a contar anécdotas. Su marido le dio cuerda. Rieron mucho y siguieron bebiendo champán.

Después tocaron un vals vienés.

Ella dejó de tocar. Se fue a otra habitación. Poco después volvió con otro vestido.

Se puso a bailar sola, dando tantas vueltas que la falda se le levantaba... Se desabrochó la blusa... Siguió bailando... Se quitó la blusa... Siguió bailando, muy cerca de los músicos... Se quitó la falda...

—¡No dejéis de tocar! —gritó.

Siguió bailando... Su combinación transparente volaba, volaba... se le bajaba... Dejó ver sus pechos... Éstos también bailaban... No se le veían bragas...

—¡No dejéis de tocar! —volvió a gritar.

Siguió danzando, transparentemente desnuda.

Todos aplaudieron con entusiasmo. Su marido se le acercó, la abrazó, le dio un largo beso... de aprobación.

Ella cogió sus ropas. Se fue a otra habitación. Al volver dijo:

—Siempre he soñado con hacer esto. Pero en el teatro.
Gracias.

—Dadle más champán. ¡Más!

Tocaron otro vals. Esta vez bailó Milena.

La invitada se unió. Bailaron de modo normal. En pareja o por turnos.

De repente a Milena le cayó el vestido. Y le quitó el vestido a su compañera. Sí, del todo.

Ambas se tumbaron en el suelo, se acariciaron y se besaron una a otra en cada parte de su cuerpo.

¡Menuda noche!

Por suerte, la pareja de visitantes disponía de una casa privada. Si no, ni siquiera las gruesas paredes de piedra hubieran podido retener aquellos gritos de placer.

¡Qué noche más feliz!

¡Qué veladas más felices!

LA INGENUA NILSE

La vida en el pueblo no ofrecía demasiadas novedades. Los mayores chismorreos se concentraban sobre los nuevos amantes, que eran causa de disputas familiares. Al cabo de unos diez años, ¿qué familia no estaba ya emparentada con muchas otras? Por fortuna, no eran frecuentes las discusiones entre italianos y alemanes, católicos y protestantes. Los matrimonios mixtos se habían convertido en algo normal, por no decir que eran los preferidos.

Siempre había problemas con los muchachos que no tenían ninguna posibilidad de conocer mujeres antes del matrimonio. ¿Pero era así realmente?

Se decía que Kristina, una rubia polaca que vivía al otro lado del río, excitaba a todo el mundo con su belleza y con la desenvoltura con la que se dirigía a los jóvenes. Todos se enamoraban de ella a primera vista, pero pronto venían las desilusiones: ella prefería a otro. Algunos, por envidia o por celos, hablaban mal de ella; decían que era una mujer fácil, que se lo permitía todo a los chicos. E incluso que le gustaba dar lecciones sobre el arte de amar.

Vivía al otro lado del río, en el campo, pero su padre tenía una cantina y una pequeña tienda. Los chicos se sabían el camino, ya que allí se celebraban bailes. Afortunadamente, los gritos del cura no llegaban a aquel local.

Además de ella, había otras dos chicas que los muchachos solían frecuentar. Vivían casi en el centro del pueblo. Su padre era sastre y su madre cosía. Las chicas se encargaban de los complementos y accesorios para la mujer. Preparaban unos espléndidos vestidos de novia. Pero sobre todo se ocupaban de la ropa íntima. Había todo un repertorio de braguitas: normales, largas, adherentes, de seda, muy pequeñas, e incluso transparentes, según se decía.

¿Pero por qué los chicos iban a visitarlas? ¿Para comprarle regalos a alguna mujer? Sus padres tenían dos habitaciones que daban a la calle, y la alcoba de las chicas daba a la parte trasera de la casa. Entre los jóvenes circulaba el rumor de que también vendían cosas para hombres, para que las mujeres no se quedaran

embarazadas. Y que además tenían unas revistas especializadas que explicaban cómo se usaban, aunque aquellas revistas no las vendían ni las prestaban. Había que verlas allí, en su alcoba. Los chicos podían entrar a condición de que fueran de dos en dos, o como mucho de tres en tres.

* * *

Las chicas del pueblo también tenían un grupo religioso. Las Hijas de María. Debían reunirse muy a menudo, a primera hora de la mañana, para recibir instrucción religiosa y hacer oración. Antes de la misa. Durante la misa tenían que llevar puesto el uniforme, blanco y con una cinta azul. Para ellas había reservado un sitio especial entre las demás chicas y las mujeres casadas.

La chica que no quería pertenecer al grupo era sospechosa de no ser del todo pura. ¿Pura?

¡No se lo crean!

Una vez fue una familia tenida por muy religiosa, ya que tenían un hijo cura y una hija novicia. Ésta se había hecho famosa porque era tan ingenua, pero tan ingenua, que la gente no la llamaba por su nombre, Nilse, sino la Ingenua Nilse, como si tuviera un nombre compuesto. Y ella respondía cuando la llamaban de aquella forma. De modo que, ingenuamente, lo consentía.

Entre las Hijas de María había tres chicas terribles, que durante las clases de religión le hacían a la futura monja y a la profesora las preguntas más increíbles. Entre los temas a estudiar también había información acerca de problemas femeninos, el enamoramiento, el matrimonio... para que las muchachas no fueran demasiado ignorantes en relación a estos asuntos.

Una de aquellas pequeñas diablas le preguntó a la Ingenua Nilse:

—¿Qué le podemos dejar hacer a nuestro novio? ¿Podemos enseñarle los pechos y dejar que los toque? ¿Y dejar que nos acaricie los muslos?

—Se lo preguntaré al cura. Hasta ahora no me han enseñado nada de eso.

—Pregúntale también si podemos tocar a los chicos entre las piernas, ahí. Una vez, un chico me cogió la mano y me la puso ahí,

en su cosa, y me pidió que se la acariciara. ¿Eso le está permitido a una novia? Si un chico tiene derecho a vernos el pecho, ¿nosotras podemos verle la polla?

Ya lo habrán adivinado. Estalló el caos entre las Hijas de María. Algunas aprobaron aquellas preguntas, pero otras se indignaron y fueron a quejarse al cura.

¿Qué respondió el cura?

—Se lo explicaré a la Ingenua Nilse (hasta él la llamaba así) y luego ella os lo explicará a vosotras. Tenéis que saberlo todo en la vida, sí.

Las pequeñas diablas habían ganado la batalla.

En la siguiente reunión, algunas con mucha curiosidad y otras con mucha vergüenza, todas esperaban las explicaciones de la Ingenua Nilse.

—El cura me ha enseñado cómo responder a vuestras preguntas.

—¿Te lo ha enseñado con libros o en la práctica?

—Bueno, el cura me ha propuesto que yo hiciera de novia y él haría de novio. Me ha dicho que no debemos dejar que el chico haga nada enseguida, que sólo hay que empezar a dejarle hacer cosas después de varios encuentros. Así que, si se le deja hacer algo, enseguida hay que prohibirle que pida más cosas. El chico debe esperar.

—Pero en la práctica, ¿qué es lo que está permitido?

—El cura me ha enseñado todo lo que hacen un chico y una chica... hasta el matrimonio.

—No digas que el cura te ha follado.

—¿Follado? ¿Qué quiere decir follar?

Todo el grupo estalló a reír. No, todo no. Algunas se enfadaron, se rebelaron y dejaron el grupo de las Hijas de María.

La fama de las enseñanzas de la Ingenua Nilse llegó hasta los chicos. Un fervor amoroso recorrió el pueblo, cómo no.

—¡Gracias, Ingenua Nilse!

—¿Monjita? ¡Vaya con la monjita!

¡Ay! Pasados unos meses volvió al convento. Las malas lenguas dijeron que no había ido allí.

Bueno, ¿quién sabe? Ya no volvió.

GIDE EL CURITA

Navidad de 1935. Estaban preparando la iglesia, y sobre todo el belén. Era muy grande y se hallaba en un rincón del templo. Cuando lo tenían casi todo listo, apareció ante los organizadores un cura muy joven.

En realidad no era cura, sino un simple seminarista. Un muchacho que volvía a casa por vacaciones. Ya usaba sotana para irse acostumbrando. Todavía le faltaban muchos años para ser ordenado sacerdote.

Era Gide, hijo del nuevo zapatero del pueblo, ya el tercero. Su familia tenía un extraño apellido, Sauthier, que no era ni italiano ni alemán, sino francés.

¿Franceses? ¿De ésos que pronuncian su nombre de una manera y lo escriben de otra? Pero el zapatero también hablaba alemán, y su mujer italiano. Así que todo perfecto. Como el Profeta y Luisa.

Gide el Curita, así empezaron a llamar al futuro cura. Luego le llamarían simplemente el Curita. Él estuvo bondadosamente de acuerdo.

Así las cosas, nuestro Curita estaba mirando el belén. Le preguntaron qué le parecía. Como siempre, esperaban elogios.

—Es bonito. Si me lo permitís, añadiré algunas cositas más, ¿vale?

—Claro que sí. Nos podría ayudar. Seguro que tiene muchos estudios, podemos aprender de usted.

Al día siguiente, el Curita se puso manos a la obra. Cambió de sitio muchas figuras, añadió unas casitas, las pintó, puso otro pueblecito a un lado, dispuso mejor los árboles. Al final, el belén tenía un aspecto completamente distinto. Cuando la gente, y sobre todo los niños, lo vieron, se quedaron asombrados y preguntaron quién lo había hecho.

La noticia del Curita dio la vuelta a todas las casas.

—¡Venid a ver el nuevo belén de la iglesia! Un cura nuevo lo ha hecho más grande y más bonito.

Unos días antes de Navidad, los cantores ensayaban en el coro. El Curita estaba trabajando en la iglesia, en el altar, y oía los

cantos. Aquel *Noche de paz* tenía otro ritmo, demasiado monótono. Quiso mejorarlo.

Subió al coro sin temor. Todas las miradas se fijaron en el recién llegado, el Curita.

—¿Viene a ayudarnos con el canto?

—Si me lo permitís, el canto *Noche de paz* tiene otro ritmo, más ágil. No es con tres notas igual de largas al principio, sino así...

Y les enseñó la diferencia tocando. Se hicieron repetidos ensayos para eliminar el error. No fue fácil.

Pero cuando a medianoche se celebró la misa del gallo, otras personas llegaron para cantar y, sin saber de los cambios, lo hicieron a su manera. Estalló una disputa, porque los que no habían ido a los ensayos no debían seguir cantando en la iglesia.

No fue una noche del todo feliz...

Pero Gide el Curita no tenía la culpa.

* * *

Lo mismo ocurrió por Pascua. Pero entonces todos siguieron las instrucciones del Curita. Embelleció la iglesia, mejoró los cantos, ayudó al cura en misa. Todo el mundo decía:

—Será un cura de los buenos.

—¿Pero por qué no vuelve Gide al seminario? No ha terminado de estudiar, porque todavía no es cura.

Era el año de prueba. Debía permanecer un año entero en familia, participar al máximo en la vida religiosa y vestir la sotana los domingos y días festivos. Ver si caía en tentación o no. Si superaba la prueba, demostraría tener vocación para el sacerdocio y continuaría sus estudios.

Un domingo de abril, cuando ya llevaba cuatro meses en casa, acudió como siempre a misa, pero esta vez no sirvió como acólito. Participó en la misa como todos los demás, como un cristiano normal y corriente, entre los otros chicos. Pero con la sotana.

Durante la homilía, algo aburrido porque ya se lo sabía todo mejor que el propio cura, queriéndolo o sin querer su mirada se dirigió hacia la izquierda, donde se sentaban las mujeres. Sí, a la derecha los hombres, a la izquierda las mujeres, con respecto a la puerta de entrada. Tal vez su mirada fue a parar allí porque muchos,

o mejor dicho, todos los muchachos, de vez en cuando miraban a la mitad femenina de la iglesia. Una simple curiosidad natural.

Sus ojos vieron algo. Una cabellera morena y ondulada cayendo sobre unos hombros. ¿Miraría otra vez? Queriéndolo o no, su mirada volvió allí. Era una chica provocativa. Movía la cabeza muchas, muchas veces. El pelo —«¡Qué pelo moreno más hermoso!»— le ondeaba de un hombro a otro. Era una larga cabellera. «¡Qué cosa más bella!».

De repente el corazón le avisó:

«¿Qué haces? ¿Acaso eres un chico como los que están a tu lado? ¡Tú no puedes mirar!»

«¿Por qué no puedo? Yo también soy un hombre.»

«¿Ya no quieres ser cura?»

«¡Sí que quiero!»

«Pues deja de mirar a aquel lado.»

Se puso más derecho. Miró sólo hacia el frente. Vio la estatua de la Santísima Virgen. De otras santas. ¡También ellas le parecían hermosas! También ellas tenían el pelo ondulado...

La homilía terminó. La misa avanzó con monotonía. Llegó el momento de comulgar.

«No, no puedo mirar a la izquierda. No quiero seguir viendo ese pelo. Ya basta. Con Jesús en el corazón no puedo hacer eso. Yo quiero ser cura. Servirle a Él.»

Después de la comunión hay una pausa. La gente se sienta y descansa. Sí, la misa es un tanto pesada. Por eso la gente se arrodilla, se levanta y se vuelve a sentar más de una vez. Así no se aburre demasiado ni se queda dormida.

Distraídamente, sus ojos volvieron a aquel pelo:

«Es muy inquieta esa chica. No está bien que se comporte así durante la misa, ¿no?»

La misa terminó.

Ite, missa est, decía el cura en latín. La gente lo interpretaba mal: «Idos, la misa ha terminado». Y respondía cordialmente: *Deo gratias*, es decir, «Gracias a Dios».

Los niños salieron corriendo.

También los jóvenes se apresuraron.

Gide, el Curita, nunca abandonaba la iglesia con prisa.

«¿Qué es eso? ¡Dios mío, qué cara más bella! Es un ángel... No, un ángel no, ¡una santa! Está sonriendo y bromeando con las demás chicas.»

Gide el Curita se volvió a sentar. Estaba impresionado. Se llevó las manos a la cara y cerró los ojos.

«No puede ser. Y pensar que he estudiado en el seminario que la mujer es un instrumento del diablo... ¡Vaya instrumento, Dios mío!»

Se le abrieron los ojos:

«Los curas me han engañado. ¿Hacerme cura, yo? ¿Pasarme la vida sin una mujer? ¿Sin esa morenita?»

Los pensamientos le remolineaban en la cabeza. Repasó su vida. El haber obedecido al deseo de sus padres...

«¡No! En este momento declaro que ya no quiero ser cura. No quiero seguir obedeciendo a esta Iglesia que me ha enseñado que las mujeres son un instrumento del diablo.»

Gide se rebeló.

«¡Diablos! ¡Sí, diablos! ¡No voy a ser tan estúpido! Tengo una nueva religión. Desde ahora mi religión será esa chica morena.»

De pronto advirtió que en la iglesia sólo estaba él.

«¡Mira que soy tonto! ¿Por qué no he salido con los demás jóvenes a ver a las chicas?»

Se levantó de un salto y salió corriendo.

«¡Diablos! (ya había aprendido a no decir “Dios mío” nunca más). ¿Y si ya tiene novio? ¿Y si algún guapito la acompaña a casa? ¡Si llego tarde, me ahorco!»

Se fue para casa, casi corriendo. Pero sólo había visto a algunas viejas, que normalmente van a la rectoría para encargarse de otras misas.

El Curita —oh, no, ya está bien de Curita, en adelante sólo Gide— apretó el paso hasta casa. Entró en su alcoba, se arrancó los botones, abrió aquella estúpida sotana negra, aquel «vestido de mujer», y la escondió en el ropero:

«¡No pienso llevarte nunca más en la vida!» —dijo con un sentimiento de liberación. «Voy a tener un problema con mis padres. Pero no tengo dudas. ¡Ya lo he decidido!»

Su familia se sorprendió al ver que Gide ya no vestía la sotana: —¿Te has olvidado de que hoy es domingo?

—No, no me he olvidado. Al contrario, quiero deciros que hoy he decidido que no quiero ser cura.

Su madre se puso a llorar. No podía entenderlo:

—¿Después de tantos años de estudio? Con lo devoto que has sido siempre. ¿Por qué ese cambio repentino? Estás de broma, ¿no?

—Je, je, cariño. No puede haber sido otra cosa que los ojos de una mujer. ¿O ya te has olvidado de por qué me enamoré de ti? —dijo el padre.

La madre estaba desconsolada. Quería aconsejarle a su hijo que reconsiderara su decisión.

—No, mamá. Me he dado cuenta de que me equivoqué metiéndome en el seminario. Precisamente por eso tengo que quedarme en casa un año entero, para ver si quiero ser cura o no. Sólo yo puedo decidirlo, y ahora ya lo sabes: ya no quiero ser cura.

—Dime, hijo —insistía la madre—, ¿qué estúpida mujercita te ha acaramelado? Recuerda que el diablo suele utilizar a una mujer para engañar, acuérdate de Adán y Eva.

—No, mamá. No digas esa tontería. En el seminario, los curas enseñaban que las mujeres son instrumentos del diablo. Ahora he aprendido que no puede ser verdad, me han engañado...

—No te han engañado, hijo —insistía la madre—, alguna niña tonta te ha seducido con una sonrisa... con sus lindos ojos... con su pelo rubio...

—No es rubia, mamá. Es morena.

—Así que ya tienes novia. Dime, ¿quién es?

—No lo sé, mamá. La he visto hoy en la iglesia.

—¡El diablo te ha tentado durante la misa! Con una muchachita estúpida.

—Mamá, tú también eres mujer. Y yo te quiero mucho. Tú no puedes ser un instrumento del diablo. Mira, mamá, Jesucristo también necesitó de una mujer para venir a este mundo. Lo que no necesitó fue un hombre, prescindió de él. ¿Por qué amas a la Virgen María? Mira, mamá, un cura también necesita de una mujer para poder nacer.

Después de estas convincentes explicaciones, la madre no habló más. Dejó de rebatir las ideas de su querido hijo. Tenía razón.

«¿Pero quién será esa estúpida que ha seducido a mi hijo?», pensaba. «Si por lo menos fuera la hija de la vecina. No es guapa,

pero es rica. Ah, esa no es morena, mierda. Entonces, ¿quién será?». La madre ya empezaba a decir palabrotas, desconsolada y ansiosa por saber.

Durante la comida, sus hermanos se pusieron a reír de repente: —Imaginaos —dijo la hermana pequeña—, ¿nuestro Curita enamorado? Si no sabe nada de las chicas...

Ay, qué a gusto rieron.

También el Curita. Perdón, también Gide.

Y se acabó.

Se había salvado otra alma, ¿no?

* * *

Los domingos por la tarde la vida en el pueblo se convertía en una espera monótona. A las tres había un servicio religioso especial. No se trataba de una misa, sino de una oración al Santísimo Sacramento, que «es» Jesucristo. Cuando no hacía mucho calor, no representaba mucha molestia. Pero muchos buenos cristianos se preguntaban el porqué de aquella oración vespertina, si por la mañana ya habían ido a misa.

El Curita —no, Gide— se sentía raro yendo a aquella oración voluntaria. En un primer momento ni siquiera quería ir. ¿Pero cómo no, si casi todo el mundo asistía? Así que fue. Le parecía que todos conocían ya su decisión. Todos lo miraron extrañados, porque era domingo y no llevaba la sotana. Él se sintió un poco desnudo. Y además no tenía un buen traje de domingo. ¿Para qué, si debía llevar aquella sotana negra? También aquello le fastidiaba. Sobre todo porque muchas miradas femeninas —ahora lo veía mejor— lo observaban. No podía oírlos, pero veía los chismorreos:

—¿De veras?

—¿No será que...?

—¿Es que Gide ya no quiere ser cura?

Justo antes de entrar en la iglesia, después de subir la gran escalinata, un mozalbote, medio a hurtadillas, pero sin contemplaciones, lo palpó entre las piernas. Sí, justo ahí. Gide no sabía pelear, pero le entraron ganas de soltarle un puñetazo al muchacho.

—Quería ver si ya te han cortado los huevos.

—Qué dices, tonto? —le preguntó con aspereza al chico.

—A los curas les cortan los huevos, ¿no?

—¡Qué tonto eres! Alguien te ha dicho eso y tú te lo has creído.

El otro se dio cuenta de que sus amigos le habían tomado el pelo diciéndole que tocara al Curita ahí.

Aquel incidente hizo que por el momento se le pasaran las ganas de buscar a su «amada». Cuando quería girarse a un lado, numerosas miradas dirigidas a él lo disuadían.

No la vio.

* * *

Después de la ceremonia religiosa todos estaban libres. Los hombres iban al bar, los chiquillos en busca de aventuras, los jóvenes a jugar a la pelota y los viejos se quedaban en casa chismorreando sobre lo acontecido. Los chicos y las chicas podían reunirse, para ellos era una fiesta. Bebían mate, comían dulces y jugaban a seducirse con la mirada. Con caricias no. Siempre andaba cerca alguna hermana pequeña, o la madre con las vecinas.

El Curita —¡no, me he vuelto a equivocar!—, Gide, desde el primer día de su liberación, decidió participar en la vida del pueblo. ¿Pero qué podía hacer?

No muy lejos de la casa de sus padres había un pequeño grupo de gente. Entre ellos se encontraba un conocido acordeonista, apodado Ruidoso. Merecía aquel nombre, porque tocaba muy mal. No hacía más que ruido, pero a aquellas simples gentes les bastaba con oír música para distraerse. No conocían la radio.

Gide decidió ir al encuentro de aquel músico-ruidoso. Se le pasó por la cabeza la idea de engañar a todo el mundo haciendo creer que no sabía tocar el acordeón. ¿Pero cómo, si ya tocaba el armonio en la iglesia?

«Da igual, voy a decir que no sé tocar el acordeón.»

Se acercó al grupo. Todas las miradas se dirigieron a él.

—Aquí hay uno que saber tocar bien. Ven a tocar, Curita.

—En primer lugar, dejad de llamarme Curita. Me llamo Gide, por favor. Y no sé tocar el acordeón.

¿El Curita —¡mecachis! Gide— ya había aprendido a mentir?

«Es una mentira estratégica, así que no vale. Luego diré la verdad.»

—Pero si ya tocas el armonio en la iglesia —dijo Ruidoso—. Toma el acordeón.

—Con el armonio se toca solamente por un lado. No sé cómo se usan esos botones negros de la izquierda. Si tú mueves el acordeón, yo puedo tocar por este lado con las dos manos.

—Los botones negros de la izquierda sirven para acompañar la música. Intenta tocar por el lado del teclado, mientras yo toco por la izquierda, así aprendes. ¿Qué música sabes?

—Empieza tú con una música popular. A lo mejor la conozco.

Ruidoso se puso a tocar. De un modo poco agradable a los oídos de Gide.

Éste se acercó, se puso al lado de Ruidoso y empezó a tocar notas simples con una mano.

—¿Ves? Ya podemos tocar a dúo.

Los presentes aplaudieron.

—¡Otra vez! —dijo Gide.

Esta vez tocó mejor, con muchas notas. Pronto utilizó las dos manos. La música empezó a sonar bien. Pero Ruidoso tocaba mal, desafinaba y a veces se equivocaba.

—Explícame cómo se usan los botones de la izquierda.

Ruidoso no sabía explicárselo:

—Yo lo hago, pero no sé cómo. Toco y ya está.

—Dime cuál es la nota *do*.

—No me sé las notas musicales. Ya he visto que tú lees en un libro de música. Yo soy analfabeto en música. Pero toco bien, ¿no? —preguntó a su público fiel.

—Sí, muy bien —algunos le aplaudieron.

—Quiero hacer una prueba —dijo Gide.

Cogió el acordeón, preguntando a cada paso cómo se hacía, como si no lo supiera. Probó algunos botones.

—Ah, vale, aquí está el *do*. Ahora encontraré las demás notas.

Y tocó toda la clave.

—Ahí están las siete notas. Se puede tocar de varias maneras. ¿Pero dónde diablos están los bemoles y los sostenidos?

Buscó y rebuscó, y volvió a tocar.

—¿Cómo se acompaña un vals?

—Dices palabras que yo no he oído nunca. El vals se toca con un, dos, tres, así.

Ruidoso tocó un vals.

Gide siguió con su simulacro. Empezaba a disfrutar del momento. Volvió a coger el acordeón:

—Ya he aprendido a cargar con él.

Pero exageró, metiendo mal un brazo. Los otros se pusieron a reír.

«No vais a reír por mucho tiempo», pensó. «Esperad, que os voy a tocar buena música. Me da pena mi profesor. Voy a progresar poco a poco.»

Empezó a tocar el mismo vals. Con fallos. Lo tocó otra vez, pero con menos fallos. Le aplaudieron:

—Tenemos un nuevo músico. ¡Sigue!

Gide siguió tocando, pero de vez en cuando cometía algunos fallos. A propósito.

—Ya tocas perfectamente. ¡Muy bien! —oyó decir.

—Aprenderé a tocar, pero necesito tener un cuaderno de música delante. Voy a casa a coger uno.

Fue a casa. Ya se sentía feliz. Los aplausos le gustaban.

Volvió con un pequeño cuaderno. Los demás sólo veían rayas y bolitas.

—Esto es música escrita. Se puede leer. Podéis presentarme todo tipo de música. Si hay notas, se puede leer y tocar.

Dio algunas explicaciones sobre música escrita.

—Estás perdiendo el tiempo, Gide. La gente quiere escucharte. ¡Toca!

Pidió a un niño que le sostuviera el cuaderno delante y empezó a tocar. Primero con la mano derecha solamente, con notas únicas, y después tocó con muchas notas y con muchos dedos. Al final intentó tocar al mismo tiempo con la mano izquierda. Se oyó una bella melodía.

—¡Qué bien se puede tocar con el acordeón!

Gide siguió tocando otras piezas. Explicó:

—Ésta es una canción italiana.

Tocó otra:

—Ésta es una canción alemana.

El grupo se hizo más grande. La noticia circuló de boca en boca:

—Gide ya no quiere ser cura.

—Parece que quiere ser músico.

—Tenemos un nuevo músico en el pueblo.

—Nos traerá alegría.

También llegaron muchas chicas.

Gide pensaba en su morenita y posaba la mirada sobre todas las muchachas. Pero no la encontró.

Alguien le dijo:

—Cantas muy bien en la iglesia. ¿También sabes cantar canciones nuestras?

El deseo de gloria aguijoneó a Gide en el corazón. Tocó y cantó. Una canción brasileña. No la conocían, pero aplaudieron un buen rato.

—¡Canta otra!

—¡Canta una canción italiana!

—¡Y también una alemana!

Tocó y cantó una canción italiana. Y después, también, una alemana.

—Hablas muy bien el italiano.

—Y todavía mejor el alemán —dijo alguien, con un poco de envidia.

El deseo de gloria volvió a aguijonear a Gide en el corazón. Cantó una canción francesa.

—¿Qué idioma es?

—Es una canción francesa, *Ma Normandie*. ¿A que es bonita? No olvidéis que tengo apellido francés.

Italianos y alemanes se consolaron. Era neutral, ni italiano ni alemán. Pero hablaba las dos lenguas. Además del francés.

—Y el latín, que lo has estudiado en el seminario —dijo el notario del pueblo, exhibiendo sus conocimientos—. ¿Sabes más idiomas?

—Sí, alguno que otro —dijo Gide—. Aquí tenéis una canción en español.

El entusiasmo llegó a las estrellas. Se produjo una ovación. Era algo completamente nuevo en Pedras.

Gide prometió:

—Aprenderé a tocar mejor el acordeón. Pero todavía no tengo ninguno.

—¡Ya tienes uno! —gritó de lejos el Profeta.

También él había oído las últimas canciones de Gide. También él se había entusiasmado.

—Vente conmigo. Te regalaré un acordeón. Si necesitas estudiar, en mi casa encontrarás todo lo que desees.

¡Qué aplausos! La gente estaba enfervorizada.

Gide acompañó al Profeta.

Y muchos otros, chicos, chicas e incluso hombres, los siguieron en procesión.

BRUNA

Aquella tarde de domingo nació la amistad entre ellos. El Profeta propuso a Gide que se quedara toda la semana en su finca, para que se olvidara de la decisión que había tomado y se adaptara a sus nuevos sentimientos.

—Seguro que no te ha resultado fácil.

—Al contrario, lo decidí en un segundo. Cuando vi a aquella chica, me dije: se me han abierto los ojos y empiezo a entender la vida.

—¡Muy bien! El resto voy a enseñártelo yo. No te resultará fácil vivir en un mundo completamente distinto al religioso, en el que hasta ahora has vivido falsamente.

—¿Falsamente? ¿Por qué falsamente?

—No quieras que te explique de qué falsedad estoy hablando. No vayas demasiado deprisa, porque podrías hacerte daño. Aunque tú ya tienes una buena medicina.

—¿Te refieres a la chica?

—Me refiero a las mujeres en general. Créeme, si esa chica no puede ser tuya, vas a sufrir mucho. Si es muy joven, es posible que no tenga novio. Pero me temo que no, porque me dices que es muy guapa.

— ...

—Dame más detalles. A lo mejor la conozco. Descríbemela.

¡Pobre Gide!

—Todo lo que puedo decir de ella es que es morena y tiene el pelo largo y ondulado. Y sobre su actitud, que es seductora —añadió con cierta amargura.

—Ah, ¿una morena? ¿Seductora, dices? Entonces es enamoradiza. Todos los chicos se enamoran de ella. Pero no ha elegido a ninguno. Tú también puedes ser candidato.

—Si la conoces, dime quién es.

—Hasta puedes adivinar su nombre. Ya lo has dicho, sin darte cuenta, al hablar de una de sus características.

Gide se puso a pensar, intentando recordar todo lo que había dicho.

—No logro adivinar ningún nombre.

—¿No has dicho que es morena? ¿Cómo se dice morena en italiano?

—¿Bruna? ¿Se llama Bruna?

—Si es la chica que yo conozco, se llama precisamente Bruna. Es hija del herrero, un amigo mío.

—Entonces debe de ser... ¿la hija de Morema? Es casi vecina mía... ¡Qué pequeño es el mundo!

—Es normal enamorarse de las vecinas.

Aquella misma noche, el Profeta llevó a su nuevo amigo a la finca para que pasara una semana entera lejos de las malas lenguas. Y para que aprendiera a tocar el acordeón. No, eso ya lo sabía hacer. Para que aprendiera nuevas melodías y nuevas canciones que nunca había oído en el seminario.

Conoció a Luisa y a Milena. No prestó atención a la belleza de Milena porque en el corazón ya tenía a su amada.

—¡Bruna! ¡Bruna! ¡Qué nombre más bello!

Gide también se enamoraba de los nombres femeninos. Por eso le gustó tanto el nombre de Milena, que no había oído nunca antes.

El Profeta tenía un tesoro en obras musicales. Sobre todo piezas clásicas. Tocaban por la tarde. Tocaban cada noche. Ludvig, Luisa, Milena y ahora Gide. Y tocaban muy bien. Sabían tocar tras una primera lectura. ¡Formaban un cuarteto musical!

—¿Cómo se te ha ocurrido la idea de tomarle el pelo a la gente haciendo creer que no sabes tocar el acordeón? ¿Qué te rondaba por la cabeza?

—No quería demostrar que sabía. Quería que creyeran que estaba aprendiendo. Ahora van a creer que me has enseñado tú. Bueno, es verdad, tú me estás enseñando, y ya he aprendido mucho. Los cuatro podemos presentar un espectáculo musical el próximo domingo. ¡Será un éxito! Tocaremos y cantaremos. En muchos idiomas. Haremos bailar a la gente —dijo Gide, entusiasmado.

—No se puede hacer eso sin el permiso del cura.

—¿Del cura? Si fuera del delegado de policía... ¿pero del cura? Y luego, durante el tiempo pascual, ¿no podemos divertirnos?

—Sí, pero con el permiso. Primero hablemos con el cura.

«¡Curas, siempre curas!» —pensó Gide.

* * *

Pasó una semana.

El domingo por la mañana Gide fue a misa como un chico cualquiera. Llevaba un traje más bonito. Días antes, el Profeta había pedido a Al Fayat que fuera a visitarlo a su finca y, aprovechando la ocasión, que le tomara las medidas a Gide para un traje nuevo.

—¡De la mejor tela, turco!

El sastre volvió el sábado por la tarde con un nuevo traje para el Curita. Perfecto.

No sirvió de nada protestar para que dejaran de llamarle Curita. Siempre sería el Curita. Los apodosos son más fáciles de usar que los nombres auténticos. Por eso al Curita siguieron llamándole con ese nombre. Lo dejó correr.

En la iglesia, el Curita miraba una y otra vez a la izquierda. Procuraba girar la cabeza lo menos posible, casi sólo los ojos, muriendo por dentro por no poder ver a su amada.

«¡Bruna! A lo mejor viene a la segunda misa, la de las diez. ¿Por qué habré venido a esta primera misa de las ocho?»

Después de la misa fue a hablar con el cura, preparado para oír cómo le reprendía para que reconsiderara su decisión. «No, desaprovechará su latín. Qué bien usar la palabra latín en ese sentido. También yo, de ahora en adelante, voy a desaprovechar mi latín. Una lengua difícil. Una lengua muerta.»

Vio que había algunas mujeres, viejas y viudas, visitando al cura. Se quedó fuera. Paseó de aquí para allá, por delante de la iglesia, por delante de la casa parroquial, por detrás de ésta. Se quedó por el jardín. «¡Cuántas flores! ¿Quién las cuidará? ¡No, don Marcelo seguro que no!» Sumido en estos pensamientos, el tiempo pasaba.

Se puso junto a la ventana de la habitación, donde el cura recibía a las visitas. Sin pensar en nada, echó un vistazo al interior. La cortina estaba un poco corrida hacia un lado.

«¿Qué diablos?... El cura está fornicando... Está follando como una bestia... Hay una mujer tumbada sobre la mesa... con las piernas levantadas... El cura tiene la sotana abierta...». A Gide le revoloteaban los pensamientos en la cabeza.

Consternado por aquella visión, se apartó sigilosamente de la ventana y fue a caer sobre una piedra del jardín. Su cabeza daba vueltas, zumbaba...

«¡Cómo! ¡El cura!». No podía creerlo.

Pasados unos minutos, sus pensamientos se reorganizaron. Volvió a acercarse a la ventana. Oyó que la mujer decía algo:

—¡Ahora también por el diablo!

Bajó de la mesa, reclinó el cuerpo sobre ésta, abrió las piernas y dijo:

—¡Ahora por detrás!

—¿Para satisfacer al diablo? —preguntó el cura.

«¡Dios mío! ¡No! ¡Diablos! ¿Qué están haciendo? ¿Será posible? ¡El cura se va a ir al infierno! Hum, yo ya no creo en el infierno. Si un cura hace eso, ¿qué no hará la gente normal? ¿Y qué harán los llamados pecadores?»

A Gide le zumbaba la cabeza. Se quedó petrificado sobre la piedra. Y permaneció allí un buen rato. Seguramente ya no se atrevería a hablar con el cura. Se quedó allí hasta que...

... el cura apareció ante él:

—¿Qué estás haciendo en mi jardín?

Gide, asustado y desconcertado, miraba al cura.

—¿Ya te has arrepentido de tu atolondrada decisión?

—Después de lo que he visto en su alcoba, no sólo ya no quiero ser cura, ni siquiera quiero ser un simple cristiano.

El cura ya sospechaba que el chico había visto algo:

—Hijo mío, quisiera explicarte algo sobre este tema. Verás...

—Deje de llamarme «hijo», ya no lo soy.

—No exageres, Gide. Quería explicártelo. Hago eso para proteger a las mujeres. Para proteger a nuestras familias. Mira, ¿qué prefieres que hagan, fornicar con el cura o con los maridos de las demás, echando a perder los matrimonios? A las viudas hay que consolarlas. Y también a las mujeres olvidadas por sus maridos, que ya no sirven...

—¿Pero al diablo se le folla de esa forma?

—Oh, oh —gimoteaba el cura—, si la mujer lo prefiere...

Gide no sabía juzgar...

—Bueno, hijo, el tiempo mejorará tu capacidad para entender la vida. Algún día me darás la razón. Créeme, no soy ninguna excepción. Todo lo contrario...

Gide se olvidó de pedir el permiso para bailar aquel domingo.

* * *

Se lo contó todo al Profeta. Habló con gran reparo de la escena que había visto, pero sólo para justificarse por no haber pedido el permiso para la representación pública y el baile.

El Profeta soltó una carcajada:

—Eres el último en enterarte de las hazañas de don Marcelo. No sólo folla con viudas y mujeres olvidadas, estoy seguro de que lo que más le gusta son las chicas vírgenes.

Entonces Gide se rebeló.

—Si intenta hacer eso con mi Bruna, lo mato.

—Algunos ya lo han pensado, pero si un cristiano mata a un cura, no tiene perdón, ¿no has aprendido eso?

—A lo mejor hasta tiene hijos.

—Eso seguro, se rumorea que tiene hijos. No sólo en nuestro pueblo, sino también en otros. ¿No sabes que las mujeres no sólo pueden, sino que deben confesarse? ¿No van a la casa del cura y a la sacristía para encargarse de misas?

—¿A la sacristía?... ¡No voy a ir más a misa!

—No hagas eso. Ve a misa igual que yo. Yo hago acto de presencia y no me creo problemas.

—Estoy perdiendo mis convicciones.

—Vas a perder muchas más. Pero en compensación adquirirás otras nuevas, si quieres conversar conmigo... y con Luisa, con Nanù, con Kretz... No voy a citarte a todos los no creyentes que hay en el pueblo. Tal vez tú también te unas a nosotros algún día. ¡Después de la lección del cura...!

—Ahora el mundo me parece muy distinto.

—Seguramente mucho más grande, comprensible y normal — concluyó el Profeta.

* * *

Aquel domingo, Gide ya no tuvo ganas de hacer el espectáculo. Mejor esperar a la semana siguiente. ¿Pero quién le pediría el permiso al cura?

—Rebelémonos contra esa costumbre. Anunciamos el espectáculo, sin más. Informaremos a la gente, tocaremos por la calle, por aquí y por allá, e invitaremos a los habitantes de Pedras a la primera actuación en público de un cuarteto que toca y que canta. Y al final, quien quiera, que baile en la calle.

Dicho y hecho. El miércoles ya lo anunciaron, para que la gente empezara a hablar del evento. El sábado por la noche hicieron la primera presentación. Fue un verdadero espectáculo. Mucha gente se apiñó por las calles, en el centro del pueblo. Pero los músicos supieron parar a tiempo:

—Esto es sólo un pequeño adelanto de lo que presentaremos mañana, después de la oración de la tarde.

Cuando el cura se enteró, se enfadó y preguntó:

—¿Sin mi permiso?

Durante la misa del domingo previno:

—Hay que respetar las costumbres. Algunos forasteros están trayendo malos hábitos a Pedras —dijo claramente.

¿Se estaba refiriendo también al Curita?

Por primera vez en la vida se oyeron murmullos durante el sermón. El cura también los oyó. Entendió que había perdido la batalla. «Sólo es la primera. Después veremos.»

* * *

Por fin llegó aquella tarde. La oración vespertina nunca había atraído a tanta gente a la iglesia.

—No han venido a rezar, idiota. Ya sabes por lo que han venido... Sólo espera y verás.

La representación, sobre un entarimado levantado para la ocasión, resultó apoteósica. El cuarteto tocó, Gide cantó (y la gente gritaba «¡Curita! ¡Curita!»), Milena y Luisa interpretaron canciones en italiano, el Profeta en alemán y Gide en francés, en español, en inglés... canciones que nadie conocía.

Después el cuarteto únicamente tocó y Gide anunció:

—A partir de ahora pueden bailar en la calle. Hasta la media noche, si los músicos y ustedes aguantan.

Nunca antes hubo una fiesta como aquella. La gente decía:

—Hemos perdido un cura, pero hemos ganado un artista.
¡Nuestro artista!

Gide se metió entre la gente y tocó allí en medio. Después de presentar las piezas, algunas chicas se le acercaron, lo abrazaron y hasta le besaron. Gide pensó en su Bruna. ¿Dónde estaría? ¡Tenía que estar allí!

El espectáculo siguió.

Entonces, una chica morena y con el pelo largo se acercó a Gide, con algo de timidez, lo abrazó y le susurró al oído:

—¡Soy Bruna!

UNA NUEVA VIDA EN PEDRAS

El cuarteto causó sensación en el pueblo. La representación se repitió otros domingos, cuando no llovía.

Si llovía, se oía decir en los bares:

—¡Maldita lluvia! ¡Un domingo sin música! ¡Vaya fastidio!

Y de esa forma, el año 1936 hizo más agradable la vida de Pedras. Gracias al Profeta y a Gide, con la ayuda de Luisa y de Milena.

¿Se les uniría alguien más?

En una ocasión, Gide visitó a Kretz, el fotógrafo. Tenía un tremendo catarro que le impedía cantar. No buscaba la ayuda del fotógrafo, sino la del farmacéutico-doctor.

De pronto entraron unas chicas, hablando y bromeando. Habían ido a por sus fotos. Cada una se reía de la foto de las otras. Y entre ellas, bulliciosa y seductora, se encontraba...

... ¡Bruna!

Era el tercer encuentro. O mejor dicho, la tercera vez que la veía, porque en la iglesia no se había encontrado con ella, sólo la había visto. Ella le habló como si no tuviera interés:

—No me digas que has venido a trabajar con el médico.

Gide ni siquiera pudo responder. Dijo que no con la cabeza y sonrió. Estaba extasiado por su belleza.

«¡Será mía! ¡Mía!»

Pero no sabía qué hacer. Quería pedirle una de aquellas fotos. «¿Pero es ella de verdad? Con ese vestido, tan seria, en medio de una escena campestre... ¡Ay, qué pelo más hermoso! Lamentablemente, en la foto sale negro.»

Gide se perdió en estos pensamientos y no le pidió la foto. Estuvo distante hasta en el momento de despedirse. Sólo pronunció un simple *ciao*, saludo italiano de costumbre para decir adiós.

«Qué tonto soy. ¿Por qué no le he hablado? ¿Y si la sigo? Ah, sus amigas... ¿Por qué no habrá venido sola?»

Con el fotógrafo tenía confianza. Le preguntó si podía ver el estudio fotográfico donde desarrollaba y preparaba las fotos.

Kretz lo acompañó con mucho gusto y le explicó algunos aspectos de la técnica fotográfica: que se tienen que usar muchos reactivos químicos para hacer aparecer las imágenes, que hay que

hacer algunas pruebas... Y le enseñó una. Era precisamente la foto de Bruna, casi perfecta. Estaba en un papel arrancado, pero cortándolo y haciéndolo más pequeño... Gide cogió aquel papel «sin valor», lo miró y, cuando Kretz no miraba, se lo escondió en el bolsillo.

¡Uf!

¡Gide estaba progresando mucho en la vida!

* * *

Pasaron las semanas. Pasaron los meses. Pasó el invierno. Volvió la primavera en septiembre.

Gide no encontraba trabajo. Ganaba muy poco cuando tocaba en alguna fiestecilla familiar. A veces también los chicos lo invitaban a tocar en algún cumpleaños y así ganaba algo de dinero.

«No es suficiente. ¿Pero cómo voy a vivir en un pueblo donde no hay trabajo? ¿Qué voy a hacer aquí con mi latín y con mi griego? Nada. Otros chicos que no han estudiado encuentran trabajo. ¿Y si aprendo el oficio de zapatero? Si aprendiera, tendría que irme a otro pueblo en el que no hubiera zapatero. ¿A dónde? No, no quiero seguir el oficio de mi padre. ¿Entonces qué puedo hacer?»

Lo habló con el Profeta.

—Sí, ya he pensado que tienes que ganarte la vida. Si no tienes dinero, no vas a conquistar el corazón de las chicas. Si tocar no es suficiente, te encontraremos otra cosa. Y quiero que sepas que ya he pensado en algo completamente nuevo.

—Dímelo ya, quiero trabajar.

—Si tienes ganas de trabajar, éste es un buen oficio. Pero tienes que esforzarte mucho.

—Dímelo ya, Profeta. ¿Qué puedo hacer? ¿Sé hacerlo ya? ¿Tengo que aprender? ¿Es difícil?

—Aprenderás con mucha facilidad. Te enseñaré yo mismo. Pero como te he dicho, es muy fatigoso. Bueno, ¿alguna vez has pintado una casa?

—No, nunca. Pero sé pintar cuadros, ¿por qué no iba a aprender a pintar casas? Seguro que es mucho más fácil.

—Si conoces los secretos de la pintura, sí.

El Profeta le enseñó. Le enseñó a hacer pintura con vegetales. Le enseñó los secretos de la técnica.

—No se lo digas a nadie más. Si otros aprenden, tendrás competidores. Siempre que sea posible, haz el trabajo a escondidas. ¿Cómo? Yo te enseñaré. ¿Quieres empezar ya?

El Profeta preparó la pintura. ¿Por qué casa empezarían? Pues por la que él tenía en el centro. Por su casa de madera.

Gide empezó por el interior. Cuando pintó el exterior ya estaba hecho un experto. La gente fue a ver cómo había quedado la casa del Profeta.

—¡Qué bonita!

—Si no cuesta demasiado, yo también quiero pintar mi casa —dijo el más rico del pueblo, el comerciante Citrone—. Pero sólo por fuera. Por dentro es un lujo. Por fuera, para protegerla de la lluvia, ¿no?

El Profeta le enseñó a Gide cuánto dinero pedir. El comerciante se quejó, pero aceptó a condición de que la mitad del dinero se lo gastaran en su tienda.

—Trato hecho.

Pintó una segunda casa. Le siguió una tercera, la de Kretz. Sólo pagó la pintura, no la mano de obra, porque también Kretz se había hecho gran amigo suyo y le enseñaba muchas cosas acerca del cuerpo, y sobre todo en relación al sexo. Por eso el otrora curita ya no era ingenuo en esos menesteres. Cuando los chicos hacían preguntas extrañas, él sabía responder como un médico. Ahora le tocaba a él confundir a los demás.

Pero no había muchas casas para pintar en el pueblo. Faltaba dinero. No tenían posibilidad de vender sus propios productos.

—¿Querrá el sastre Al Fayat pintar la suya?

—Sí, a condición de que me encargues más trajes.

Había dos sastres en el pueblo. Demasiados para Pedras. Por ese motivo no eran amigos entre ellos.

Cuando estuvo pintada la casa de Al Fayat —¡oh, qué belleza!—, el otro sastre, Farmetti, también quiso pintar la suya:

—Si aquel sastre puede pintar la suya, ¿por qué yo no?

El padre de Gide se quejó:

—Si has pintado la casa a los demás y no todos te han pagado con dinero, ¿por qué no pintas tu casa, la de tu familia? Te haré un par de zapatos nuevos. Y también un par de botas altas.

Otra casa que recibió la pintura de Gide. Quería pintarla mejor que las otras, para que fuera un modelo para todo el pueblo. Así que le pidió ayuda al Profeta.

—Ven conmigo a Porto Alegre. Compraremos mejor pintura y aprenderás nuevas técnicas.

Gide aprendió mucho en aquel viaje. Se quedaron tres días en la gran ciudad. El Profeta se lo enseñó todo:

—Puede que antes o después vengas aquí a vivir, ¿por qué no? Como puedes ver, en tu pueblo no es fácil ganar dinero. Mira, aquí podrás tener mucho trabajo. También con tu música, por supuesto. Y podrás aprender muchas otras cosas. Pero no es fácil vivir en una gran ciudad.

Aquello se convirtió en el sueño de Gide. Algún día viviría en aquella gran ciudad, capital del estado. Pensó mucho en eso. De pronto le vino la imagen de Bruna.

«¿Y si Bruna no quiere venir conmigo?»

El Profeta le enseñó a Gide su casa, en la que había dejado muchas de sus cosas y en la que vivía una pareja de ancianos, sólo para cuidar de la vivienda. Le enseñó la oficina, donde muchas personas trabajaban para él, ya que él todavía era arquitecto. Aunque no necesitaba trabajar mucho, pues le mandaban los trabajos ya casi listos, y a veces sólo tenía que firmar. Sus empleados lo apreciaban, porque lo enseñaba todo muy bien y pagaba todavía mejor, mucho mejor que los demás profesionales. Por eso lo acogieron afectuosamente y Gide comprobó impresionado lo competente que era el Profeta. Sí, también allí, en el gabinete de arquitectura, le llamaban amistosamente el Profeta.

En el mismo viaje compraron muchas partituras nuevas. Y docenas de libros, para que Gide pudiera aprender mejor y se olvidara del latín.

* * *

Al volver, Gide se dedicó a pintar la casa de sus padres, en el centro del pueblo. Tal vez era la casa más bella, con muchos adornos.

Una parte del trabajo quiso hacerla en secreto. Por eso en primer lugar construyó un cobertizo detrás de la casa, el cual no podía verse desde la calle. Allí llevó muchos adornos que había retirado, los reparó, los pulió y los pintó.

La casa tenía un aspecto espléndido.

El zapatero Sauthier estaba orgulloso de su hijo, de su casa renovada, pintada también por dentro, y también, sí, porque su hijo se ganaba bien la vida. E incluso porque ahora recibía más encargos; a la gente le gustaba que los consideraran amigos del zapatero. ¡No! Del padre de Gide.

* * *

Por las tardes, el Curita subía a una pequeña colina situada detrás de la iglesia. Había allí un pastizal para los caballos de su padre y del cura. Iba hasta aquel lugar para dar de beber a los caballos.

Allí, como en el Paraíso Terrenal, había dos árboles. Pero no del bien y del mal. Eran unos naranjos. Con frutas jugosas. A Gide le gustaba comerse alguna todos los días. A veces hacía la siesta a la sombra de los árboles, detrás de unas grandes rocas. Allí meditaba sobre su vida. En ocasiones se llevaba un libro. En aquel sitio nadie le molestaba.

Algo ocurrió una vez, mientras volvía a casa. Vio a dos chicas subiendo por el mismo camino. Una corría delante, la otra la agarró, le levantó la falda y le dio un pellizco en el trasero. Después, a su vez, la otra hizo lo mismo.

Corriendo, jugando y riendo... subían.

El Curita no sabía qué hacer.

«Bueno, me esconderé detrás de una roca y veré lo que hacen.»

Llegaron hasta los naranjos.

«¡Son vecinas mías! Siempre van juntas. Son muy saladas. Una vez se burlaron de mí, pero las perdono.»

Las chicas dejaron de jugar y se pusieron a saltar para alcanzar las frutas. Gide las espío y asistió a un hermoso espectáculo cuando

se les levantaron las faldas y se les vieron las piernas... ¡y hasta las braguitas!

Gide quería ayudarlas, pero se contuvo. Ya habían cogido algunas naranjas.

«¡Vienen a mi encuentro!»

Pero no, se sentaron a la sombra de otra roca. ¿Sobre las faldas? No, para no ensuciarlas, se las subieron y se sentaron con las rodillas abiertas.

El Curita no había visto nunca antes semejante espectáculo.

—Qué tontas somos. ¿Por qué no hemos traído un cuchillo?

—Si fueras un chico, siempre llevarías una navaja en los bolsillos.

—¿Y entre los bolsillos? —preguntó la otra, riéndose muy a gusto.

—Bah, pero si eso no corta nada.

—¡No es una navaja, sino un taladro! —replicó la otra.

—Qué asco mordisquear una naranja. La próxima vez no te olvides de traer un cuchillo.

En eso, Gide cogió su cortaplumas y lo lanzó al aire. Éste fue a caer justo enfrente de las chicas.

Ellas se levantaron de un salto y miraron el cortaplumas, que había caído de pie.

—¡Hay un chico por aquí!

—¡Encontrémoslo!

—¡Asómate, chico!

Dieron la vuelta a la roca. No vieron a nadie. Fueron hasta la roca donde Gide estaba escondido.

Pero él fue a esconderse detrás de la de las chicas.

—Los cortaplumas no caen del cielo, ¿no?

—¡Eh! ¿Dónde estás? ¡Déjate ver, chico!

—O chicos...

Entonces Gide se dejó ver.

—¡Ah, eres tú, Curita!

—Por poco nos asustas. ¿Dónde estabas cuando hemos llegado?

—Estaba allí, cerca del seto. Os he visto subir. He visto cómo jugabais. Me he escondido detrás de aquella roca.

—¿Y por qué te has escondido? —preguntó una de ellas.

—Para mirarnos, ¿verdad? —dijo la otra.

La mayor, que era la más salada, le preguntó, provocativa:

—¿Le gusta al Curita lo que ha visto?

Él se tragó la sorpresa, abrió los ojos de par en par y enrojeció.

—El Curita todavía es virgen, ¿no?

El Curita no acertó a decir nada.

—Pélame una naranja, por favor.

Todavía mudo, se apresuró a pelar la naranja.

—Volvamos a sentarnos como antes —sugirió una de las chicas—. Ya nos ha visto. Puede seguir viéndonos.

Sin más miramientos, como si el Curita no estuviera, las dos chicas se levantaron las faldas y se sentaron con las rodillas abiertas.

El Curita miraba.

—Seguro que tiene el taladro bien duro —susurró la mayor.

La otra no pudo contener la risa:

—Dile que nos lo enseñe —dijo, riendo muy a gusto.

—Curita, tú ya nos has visto en braguitas. A nosotras también nos gustaría ver algo tuyo.

Nuestro ingenuo Curita no captó el sentido del mensaje y preguntó:

—¿Qué queréis ver?

—Pues tu picha, ¿qué va a ser? Queremos ver cómo es. Queremos saber más que las otras. Enséñanosla, Curita. Enséñanos algo que no sea el catecismo.

El Curita cayó en la tentación:

—Venid a verla, si queréis.

Las chicas no se esperaban aquella respuesta. Se miraron una a otra:

—¿Te atreves? Nos ha dado permiso. ¡Hazlo tú!

La otra se levantó. Sonriendo, se acercó al chico... y con toda su valentía le desabrochó rápidamente los pantalones. Y se detuvo.

El Curita se entusiasmó:

—Mete la mano ahí. ¡Búscala!

La chica siguió riendo. Alargó la mano...

La otra se acercó y se puso de rodillas.

—¡Sácasela!

Entonces Zina, la mayor, metió la mano, pero la retiró:

—¡Qué grande es!

—¡Va, sácasela! —dijo con impaciencia la chica que estaba arrodillada.

—¡Aquí está! —dijo Zina.

Y allí estaba, gloriosamente larga, gruesa, dura y horizontal, ante los ojos fascinados de las chicas.

Éstas estaban enmudecidas. Con los ojos desorbitados.

—No, no puede ser... ¡es imposible que entre en nuestro agujerito!

—¿Dónde está la bolsita? ¿La bolsita de los huevos? —preguntó la más joven.

El Curita alardeó:

—Ahí está todo lo que queríais ver. ¡Ahora ya sabéis cómo es un hombre!

Las dos chicas querían saber más. Lo manosearon.

—¡Qué dura está! —dijo una.

—¡Pero está dulce! —dijo la otra.

—¡Acaríciala! —dijo el Curita— Ya verás cómo escupe leche.

—¿Leche? —preguntaron las dos chicas a la vez.

—Sí, la leche que hace que nazcan los niños, ¿no lo sabíais?

—¡Pues echa un poco de leche!

—¡Ah! —dijo el Curita— Eso sólo lo hace si le enseñáis el chichi.

—¿Por qué tenemos que enseñarte el chichi? —en cuanto a este problema, las chicas todavía eran ingenuas.

—¡Porque sólo así la picha echa leche!

Zina, más curiosa, dijo:

—Si es así...

Se levantó la falda, se sentó, estiró las braguitas a un lado y abrió el coño.

—Ya está. ¡Ahora echa la leche!

El Curita no aguantaba más. Cogió la mano de la otra chica, se la acercó a la polla y dijo:

—¡Ordéñame! ¡Así!

Él mismo le sujetó la mano a la chica y empezó a refregársela. El semen salpicó de lleno sobre las piernas de Zina.

—¡Ahora tendrás un hijo! —gritó la más joven.

—No, querida. Eso es sólo si la leche entra en el coño.

Terminó la sorpresa y la revelación.

Las chicas volvieron a reír, cada vez más a gusto. El Curita también se reía.

De repente, Zina dijo:

—No tienes que decírselo a nadie. ¡Prométenos que mantendrás el secreto!

—Lo prometo. ¡No tengáis miedo!

—Ahora sabemos más que las otras chicas, ¿no? —le dijo Zina a su amiga.

También el Curita sabía ahora más sobre las mujeres.

* * *

El Profeta tuvo una idea:

—Nuestro cuarteto puede presentarse no sólo como banda de música, sino también como grupo teatral. ¿No creéis?

La idea los entusiasmó a todos. Gide se preguntó por qué no había tenido aquella idea antes. Como había hecho representaciones teatrales en el seminario, ya tenía experiencia. Incluso había diseñado varios escenarios.

—Lástima que no tenga los textos que teníamos en el seminario.

—Podemos encargarnos. Los encontraremos en las tiendas de Porto Alegre. Vayamos a la ciudad y compremos no sólo obras teatrales, sino también material para hacer ropa y otras cosas necesarias. ¡Construyamos nuestro propio escenario en la plaza de Pedras!

El entusiasmo embargó a todo el mundo.

No, a todo el mundo no. ¡Al cura no! Sentía envidia por la fama de Gide. Además, ya sabía que el Profeta no era cristiano. «¿Qué diablos será?», se preguntaba constantemente. Kretz ya le resultaba hostil. Y también Nanù, a quien no le gustaba ir a la iglesia.

Para empezar, escogieron una obra de tema sacro: *Vida de Santa Genoveva*. Hacían falta más de cuatro intérpretes. Gide pensó en Bruna, pero ella no aceptó la invitación. Miento: ella aceptó, pero sus padres se lo prohibieron. Al resto de intérpretes los encontraron con facilidad.

Los ensayos tuvieron lugar en la finca Omega. Sólo con los actores. Por eso nadie sabía cuál sería la primera representación teatral de Pedras.

Construyeron el escenario. Era una casa de verdad, abierta sólo por un lado, que daba al centro del pueblo, el cual se hallaba en la intersección de la calle principal con otras dos calles; un lugar espacioso, aunque no tuviera el aspecto de una plaza. Sólo había un árbol en el centro, que dificultaba la visión a algunos espectadores.

La gente llegó apretujándose y trayendo cada cual su propia silla. En todos los lugares de encuentro se vendieron entradas... a un precio muy bajo. Pero el dinero era sólo «para pagar la construcción del escenario». Todo el mundo colaboró encantado.

Durante la representación, algunos espectadores, sobre todo los más viejos, llegaron a llorar. Para consolarles, entre un acto y otro, explicaron que sólo se trataba de una ficción escénica, que nada era verdad. Que nadie había muerto, que nadie había resultado herido, que todo era un truco... Aun así, cuando Genoveva murió, muchas mujeres se pusieron a llorar desconsoladamente.

Después de la representación, Kretz se encontró con el cura y le preguntó:

—¿Esta representación no enseña mejor que sus sermones?

El cura le quiso pegar, pero prefirió participar en el jolgorio bebiendo aquel maravilloso aguardiente con frutas del Profeta.

Kretz siguió picando al cura:

—Si en vez de vino se pudiera beber este néctar durante la misa...

No había terminado su provocación, cuando el cura dijo fulminantemente:

—¡No blasfemes, demonio!

—¡Eh, padre, que sólo estoy bromeando! Ya sé que usted bebe la sangre de Cristo, y no vino...

Y como desde el punto de vista religioso aquello era cierto, el cura no pudo replicar, aunque le rechinaron los dientes por dentro. Bebió de un solo trago tanto alcohol como pudo, dio las gracias y se fue.

Sin el cura pudieron tener una mejor fiesta en el bar, donde se habían reunido todos los actores.

La bebida, aunque no fuera muy buena, a algunos se les subió a la cabeza y el dueño del bar tuvo que cerrar el local. Algunos ya no se aguantaban de pie y necesitaron la ayuda de los hombros de sus amigos.

¡Qué noche la de Pedras!

EL PROFETA ENSEÑA

Merecían un descanso. El Curita pasó una semana en la finca Omega. Paseaban en barca, los cuatro o solamente los dos amigos. Vigo le enseñó a Gide la fábrica de aguardiente y le reveló los secretos técnicos y de la fruta. Gide también aprendió a beber. ¡A beber a grandes tragos!

Todas las noches, el cuarteto tocaba piezas nuevas y repetía las antiguas. Estaban llenos de entusiasmo.

—Nos falta Erno Lippe. Es muy bueno tocando el armonio en la iglesia.

—Pero es demasiado beato. Cuando el cura falta a la oración, él hace de cura. ¡Si oyera lo que decimos!

—¡Y lo que hacemos! —añadió Luisa—. Imaginad si estuviera presente en una de esas veladas con nuestros amigos de Pavona...

La amistad entre el Profeta y el Curita se hizo cada vez más íntima. Vigo le preguntó a Gide:

—¿De verdad te querías hacer cura?

—No, en absoluto. Eran mis padres los que lo querían. Me mandaron al seminario cuando todavía no tenía once años. Cuando el cura me preguntó si quería hacerme cura, yo quise decirle que no, pero estaba mi padre y no tuve el valor de decírselo.

—En aquel primer momento eras un niño, está claro. ¿Pero y después, cuando volviste a casa por vacaciones?

—Permanecimos dos años en el seminario y sólo después tuvimos vacaciones en casa. Yo deseaba quedarme en casa. Recuerdo que lloraba porque no quería volver al seminario. Pero mi madre ya había preparado ropa nueva y estaba muy feliz, ya se veía siendo madre de un cura. Una vez más, no fui capaz de decir que no.

—Pero estuviste más de cuatro años. ¿Por qué seguiste yendo?

—Yo mismo decidí volver, porque quería terminar el bachillerato. ¿Cómo habría podido continuar los estudios si me hubiera quedado en casa? Terminado el bachillerato, aquí estoy.

El Profeta le interrumpió:

—Por suerte, amigo mío, una chica te ha ayudado en tu decisión.

—Después del encuentro con Bruna, ya no volvería a pensar en tomar los votos, desde luego.

Vigo también quería ayudar a su amigo en relación a los problemas sexuales.

—¿Qué sabes de las mujeres? Quiero decir, de la sexualidad.

—Mucho menos de lo que supones.

—Tengo mis dudas...

—Pues te diré que conocí, en el sentido bíblico, sí, a una mujer cuando todavía no tenía ocho años.

—No hablaba de eso. Saber la diferencia entre macho y hembra no quiere decir conocer la sexualidad.

—Pues escúchame. No sé exactamente cuántos años tenía, pero seguro que no había cumplido los ocho, porque todavía no iba a la escuela. Teníamos de huésped a un tío mío con su familia. Se estaban trasladando muy lejos. De paso, se quedaron a descansar unos días en nuestra casa. Una tarde, una prima mía, algo mayor que yo, se acercó a mí durante la siesta y me propuso: «Quieres verme?». Le respondí: «¡Pero si ya te estoy viendo!» Ella se rio de mí: «¡No, bobo! ¡Ven conmigo, que te voy a enseñar!» Y me llevó al almacén, a un sitio bastante escondido. Allí me dijo: «¡Vamos a mirarnos!» Se quitó las bragas, abrió las piernas, y con las dos manos se abrió el coño. Algo que yo no había visto antes. Entonces me quité los pantalones, me cogí la picha y se la enseñé. «¡No, tienes que hacerlo así!», prosiguió mi prima, y me cogió la picha y la estiró de tal modo que la punta asomó. Yo tampoco había visto aquello nunca antes. Continuó: «¡Hazlo así!» Y me frotó la polla debidamente. Me enseñó el coño otra vez, se lo acarició y dijo: «¡Ahora restriégame la pilila por el culo!» «Bah», pensé yo, «¡como los perros!» Y me restregué. Fue un verdadero polvo. Lamentablemente, mi prima se echó atrás, diciendo: «¡Ya basta!»

—¡Diablos! —dijo el Profeta—. Aprendiste pronto. ¿Y aun así te hiciste seminarista?

—Si te lo contara todo... Al día siguiente, a la hora de la siesta, fui a ver a mi prima y le propuse volver a hacer aquello. «Vale, vamos, ¡pero rápido!» —respondió. Entonces yo ya sabía cómo hacerlo. Te juro que sentí placer con el juego... pero mi prima tenía mucha prisa. ¿Por qué?

—Recibiste una lección de sexo: muchas veces, a las mujeres no les gusta hacer el amor durante mucho tiempo, y a veces lo evitan del todo.

—Al tercer día le hice la misma propuesta, pero mi prima no aceptó de ninguna manera. Fue una desilusión. Y al día siguiente, la familia de mi tío se fue.

—¿Y no has querido repetir la experiencia con otras chicas?

—Sí, claro, pero no he encontrado chicas dispuestas... o no se ha presentado la ocasión. Y luego, por desgracia, durante las clases de religión aprendí que ése es el pecado más grave. La gente se va al infierno...

—La profesora no era la Ingenua Nilse, ¿no?

—¡Oh, no! La nuestra era muy rara, una profesora seca y larguirucha —dijo Gide, riendo.

—¿Tus experiencias con el sexo femenino se han limitado a aquel polvo infantil?

—¡No, no! —respondió Gide, con una risotada.

Entonces el Curita le contó su aventura con las dos vecinas.

—Pero sigue siendo una chiquillada, aunque hayas hecho progresos.

—La lección completa me la dio don Marcelo.

Gide habló de las hazañas del cura.

—La gente no habla mal del cura, eso es cierto.

—¡Y todavía sabes poco! —dijo Gide al final.

* * *

El Profeta siguió instruyendo a su amigo:

—Seguro que has aprendido muchas tonterías con la religión. Sobre todo con la Biblia. Si quieres saber más de la vida, podemos seguir hablando de muchas cosas.

—La vida no tiene explicación. Ya he aprendido eso, ésa es mi conclusión —filosofó Gide.

—Desde el comienzo de la humanidad —explicó el Profeta— los hombres se dividen en dos clases: los que trabajan y los que se aprovechan del trabajo de los demás. Entre éstos no están sólo los ladrones y los maleantes, sino también los religiosos, los militares y

los políticos. Todos ellos se ofrecen para protegernos, pero lo hacen previo pago de impuestos.

—Sobre cuestiones religiosas —dijo Gide— siempre he tenido mis dudas, especialmente durante las clases de religión en el seminario. Tenía un compañero que se atrevía a hacer unas preguntas increíbles. A los curas les resultaba difícil dar explicaciones y la conclusión solía ser ésta: «Es un dogma, hay que creérselo. ¡Y punto!»

—¡Sí! Moisés acaparó todo el poder sobre su pueblo. Para asegurarse plena obediencia, se inventó los pecados. ¿Qué es lo que le gusta a la gente? Comer, beber, follar, descansar, soltar tacos... Así que eso fue precisamente lo que prohibió. Y para su tribu, la garantía de una vida fácil, ya que estaba formada por sacerdotes. Como sacerdotes, tenían derecho a las mejores cosas de la vida, a la mejor oveja, a la mejor harina, al mejor aceite... y a vivir sin hacer nada. Para engañarnos mejor, perdonan nuestros pecados y rezan por nosotros.

Gide rio mucho:

—Sí, así es. Pero a la gente le gusta que la engañen.

—Por desgracia, tienes razón. La humanidad es estúpida.

—Y eso que la Biblia dice que «no hay para el hombre nada mejor en esta vida que comer, beber y divertirse»...

—Pero eso no lo enseñan los curas. Escogen partes menos agradables. ¡Imagínate si la gente se entera!

—Porque los curas sólo leen la Biblia para sí mismos. Ese libraco sólo está para que la gente lo compre. Y si alguien lo lee, no se entera de nada.

Así pasaban muchísimas horas, por las noches, en Omega.

A veces Gide se ponía a leer solo, al lado de la piscina o junto al río. La presencia de Milena le recordaba a Bruna constantemente. No aguantaba una semana más. Quería volver a ver a su chica.

A pesar de las miradas de Milena. Dulces ojos...

«Si no fuera por Bruna...»

Gide se reprochaba a sí mismo por aquel pensamiento.

Gracias a las enseñanzas del Profeta había dejado completamente de lado la idea de hacerse cura.

¡Es lógico que un Profeta enseñe a su pueblo!

UN TRÍO

La vida en Omega se animó con la representación de otras obras de teatro. Ya no eran de tema sacro. También pusieron en escena comedias que, a decir verdad, gustaron más que la vida de una santa. Sólo don Marcelo refunfuñó (oficialmente, pero no para sus adentros) y algunas ancianas protestaron con él.

Llegó diciembre de 1936. Llegó el verano. Era mejor vivir allí, en aquel paraíso en lo alto de la colina. Podían volver a nadar en la piscina natural que había entre las rocas.

Cuando Luisa y Milena se hallaban a solas, no sólo se quedaban desnudas en la piscina natural, sino también dentro de casa.

Cuando Vigo estaba presente, iban muy ligeras de ropa y le echaban la culpa al calor.

—Preferiría vivir siempre desnuda —dijo Luisa una vez, sin calcular las consecuencias.

—Yo también —añadió Milena—. Vivimos en el paraíso.

—Pues vivamos como Adán y Eva —aprobó Vigo, lleno de alegría. Y fue el primero en quitarse la ropa y meterse corriendo en la piscina.

Las dos mujeres lo siguieron alegremente.

La desnudez no les incomodaba en absoluto. Sólo a veces Mila miraba a Vigo con demasiada insistencia, ahí... y él a su vez miraba a su «sobrina» en aquel sitio, debajo del ombligo.

Luisa se dio cuenta. Pero no estaba celosa, y sonreía por dentro. ¡Era muy comprensiva!

La experiencia nudista no tuvo mucho éxito. A veces la ropa es necesaria no sólo fuera, sino también dentro de casa. Por lo demás, la desnudez parecía una ceremonia para poder disfrutar de la vida. Sentían una mayor intimidad. Era demasiado íntimo, según Luisa. Un poco violento, según Mila, cuando volvía a ver a Vigo en aquel estado.

* * *

Al norte de la ensenada, donde era más fácil pescar salmones, había un barranco. En una ocasión, el Profeta quiso explorar aquel

lugar de forma más detallada. Estaba bajando por una escalera de cuerda con peldaños de madera, cuando vio un agujero en la pared. Se detuvo para mirar. Se podía entrar.

Estaba demasiado oscuro. Volvió atrás para coger una lámpara de petróleo. La encendió a la entrada. El agujero se hacía cada vez más grande. Algunos pájaros, o mejor dicho, murciélagos, alzaron el vuelo. Sólo eran unos pocos. Cuanto más se adentraba, mejor podía ver. La luz entraba por una rendija, ¿no? Vio un agujero en lo alto. Había rescoldos de carbón apagados y cenizas. Allí dentro había vivido gente. También encontró trozos de madera. Y trozos de ollas. «¡Aquí hay otra, y está entera! ¡Indios!»

¿Indios? ¡Qué idea más estúpida! Estaba claro que allí no vivía nadie en aquel momento. Pero en el pasado...

Ya no necesitaba la luz de la lámpara. Intentó hallar una salida. Tras una larga búsqueda encontró un escalón, y detrás del escalón una especie de camino que daba vueltas hacia arriba. Apagó la lámpara y siguió subiendo. Resultó difícil, pero logró salir del agujero. Allí, a aquella hora, la luz entraba de lleno en la cueva:

«Bueno, pues aquí estoy, cerca del terreno liso de la finca. ¿Qué uso se le podría dar a esta cueva? Si vinieran los revolucionarios, podríamos escondernos aquí y estaríamos a salvo. Sin hacer fuego. Escondiendo la escalera y el agujero de arriba, nadie nos encontraría. Hasta podríamos pescar allá abajo. ¿Morirnos de hambre? Jamás.»

Él mismo se rio de aquella estúpida idea. Fantasías descontroladas.

«Podría escribir una novela, ¿no?»

* * *

El Profeta estaba cada vez menos predispuesto a hacer nudismo en la finca. Sólo en la piscina, donde podía esconder mejor sus erecciones... porque Milena le gustaba cada vez más.

«Ya está hecha una mujer. ¡Y qué mujer, Dios mío! ¡Pero es virgen! Si hiciéramos el amor, Luisa podría darse cuenta. ¿Por qué aquel médico no le abriría completamente el himen? Y pensar que fue la propia Luisa quien lo aconsejó... ¿Preveía algo?»

Aquellos pensamientos perturbaban cada vez más al Profeta. Ya no aguantaba más.

* * *

En una ocasión, Luisa se quedó todo el día en el pueblo. Milena lo sabía. A pesar de ello, se metió completamente desnuda en la piscina. Nadó largo rato y después se tumbó al sol.

El Profeta había visto la escena. Como si ignorara su presencia, se metió en la piscina y nadó de un lado a otro.

De repente, Milena se zambulló en el agua y fue nadando hacia él. Cuando estuvo cerca, le lanzó una invitación:

—Ven a tumbarte conmigo al sol. Se está muy bien. ¡Ven!

Lo cogió de la mano y lo llevó con ella.

El Profeta la siguió enmudecido.

Al poco rato se giró de lado. El pene siguió su inclinación natural.

Entonces Milena pasó a la acción. Primero sonrió, rio y dijo:

—Sin que lo acaricien y ya está así. ¡Imagina cómo se pondrá ahora!

Lo cogió con la mano. No sabía cómo hacerlo, pero se las arregló bien.

—¡Sigue, Mila, sigue! ¡Has aprendido bien!

—Déjame hacerlo a mí. Ya te he visto con Luisa. Ella misma me ha enseñado. Ella misma me ha animado a mirarte.

—Pero todavía eres virgen, Mila.

—Podría ser virgen eternamente, pero ya ves lo que puedo hacer.

Se sentó a horcajadas encima de él. Le sujetó la polla fuertemente con las manos y empezó a bajar... La polla no quería entrar... pero sí...

Estaba haciendo el amor. Sabía cómo hacerlo. Las tetas le bailaban arriba y abajo... Todo su cuerpo... y aquellas tetas. ¡Virgen santa!

—¡Cuánto tiempo hemos desperdiciado! —dijo Mila.

—Siempre me ha dado miedo ese himen tuyo, tan duro —explicó Vigo.

—¿Crees en un himen eterno?

Sólo entonces se dio cuenta de que había estado equivocado. Levantó la cabeza, miró, ella puso las manos junto a sus pies, se reclinó hacia atrás, se abrió completamente de piernas y él vio su polla dentro. Admirado, dijo:

—¡Pero si tienes una polla pequeñita ahí, cariño!

—Tú ya sabes que eso es el clítoris. Como puedes ver, tengo un coño grande e hinchado, largos pelos en el pubis, un largo clítoris, un himen impenetrable, y aun así...

Fue de lo más placentero. Llegó hasta el final con plena satisfacción.

Y ella se rio...

...y saltó al agua.

Él no pudo tirarse tras ella. Estaba demasiado cansado.

«Todavía es virgen. Siempre virgen. Gracias a aquel médico. Gracias al sabio consejo de Luisa.»

* * *

Milena no había realizado ningún acto indecente. La naturaleza había encontrado por fin su camino. «¿Quién le ha enseñado a hacer el amor? ¿Habrá sido Luisa la que la ha animado a hacer el amor conmigo? —se preguntaba Ludvig.

Milena no estaba segura.

Luisa podría haber experimentado algún tipo de remordimiento, ya que había estado coqueteando con Mila desde hacía mucho tiempo. Estaban acostumbradas a bañarse juntas, ya fuera en la piscina de la finca, en la bañera de casa o en el río.

La cosa no había empezado entonces. En Porto Alegre, Luisa ya había vivido con otra mujer, compañera suya. Ésta siempre había desempeñado un papel dominante. Había obligado a su amiga a hacer el amor...

Con Mila había sido distinto.

Al principio, Luisa la había examinado como si fuera un médico. Cuando cogió entre sus dedos aquel largo clítoris y notó que se endurecía, siguió acariciándolo. Milena reaccionaba con placer y consentía. De una cosa a otra sólo había un paso.

Ésa fue la razón de la experiencia nudista. A ellas les gustaba, porque querían arrastrar a Vigo. Luisa sabía muy bien que era un

mirón, de modo que había animado a su amiga para que se vistiera de manera provocativa y bailara tapada sólo con una delicada combinación de seda. Todas las noches que Mila bailaba de aquella forma, él hacía el amor con más delicadeza.

Luisa pensó en una recompensa...

* * *

El verano, en enero y febrero de 1937, no sólo trajo calor, sino también sequía. La parte del río donde estaba el recial casi sólo dejaba ver piedras. Parecía posible cruzar el río a pie. El Profeta consiguió hacerlo.

Por el lado de Omega se habían formado buenas piscinas dentro del río. El agua había creado charcos entre las rocas. ¡Qué agradable era bañarse en aquellas aguas cálidas y puras!

Un vez estaban nadando los tres. Desnudos, como venía siendo habitual. Luisa jugaba con Mila, jugaba con Vigo... Mila miraba como si aquello no le interesara.

Después de mucho jugar, chapotear y sumergirse en el agua, sus manos acabaron tocando todas las protuberancias masculinas y femeninas. Entonces Luisa abrazó a Mila, la apoyó contra una roca e hizo el amor con ella.

Vigo permaneció junto a ella. Luisa sabía que le gustaba. Era más que evidente, a la vista de los resultados.

Luisa lamió aquel extraordinario clítoris. Mila se dio la vuelta y le enseñó el culo a Vigo. Luisa le hizo una señal con las manos a Vigo para que penetrara a Mila por el culo.

Cuando Vigo lo hizo, Mila se puso a reír y a cantar:

—¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya!

Luisa y Mila se intercambiaron el sitio y siguieron haciendo el amor.

Cansados, se echaron a nadar en las cálidas aguas del río.

Satisfechos en cuerpo y alma.

«¡Cuánto tiempo hemos perdido!» —pensaron los tres.

La convivencia se convirtió en un *ménage à trois*.

Con un solo reproche:

—¿Por qué no antes?

O, más bien, con dos reproches:

—¿Y por qué no con Gide?

—¿¡Un cuarteto!?

—No sólo musical...

EL PATRÓN CELEBRA SU DÍA

Las relaciones entre don Marcelo y el Profeta se fueron haciendo cada vez menos amistosas. Al Profeta no le gustaba la actitud hipócrita del cura. En sus sermones era demasiado amenazador. Casi siempre fustigaba la conducta de los feligreses. ¿Por qué no se limitaba a enseñar religión? ¿Por qué tenía que echarles en cara sus pecados y enviarlos a todos al infierno? ¿Es que sólo sabía regañar? ¿Por qué no hablaba del Paraíso?

En una ocasión, durante la homilía, bramó que la gente no estaba cumpliendo con los deberes cristianos. Si él concedía el permiso para bailar (y sólo lo concedía dos veces al año), la gente se comportaba mal. Y lo demostró:

—Durante el baile, en un sitio llamado Villaplumas, algunos muchachos abandonaron la sala de baile y se metieron en una plantación de mandioca...

Cuando dijo aquello, los chicos empezaron a reír por lo bajo, tapándose la boca con la mano. Las mujeres querían protestar y se daban codazos, interrogándose sin hablar, sólo con la mirada. Al parecer, todo el mundo protestó por las palabras del cura. Imagínense, con tantos niños inocentes como había en la iglesia...

El cura debió de percibir las protestas y se abstuvo de insistir en sus reproches. De lo contrario, habría explicado lo que habían hecho los muchachos en aquella plantación...

Después de aquella célebre misa, la de la plantación de mandioca, surgieron las disputas:

—Por eso volviste con la chaqueta llena de hojas y de polvo. Tú también entraste en la plantación. Te tumbaste y ella se sentó a horcajadas encima de ti, ¿no? ¿Da gusto hacer el amor así? —preguntó Silvano a su amigo Álvaro.

—¡No hicimos el amor así, bocazas! Yo apoyé la espalda en un árbol y sólo nos abrazamos. Tú también haces el amor con tu novia. ¿Entonces por qué no tienes hijos, eh? Dime.

A raíz de aquello, los dos chicos rompieron su amistad.

—La culpa es del cura —dijeron todos.

La gente se disgustó mucho. Todo el mundo se quejaba. Después de la misa, algunas viejas fueron juntas a ver al cura y le regañaron:

—Decir esas cosas en presencia de niños inocentes...

También algunos hombres fueron a ver al cura por el mismo motivo:

—Mi hija fue a aquel baile con su novio y yo estaba presente. Ahora le preguntan si ella también se metió en la plantación.

—Mi mujer también me lo pregunta, porque no estaba conmigo.

—Ha sembrado cizaña y desconfianza en nuestras familias con su descabellado sermón.

El Profeta oyó la rebelión popular y se alegró mucho. Prometió vengarse de aquel aguafiestas. Que esperara. ¡Ya le llegaría su turno!

* * *

Llegó el invierno. Llegó junio. Llegaron las fiestas de los santos populares: San Antonio, San Juan, San Pedro y San Pablo. Especialmente sentida era la fiesta de San Pedro, patrón de Pedras. La fiesta cae el 29 de junio.

El cura quería una gran celebración. Eso suponía dinero para las necesidades de la iglesia. Y para él, único beneficiario de aquel dinero que tan fácilmente se ganaba.

Se preparó una misa festiva cantada. El cura necesitó la ayuda del Curita. Éste aceptó, organizó los cantos para la misa y tocó el armonio. Eligió a quienes cantaban mejor y descartó a los menos capacitados. Hum... esto no gustó a algunas respetadas señoras, que ya no pudieron ocupar su sitio en el coro y tuvieron que quedarse con otras cristianas normales y corrientes. Fueron a quejarse al párroco, pero éste defendió a su colaborador y las despachó:

—Él es un músico de talento y sabe que ustedes no cantan, ustedes chillan, graznan, rebuznan, gruñen... —gritó en un *crescendo*.

Soltó una letanía de reproches.

Nunca antes aquellas mujeres habían salido de la iglesia a más velocidad.

* * *

Todos los habitantes de Pedras colaboraron en los preparativos de la fiesta. Habría muchos juegos («¿no está ganando dinero de forma ilegal, padre?») y una gran comilona, sobre todo churrasco de ternera, de cerdo y de pollo.

San Pedro también debía echar una mano: tenía que evitar que lloviera aquel día y durante la última semana. Porque San Pedro es el que se encarga de la lluvia y de las tormentas. ¿No tiene él las llaves del cielo?

San Pedro colaboró. No sólo hizo buen tiempo, sino que fue demasiado caluroso para aquella época del año.

Todos estaban entusiasmados. Luisa y Milena también ayudaron mucho.

* * *

Entretanto, el Profeta tuvo una extraña idea. «El cura se lo tiene bien merecido».

En Alemania había visto una especie de tubo, bajo el cual había un recipiente con agua hirviendo. En él se echaba una tableta de carboxilo, la cual se derretía y producía un gas que pugnaba por salir. Si se le prendía fuego al vapor, éste salía por la parte de arriba acompañado de una terrible explosión, más fuerte que un cañonazo, más fuerte que un trueno. Aquel estruendo resonaba de una montaña a otra, de modo que era imposible saber de qué dirección venía.

No sabía si lo conseguiría. En caso de fracasar, nadie se enteraría.

Porque no sería él quien lo hiciera. Le propuso llevar a cabo el plan a Milena. No, a Luisa no, porque tenía que acompañarle, asistir a misa y participar en los cantos para disipar toda sospecha sobre él.

Enseñó a su «sobrina». Hicieron tres ensayos, pero sin añadir la sustancia química. Milena se aprendió el tiempo exacto de evaporación para echar la tableta en el agua y prender fuego. Y para ponerse a salvo en caso de que, por error, la explosión se produjera allí mismo y no en el cielo.

¿Dónde lo prepararía todo?

¡En la cueva! En caso de que alguien tuviera sospechas y en caso de que fueran a hacerles un registro, no encontrarían absolutamente nada.

El Profeta construyó el tubo de forma que la parte superior cuadrara con el agujero de la cueva, en dirección a la iglesia de Pedras. Después del bombardeo, resultaría fácil desmontarlo o destruirlo.

* * *

Llegó el 29 de junio, fiesta de San Pedro, patrón de Pedras. Hubo misa solemne cantada, en latín, que a excepción del Curita nadie más entendía. Puede que ni siquiera don Marcelo.

Asistió todo el pueblo. Faltaba sitio en la iglesia. La gente de fuera se lamentaba por no haber venido antes. Sólo pudieron escuchar los cantos, pero no vieron la ceremonia. ¿Por qué nadie había pensado en hacer una misa en el campo, al aire libre, como se había hecho otras veces? El cura, temiendo que lloviera, no había querido correr el riesgo de que San Pedro no colaborara.

Qué gran fe la de aquel hombre, ¿verdad?

Misa solemne. Un largo sermón. Cantos.

Ya se empezaba a oler el aroma apetitoso del churrasco. Aquel aroma excitaba sobre todo a aquellos que se habían saltado el desayuno para poder comulgar, porque para recibir la hostia hay que estar en ayunas.

Llegó el momento más solemne de la misa, el de la consagración del pan. Todo el mundo, de rodillas, escuchaba las misteriosas palabras del cura: Hoc est enim corpus meum... («Éste es mi cuerpo...»). Cuando elevó la hostia, la campana de la iglesia tocó a fiesta y empezaron a explotar cohetes alrededor del templo.

Justo en aquel instante, una terrible explosión los dejó pasmados a todos. Nunca antes se había oído un ruido tan infernal como aquél (¡oh, oh!). La campana dejó de tocar, dejaron de explotar cohetes...

En plena confusión, todos se levantaron y quisieron salir de la iglesia. Se amontonaron a las puertas, las tres que había, de modo que nadie podía salir. Todo el mundo gritaba:

—¡Los bandidos! ¡Otra vez los bandidos!

Alguien conocía la palabra cañón:

—¡Nos están atacando con cañones! ¡Van a destruir el pueblo!
¡Van a incendiar nuestras casas! ¡Van a soltar cañonazos contra la iglesia!

Una vez que hubieron salido casi todos, nadie sabía qué hacer.

—¡El cura!

—¡La misa!

—¡Volvamos!

Muchos volvieron a entrar, pero ya no vieron al cura en el altar. Él también había huido. ¿Pero a dónde? A la sacristía.

Algunos hombres dieron con él y le dijeron:

—No puede usted interrumpir la misa. Es un sacrilegio. Vaya a decir la misa hasta el final. Si morimos mientras tanto...

Pero el cura estaba temblando y dijo:

—Los bandidos llegan justamente en nuestro día de fiesta. Ya lo sé, es un cañonazo. En Alemania los oí varias veces. Un solo balazo puede destruir nuestra iglesia. O muchas casas contiguas...

Aquella gente tan simple se asustó todavía más.

—Vaya igualmente, padre. ¿Dónde podemos escondernos? Por lo menos terminemos la misa. Se ha quedado en la consagración del pan. Falta la consagración del vino...

El cura volvió al altar. Intentó calmar a los feligreses. Pero aquí y allá algunos lloraban, otros gimoteaban...

En medio de aquella confusión, el cura retomó la misa:

—Sigamos con la celebración como si no hubiera pasado nada. Volvamos a cantar. Cuando consagre el vino, tocaremos las campanas de nuevo y echaremos más cohetes. Tal vez así lancemos a los bandidos el mensaje de que no nos dan miedo sus cañonazos.

Tomó el cáliz y la ceremonia continuó.

Volvió a sonar la campana y explotaron cohetes. Y de pronto se oyó un cañonazo todavía más aterrador.

¡Ay! ¿Qué cristiano podía seguir soportando aquello? Los gritos llegaban al cielo, pero nadie sabía qué hacer.

De repente alguien exclamó:

—¡No son los bandidos! ¡Es el Profeta! ¡Sólo él es capaz de hacer cosas tan diabólicas como éstas! ¡No es católico!

—¡No seas tonto! El Profeta está aquí, con nosotros. Ha venido a misa con su mujer.

Entonces vieron a los dos todavía en la iglesia, sentados uno junto a otro, contemplando estáticamente el altar, en silencio.

Otros hombres más prácticos sugirieron:

—Vayamos a casa, preparemos las escopetas y vayamos en dos grupos hasta los caminos de acceso al pueblo, por el norte y por el sur. Si vienen los bandidos, tendrán que pasar por ahí, no pueden venir por las montañas.

Sólo entonces se dieron cuenta de que el comerciante Citrone tenía razón. Todos fueron corriendo a sus casas. Se reunieron en el triángulo de la intersección central, allí se dividieron en dos grupos y corrieron en direcciones opuestas.

Otros muchos, sin armas, y las mujeres, se escondieron en los bosques vecinos. Muchas mujeres bajo la iglesia, cuyo suelo gravitaba sobre columnas de un metro de altura. Como si los santos fueran a protegerlas allí. Si hubieran llegado los bandidos, se las habrían llevado mejor a todas. ¡Pobrecitas! También las mujeres sufren mucho en las guerras.

Llegó el mediodía. El churrasco ya estaba hecho. ¿Qué harían? ¿Dejarlo todo a un lado y esperar? Llegarían los bandidos y se comerían su carne. ¿Cómo iban a esconderla? Era imposible. Ese olor es tan apetitoso que se nota a un kilómetro de distancia...

Pasaron una larga e interminable hora esperando. No hubo más cañonazos. No vieron a ningún bandido. ¿Dónde se habrían escondido? ¿Vendrían por el bosque? Pero allí se habían escondido muchos habitantes... ¿Vendrían por las montañas?

Pasó otra hora.

Todavía nada.

De repente a alguien le vino la inspiración:

—Si los bandidos no han llegado, comámonos el churrasco. Si no nos lo comemos nosotros, se lo comerán ellos. Mejor estar con la tripa llena. Si vienen, tendremos más fuerzas para luchar contra ellos. Por lo menos moriremos con la tripa llena.

¡Qué buen consejo! ¿Quién se opuso? Nadie.

Volviéron a la fiesta, comieron como si fuera la última vez en su vida, deprisa y en abundancia. Todos tenían hambre. También el cura aprobó la idea. Y no se limitó a aprobar...

El Profeta y la señora maestra participaron en el banquete. Ellos tenían un motivo muy distinto de celebración. Con el corazón ahído de venganza por el éxito de aquel bombardeo... ¡sin bombas!

Después de comer y de beber, algunos se las daban de valientes:

—¿Los bandidos?

—¿Quién ha dicho bandidos?

—¿Dónde están?

Algunos volvieron a estar de fiesta. Otros, a pesar de todo, seguían teniendo miedo. Estaba claro que aquel ruido no había podido venir del cielo. ¡No había sido para nada un trueno!

—¿Que no? ¿No habrá mandado un trueno nuestro querido San Pedro para celebrar su día? ¿Hemos sido gente de tan poca fe como para no entender su mensaje? ¿Cómo vamos a saber exactamente cuándo tiene que hacer ruido? ¿San Pedro ha hecho un milagro y nosotros no le hemos creído? —dijo alguien, haciendo de «profeta».

—¿Qué pensáis de eso?

—¡Tiene razón! ¡Tiene toda la razón! —dijeron algunas voces.

—¡San Pedro ha hecho un milagro!

—¡San Pedro ha participado en nuestra fiesta!

—¡San Pedro es nuestro taumaturgo!

—¡San Pedro ha bajado del cielo sobre un trueno, en un cielo sin nubes!

—¡Milagro! ¡Ha habido un milagro en Pedras!

—¡Milagro! ¡Milagro! ¡Milagro!

Las palabras resonaron por todo el pueblo.

La celebración se prolongó toda la noche, el cura dio permiso para que se bailara y el cuarteto tocó. Sí, Milena también.

La fiesta duró hasta bien entrada la noche, y siguió al segundo día.

Mataron más vacas, cerdos y pollos para hacer el churrasco. (Pobrecillos, ¿qué culpa tenían del milagro de san Pedro? ¿Era san Pedro enemigo suyo?)

La fiesta siguió al tercer día.

¡No, no! Los bandidos no llegaron. Ni por los caminos, ni por las montañas, ni por los bosques. No llegó ningún bandido. Sólo gente de fiesta.

—¡Viva San Pedro!

—¡Viva el taumaturgo de Pedras!

Algunos quisieron celebrarlo durante toda la semana.

Pero las celebraciones también cansan. Comieron demasiado. Muchos borrachos se cayeron por las calles. La fiesta degeneró al tercer día.

* * *

Después de aquella fiesta, don Marcelo se ablandó un poco y permitió que se bailara más de dos veces al año.

Durante uno de aquellos bailes, el Curita dejó de tocar, salió al encuentro de Bruna y se puso a bailar con ella.

—¡Qué bien baila!

—¡Qué buena pareja hacen!

—¿Dónde ha aprendido Gide a bailar?

—¡Seguro que en el seminario no!

—Le han enseñado Luisa y Milena.

Muchas otras chicas quisieron bailar con él. El artista más famoso del pueblo, ¿por qué no? Incluso las que ya tenían novio se ofrecieron para bailar con él.

Y él bailó. Sin parar. Bailó con muchas chicas. Entonces Bruna le dijo:

—Voy a dejarte si sigues bailando con otras chicas.

Desde entonces, Gide bailó sólo con Bruna.

Los padres de Bruna vieron la escena. El padre se sentía bastante ofendido, ya que Gide no le había pedido permiso para salir con Bruna. Pobre Gide, él no conocía aquel ceremonial. Nadie se lo había explicado, ni sus familiares, ni sus amigos.

Cuando al cabo de unos días Gide quiso visitar a Bruna en casa de Morema, el padre de Bruna salió a su encuentro por la calle y le soltó una reprimenda:

—¿Cómo te permites visitar a mi hija? Yo aún no te he dado permiso. ¿No te da vergüenza hacernos esta afrenta a la familia? ¿Es que no sabes respetar?

—Perdone, señor Morema, pero no sabía que hubiera que pedir permiso para amar a alguien. No quiero casarme con usted,

sino con su hija, si es que ella también quiere. Y ella me ha dicho que sí que quiere.

Morema se enfadó por el sarcasmo de Gide y lo despachó, diciéndole:

—Si eso es lo que de verdad quieres, vuelve el próximo sábado y primero pídemelo permiso delante de mi mujer y de nuestra hija, junto con sus hermanos. ¿Lo has entendido?

¡Uf! Gide tuvo que entenderlo.

Pero por dentro se reía. Si Morema supiera lo que ya había hecho su hija, no sólo le habría dado permiso para visitarla en su casa, sino que le habría obligado inmediatamente a casarse con ella.

¡Qué fácil es engañar a alguien!

TRAGEDIA EN PEDRAS

El Curita se convirtió en el objeto de todos los nuevos amores del pueblo. Y también de los viejos. Muchos jóvenes refunfuñaban contra él:

—Si atrae las miradas de mi novia, le rompo los huesos.

—Si atrae las de la mía, lo capó.

—Si vuelve a bailar con mi novia, lo mando al infierno.

El famoso cuarteto musical tocaba cada vez más a menudo. Anunciaron un baile especial, durante el cual habría una bonita sorpresa para los habitantes de Pedras.

—¿Qué puede ser? —intentaba adivinar la gente.

Llegó el día. No había sitio para todos en el salón del hotel. Sólo se podía comprar entrada para un día: viernes, sábado o domingo. Un baile de tres días. ¿Sala llena por tres veces?

¿Y cuál era la novedad?

Invitaron al alcalde del pueblo. Se trataba de un simple funcionario, nombrado por una autoridad regional más alta. No hacía prácticamente nada. Para la recaudación de impuestos había nombrado a un auxiliar. También había elegido al que debía ser el delegado de policía. Los tres tenían muy poco que hacer. Como ustedes saben, la persona más respetable era el cura, al que obedecían todos sin excepción.

Llegó el día de aquel famoso baile. Durante la inauguración, la señora maestra, doña Luisa, anunció:

—El Profeta y el Curita han compuesto el himno de nuestro pueblo de Pedras. ¿Cómo se titula? *Nuestra bonita Pedras*.

La gente gritó «¡Vival!» aun antes de haberlo escuchado.

El cuarteto lo presentó primero en la lengua del país. La letra oficial... Al terminar, todos aplaudieron con increíble entusiasmo, orgullosos de tener un himno propio.

—¿Qué otra ciudad lo tiene?

Después de haber cantado en brasileño, el cuarteto volvió a presentarlo en traducción italiana. Los habitantes de origen italiano armaron mucho alboroto. Muchos de ellos se unieron al canto. ¡Perdonen sus errores!

Tras una pausa, mientras estaban bebiendo, el cuarteto oyó la queja de un alemán:

—¿No saben cantar el himno en nuestro idioma, señor Kapstein?

—Enseguida presentaremos el himno en traducción alemana, para que todos los habitantes de Pedras puedan cantarlo en su lengua.

Después de haber cantado en alemán, sólo el Curita permaneció en el escenario. Luisa pidió a los presentes que guardaran silencio. Gide intervino:

—Todos ustedes pueden cantar el himno en su idioma. ¿Qué puedo hacer yo, que soy brasileño como casi todos ustedes, pero no soy de origen italiano ni alemán, sino franco-suizo? Así que, como coautor del himno, les pido permiso para presentarles la traducción al francés.

Invitó al cura a subir al escenario para que cantaran juntos *Nuestra bonita Pedras* en francés. Todos escucharon con suma atención. Después de la interpretación, Gide y el cura pudieron oír:

—¡Qué bien suena su francés!

—Pero no mejor que el italiano —protestó un italiano—. Y sin duda mejor que el alemán, que es tan áspero. ¿Cómo se puede hablar una lengua semejante?

Algunos alemanes lo oyeron y le quisieron pegar. Hablaban en alemán y el italiano no los entendió. Pero la mímica y los gestos se entienden en todas las lenguas. El italiano dijo:

—Se dice por decir, pero el alemán es... —no terminó la frase y la paz volvió a la sala.

Entonces el cuarteto tocó música de baile.

Un chico insistía en bailar con Milena. Pero ella estaba tocando en la pequeña orquesta. Se enfadó por su resistencia. Para no armar jaleo en la sala, el Profeta prometió que después de dos o tres piezas más Milena bailarían con él. Debía esperar.

El Profeta anunció que Luisa y Milena bailarían un vals vienés. Aquellas gentes tan simples no conocían aquellos famosos vales, evidentemente. Todas las parejas abandonaron la pista, se apretujaron contra las paredes y se pusieron de pie encima de las sillas y de las mesas. El Profeta y el Curita empezaron a tocar.

Nunca antes se había visto que dos mujeres, espléndidamente vestidas, supieran bailar el vals. La pista era demasiado pequeña. Ellas bailaban en todas direcciones. La gente estaba extasiada:

—¡Qué mal bailamos!

—¿Pero de verdad bailamos?

—Estamos más tiesos que el palo de una escoba.

—Sólo pensamos en apretujarnos contra el pecho de las muchachas.

—Y en pisarles los pies.

El vals llegó a su fin. Recibieron un sinfín de aplausos.

El Profeta anunció un baile completamente nuevo. Nadie en Pedras había oído nunca música como aquella ni había visto aquel baile.

—¿Cómo se llamaba?

—¡Tango! Música argentina y baile argentino. Un baile muy difícil. No suele bailarse en grupo. Sólo en parejas. Así que volved a dejar espacio a las bailarinas.

Por primera vez en Pedras sonó un tango. Por primera vez se vio cómo se bailaba el tango. Por supuesto, nadie sería capaz de bailarlo.

El Profeta tocaba el bandoneón, un largo acordeón con botones a ambos lados. La gente no sabía si mirar a las bailarinas o al instrumentista.

Terminó *La cumparsita*, que es un tango uruguayo... Luisa volvió a la tarima y cogió su violín. El Curita subió a la pista.

—¿Él también va a bailar el tango con Milena?

Bailaron todavía mejor, porque ahora la gente empezaba a entender cómo se bailaba el tango. Y ellos dos formaban pareja. Pero la gente no podía creer lo que veían sus ojos cuando Milena levantaba una pierna, cuando casi se tumbaba en el suelo, cuando él se echaba encima de ella y ella bajaba lentamente. ¡Las faldas también volaban!

Don Marcelo, allá en un rincón, ya había bebido demasiado aguardiente y empezó a refunfuñar. Sus vecinos de mesa lo hicieron callar. Pero había otros que refunfuñaban. Los chicos envidiaban al Curita y las chicas tenían celos de Milena. Bruna quería matarla, desgarrar su precioso vestido. ¡Sólo ella tenía derecho a bailar con Gide! ¿Pero quién sabía bailar el tango?

El Profeta advirtió el disgusto de los muchachos y recordó su promesa de que Milena bailarían con los demás chicos sus bailes populares.

Cuando anunció que Milena bailaría con los chicos, todos se abalanzaron en desorden hacia ella. El Profeta y el Curita tuvieron que intervenir:

—Poneos en fila. ¡Y bailad sólo durante un minuto, para que todos puedan bailar con la reina de nuestra orquesta!

Bailaron frenéticamente. Algunos chicos pudieron bailar con ella, pero otros no lo lograron. Milena lo tenía difícil para bailar con todos y muchos querían bailar una segunda vez. ¡Pobres pies!

Ella entendió la situación y los hacía turnarse más deprisa. Aun así, la fila era demasiado larga.

Así que salió de la pista, subió a la tarima, cogió su instrumento musical y siguió tocando a pesar de las protestas.

Entonces el Curita se puso a bailar con las chicas. Volvieron los empujones, sobre todo entre los chicos.

Una chica se alejó de su novio para bailar con el Curita. El joven la detuvo y la hizo volver a su mesa. ¡Menudo follón!

La misma escena se repitió más veces. Los músicos intentaron tocar más alto, más rápido, sin interrupciones. Tres o cuatro chicas se echaron a los brazos del Curita. Éste ya estaba bailando con dos casi al mismo tiempo.

De pronto se oyó un griterío en un rincón de la sala. Una pelea, puñetazos, gritos... Alguien golpeó la lámpara. La luz disminuyó. La riña se alargó. La gente empezó a abandonar la sala de baile saliendo por las puertas y por las ventanas. Se apagaron otras lámparas. Muchos jóvenes siguieron peleándose en la calle. ¿Por qué? ¿Contra quién?

El famoso baile terminó el primer día.

Un grito terrible llegó desde la planta inferior del hotel o desde la parte de atrás. Fue un grito bestial:

—¡Han matado a alguien! ¡Hay un muerto!

Acudió mucha gente. Otros huyeron.

—¡Traed una lámpara!

—¡Llamad al doctor Kretz!

Cuando llegó la lámpara, vieron a alguien en el suelo, muerto.

—¡El Curita!

—¡Gide!

—¡El Curita ha muerto!

—¡El Curita ha muerto!

—¡Alguien ha matado al Curita!

—¡El Curita!... ¡Lo han asesinado!

La increíble noticia llegó a todo el mundo. Alguien fue corriendo a la iglesia y tocó campanas a muerto. Todo el pueblo se enteró de la espantosa tragedia.

—¿Por qué han matado a un chico tan bueno?

—¿A quién le ha hecho daño?

—¡Lo han matado por equivocación!

—¡Querrían matar a otro, seguro!

—¡Encontremos al asesino!

—¿Quién podía ser enemigo suyo?

Nadie durmió aquel viernes. Aparentemente, todo el pueblo lloraba desconsolado. Milena, Luisa y también el Profeta lloraban y lloraban.

Bruna se desmayó. Sus hermanos la llevaron a casa.

—¡Alguien ha apuñalado al Curita en el corazón!

Cuando Kretz llegó, no pudo hacer otra cosa que confirmar lo que todos sabían ya. Llegaron los familiares, los padres, los hermanos. ¿Quién tenía palabras para consolarlos? Ni siquiera don Marcelo.

—Yo también pienso —dijo el cura— que lo han matado por error. Creo que habría que detener a todos los chicos que estaban sentados en aquel rincón, cuando estalló la pelea.

¡Qué noche más trágica!

Al día siguiente, por la mañana, el alcalde, el delegado de policía, el cura, el doctor Kretz y otras personas importantes fueron casa por casa para reunir a aquellos chicos.

Éstos se denunciaban unos a otros. El grupo se amplió hasta tal punto que fue necesario reunirlos en el pabellón de fiestas de la iglesia.

Si alguien hubiera intentado huir, lo habrían metido de inmediato en la cárcel.

Nadie se escapó.

Y el velatorio... El cura ya no sabía qué hacer. Al amanecer llevaron al muerto a la iglesia. No había sitio en su casa. De vez en cuando, la campana llamaba a la misa fúnebre. No hacía falta. Ya estaban todos allí. Nunca antes se había visto tanta gente en Pedras. Ni siquiera por las fiestas de San Pedro.

El Profeta, Luisa y Milena intentaron entonar cantos fúnebres, ¿pero quién los entendía? Milena lloró más que cantó.

Bruna no pudo levantarse y se quedó en casa, como muerta. Su madre y sus hermanas cuidaron de ella.

Durante la inhumación, las mujeres, las chicas y las niñas se pusieron a gimotear, pero también los hombres lloraron desconsolados.

Al acabar la ceremonia, el Profeta anunció:

—Construyamos un gran monumento en memoria de nuestro inolvidable amigo. ¡Que Pedras lo recuerde para siempre!

* * *

Al día siguiente empezó a trabajar en aquel monumento.

El pueblo guardó luto, en silencio, durante muchos días.

Fueron infinitas las visitas a la familia Sauthier. Tantas, que el cura tuvo que intervenir para rogar que los dejaran en paz y que dejaran las visitas para otra ocasión.

No volvieron a tocar música durante meses.

Los cantos sacros ya no eran iguales.

¡Faltaba el Curita!

No había llegado a hacerse cura. Precisamente por eso había sido más útil a la vida de Pedras.

No volvieron a hacerse más funciones de teatro.

Bruna no volvió a salir de casa. Ni siquiera fue más a misa.

A Milena no se la vio más en el pueblo.

¿Cómo era posible que no hubieran encontrado al asesino? ¿Nadie lo había visto? Si nadie había escapado, el asesino se escondía entre ellos. ¿Pero quién era?

El Profeta sospechó de aquél que primero había querido bailar con Milena. Pero no sirvió de nada. La policía hizo una investigación. Para nada.

Al cabo de una semana, los chicos que habían participado en la pelea volvieron a casa.

Ellos mismos intentaron encontrar al culpable:

—Es uno de nosotros. No había desconocidos en el grupo.

—Es alguien de nuestro grupo. ¿O el asesino ya se había escondido bajo la pista y se equivocó de persona?

—Estemos atentos por si alguien se comporta de manera extraña.

—Por si alguien se esconde en casa...

—¿Quién de nosotros se ha peleado últimamente?

—Si alguien huye, se sabrá. ¡Estemos atentos!

—¿Bruna tenía otro pretendiente?

—¡Tal vez fue algún forastero que no entró en la sala de baile!

—¿Y si el asesino nos ha oído?

—¿Y si ya ha dicho algo por el estilo?...

Fue pasando el tiempo. Muy lentamente para la vida actual de Pedras. Una vida triste.

Nunca encontraron al asesino.

Pero Pedras no olvidaría nunca al Curita.

El Profeta mantuvo su promesa y construyó un hermoso mausoleo. Un lugar para visitar en el pueblo.

En el cementerio, por desgracia.

* * *

¿Después de una desgracia no viene otra?

El alegre pueblo de Pedras... ¿dónde estaba?

No ocurrió nada nuevo durante muchos meses. ¿Dónde estaba la música? ¿Dónde las funciones de teatro? ¿Dónde los cantos? ¿Cuándo volverían a bailar?

Preparativos para viajes en balsa, viajes a la Argentina... Había mucho trabajo para los jóvenes. Pero no se olvidó la terrible tragedia.

Pero algo nuevo tenía que pasar.

UN CARRO LLENO DE TESOROS

El Profeta fue a visitar a su amigo Kretz. Últimamente hablaban cada vez con más frecuencia o trabajaban juntos en el laboratorio fotográfico. Un problema constante era la falta de material. Todo era importado. Y desde Europa llegaban noticias preocupantes sobre la posibilidad de una nueva guerra. Los intercambios comerciales habían empeorado.

Entretanto, los días en Pedras eran permanentemente grises.

El señor Donazana, que vivía muy lejos, en la curva del camino que llevaba hasta al río, oyó un disparo. No sabía qué hacer. ¿Valía la pena coger la escopeta? ¿Qué puede hacer un solo hombre contra cincuenta, tal vez cien? No tuvo valor de quedarse solo. Corrió hasta el centro del pueblo, gritando por el camino:

—¡Ha habido un tiroteo increíble! ¿Lo habéis oído? Uno tras otro, docenas de disparos.

—¡Otra vez los bandidos!

Se detuvo para recuperar el aliento:

—¡Los bandidos! ¡Toda una banda! ¡He oído unos cincuenta disparos! ¡Avisad a los vecinos!

Siguió en dirección al centro, agrandando la noticia:

—¡Cientos de disparos! ¡Un ejército entero!

No querían creerle.

—¿Creéis que sería capaz de mentir?

—¿Y qué hacemos?

—¡Tomemos las armas y defendámonos!

—¿Tenemos bastantes escopetas? ¿Quién está listo? Van a atacarnos antes de que tengamos tiempo para preparar las armas.

—Será mejor que nos quedemos en casa.

Todos estaban paralizados por el miedo. La noticia corrió de casa en casa. Cerraron puertas y ventanas. El pueblo se hundió en el silencio. Por todas partes se oía llorar a mujeres y niños. ¿Quién no iba a rezar en aquel momento?

Pero no aparecía ningún bandido.

Llegó un carro. Iba lleno de forraje. Nadie conocía al carretero. Éste espoleó al caballo.

Varios hombres lo seguían de lejos. Tres de ellos con escopetas.

El desconocido llegó hasta el centro del pueblo. Se detuvo ante un bar y entró corriendo, asustado:

—¡Los bandidos! ¡Una tropa entera! Cuarenta hombres. Se han parado en el río. Me han agarrado con sus terribles manos. ¡He visto la muerte! Pero sólo querían que viniera hasta el pueblo para transmitir un mensaje.

—¿Qué mensaje? ¡Dínoslo enseguida!

—Primero dadme un poco de aguardiente.

Se tragó todo un vaso de un sorbo.

—¡Dadme otro!

Todo adentro de un trago. Parecía verdaderamente asustado.

—Dadme otro. Todavía estoy temblando. Os diré. Han dicho que todo el mundo debe quedarse en casa. Que los hombres no se tienen que amontonar en las calles. Puertas y ventanas deben permanecer cerradas. Si alguna se abre, dispararán. Delante de todas las casas tiene que haber un saco con viandas y ropas.

—¡Bandidos! ¡Como siempre!

—Y quieren armas. Si no encuentran muchas escopetas junto a los sacos, buscarán casa por casa hasta hallarlas. Si alguien se resiste, dispararán y matarán a toda la familia. A los niños también.

—¿Y usted hacia dónde va?

—Voy a Nova Milano, tengo familia allí.

—¿Cómo se llama?

—Carlo Trovato. Tengo un hermano allí.

—Conozco el apellido —confirmó alguien.

—Uno de los bandidos ha dicho que son unos cuarenta y que se dirigen a un sitio llamado Queimados. ¿Qué camino hay que tomar para ir hacia Nova Milano?

—Siga adelante. Sólo está este camino. En dirección opuesta a Queimados. Los bandidos no le alcanzarán.

—¡Dios bendito! ¡Dios bendito! ¡Virgen santa!

Partió a toda prisa. Un solo carro, un solo caballo, armaron un gran estruendo en el pueblo. Aquí y allá se entreabrieron algunas ventanas.

¿Pero cómo no obedecer?

Todos volvieron a casa con la terrible noticia.

Tras una larguísima media hora, algunos hombres osaron reunirse en la calle. Un pequeño grupo de valientes fueron no por el

camino, sino directamente hacia el río. Con cautela, sin hacer ruido, a través del bosque.

—No viene nadie.

—¿Los bandidos creen que necesitamos tanto tiempo para llenar un saco? —comentaron algunos, un poco impacientes.

Mientras tanto, el Profeta y Kretz llegaron al centro, frente al hotel y el bar. Todavía no sabían de la llegada de los bandidos.

—¿Cómo puede ser que no lleguen? —dijo extrañado el Profeta.

—Por aquí ha pasado un desconocido con un carro lleno de heno.

—¿Habéis examinado el carro?

—¿Por qué lo íbamos a examinar?

—¿Cuántos bandidos han dicho que vendrían?

—Cincuenta —dijo el señor Donazana, empezando de nuevo la cuenta—. Yo he oído los tiros. Empecé a contarlos tras los primeros disparos. Disparaban uno tras otro, no todos a la vez. ¡Era espantoso!

—El viajero ha dicho que fueron exactamente cuarenta.

—¿A dónde iba ese desconocido?

—Va hacia Nova Milano.

—Preparad un caballo. Y una escopeta. Una escopeta de dos cañones, de prisa.

—¿Es que el Profeta quiere enfrentarse solo a toda una banda de bandidos?

—A los bandidos no. Al viajero.

—Pero si ya nos ha dicho todo lo que nos tenía que decir.

—Traed enseguida un caballo, he dicho. Y una escopeta, ¡de prisa!

Nadie entendió el requerimiento del Profeta, pero tantas veces él había sabido hacer cosas que los demás no sabían... Le trajeron un caballo y una escopeta.

Se montó y salió galopando a todo correr.

Mucha gente se reunió en el centro del pueblo.

Aún no volvían los que habían ido hasta el río.

Pasó otra larguísima media hora. La gente se estaba poniendo nerviosa de esperar.

—¿Por qué no vienen los bandidos?

—Yo quiero matar a dos o tres.

—Yo también, me hierve la sangre.

—¿Qué ha pasado con el Profeta? No vuelve.

—Sí que vuelve, ahí está. En el camino a Nova Milano.

—Vuelve con el viajero. ¿Queréis ver que el viajero nos ha engañado?

Impacientemente, muchos salieron al encuentro del Profeta. Éste iba junto al carro, con la escopeta apuntando al desconocido.

Se encontraron. El Profeta hizo parar al viajero.

—¡Retirad el heno! —ordenó.

Quitaron el heno.

—¡Diablos! ¡Un carro lleno de escopetas!

Todos cogieron una escopeta.

—Una escopeta nueva.

—Moderna.

—Automática.

—De dos cañones.

—La mía está descargada.

—La mía también.

—Y la mía.

—Están todas descargadas —dijo el Profeta.

—Recarguémoslas. Preparémonos contra los bandidos.

—¿Todavía no habéis entendido que los bandidos no van a venir? —dijo el Profeta—. El único bandido es éste de aquí. La banda lo espera en el norte, pasando Nova Milano. Nos ha engañado para poder cruzar nuestro pueblo. Él es el único que ha disparado. Ha puesto las armas en el carro, en dos filas a cada lado.

Algunos hombres querían pegar al viajero.

—No lo hagáis. Al contrario, démosle las gracias por habernos regalado escopetas nuevas. Que se vaya con los suyos... ¡y que les lleve la buena noticia!

—No, no puedo irme sin las escopetas, me van a matar —dijo Trovato.

—Claro que sí. Si no coges este camino, pronto encontrarás el camino al infierno. ¡Elige!

El viajero hizo partir al caballo.

Sin el carro, por supuesto.

—¡Eh! —dijo alguien— ¿Por qué nos deja sólo el carro y no también el caballo? Que se vaya andando, ¿no?

Lo hicieron huir persiguiéndole a pedradas.

—Si tuviera la escopeta cargada lo haría huir mucho más rápido.

¡Con qué alegría fue el Profeta hasta el centro de Pedras! La noticia se propagó como un rayo por todo el pueblo. Hicieron explotar petardos para celebrarlo. Las campanas de la iglesia tocaron a fiesta. Todos salieron corriendo a encontrarse con el Profeta.

Y él, a caballo, saludaba con la mano a un lado y a otro.

—¡Sólo faltan unas ramas de palma para nuestro Cristo! —gritó un borracho que iba con un litro de aguardiente en la mano.

—¡Gracias! ¡Bebo porque es un aguardiente muy bueno! ¡Aguardiente Milena! —dijo el Cristo de Pedras, haciendo su papel.

Aquella noche volvieron a celebrarlo.

El acontecimiento trajo la alegría a todo el pueblo.

Poco después llegaron Luisa y Milena. También el músico Ruidoso. Se pusieron a tocar y la gente bailó en la calle. En el salón no hubiera habido bastante sitio.

Y se llenaron bien el estómago con la comida que habían metido en los sacos para los bandidos.

¡Qué rica estaba!

TERCER VIAJE

Llegó la época de las lluvias. El río se hinchó. Aumentó más de veinte metros. Fue una gran crecida.

Las balsas que ya estaban listas partieron. Hubo celebraciones y llantos. Siempre daba miedo el largo viaje por el río. A veces alguien desaparecía en las aguas.

El Profeta ya no viajó a la ventura. Se llevó muchos barriles de aguardiente con frutas. Hasta la mitad del viaje hacia Buenos Aires llevaría los barriles en la balsa. ¿Y después?

Fue un viaje difícil. El transporte se hizo en un carro empujado por caballos. Las carreteras eran malas. Intransitables cuando llovía. Una llanura infinita. ¿Por qué las balsas no llegaban hasta Buenos Aires? Porque había una gran cascada que no desaparecía ni con la mayor de las crecidas.

En la capital argentina, el Profeta vendió la bebida al conocido que ya había anunciado el néctar brasileño. El comerciante embotelló la bebida. Organizó una fiesta para los clientes. El Aguardiente Milena se hizo famoso.

El Profeta se embolsó mucho dinero, pero se gastó allí mismo una gran parte. Compró todo lo que podía transportar en las cajas. Se llevó también una buena cantidad de aquellas bonitas botellas hechas expresamente para su aguardiente. Se las regalaría a sus amigos y las vendería en Pedras y en Porto Alegre. Tal vez allí conseguiría fabricar esas mismas botellas, así ya no debería ir hasta Buenos Aires. Ya había calculado que el comerciante estaba ganando demasiado.

* * *

El camino de vuelta ya lo conocía mejor. Quería visitar los pueblos del interior. Descansó un poco en el bonito pueblo de Villaguay. Estudió bien el lugar y concluyó: «Si no me hubiera ido a Pedras, seguramente me sentiría atraído por este lugar tan apartado.»

El Profeta caminaba por una calle polvorienta.

Entró en una tienda y pidió un vaso de aguardiente. Probó un poco y lo escupió.

—Brrr... ¡qué asco, señor!

—No, señor viajero. Es nuestro mejor aguardiente. Lo he encargado en la capital. ¡Aguardiente Milena!

El Profeta se sintió fulminado. Exclamó:

—¿Aguardiente Milena? ¡Diablos, ese comerciante ha falsificado mi bebida antes incluso de que se la haya vendido!

—¿Fabrica usted este aguardiente, señor?

—No, éste no. ¡Qué horror! Yo fabrico un aguardiente muy distinto y la marca Aguardiente Milena es mía. ¡Nos han engañado a usted y a mí en su capital!

A su lado, una mujer joven encargaba unos bombones. Se estaba riendo del enfado del Profeta. Al devolverle la mirada, sonrió con más amabilidad.

—Milena. ¿Por qué ese nombre? —preguntó.

El Profeta la miró sorprendido. «Diablos, qué mujer más hermosa en un pueblo tan remoto.» La miró mejor: «No sólo es bonita de cara, ¡vaya cuerpo!»

—¿Por qué lo pregunta? ¿Conoce ese nombre?

—Sí, sé que quiere decir «querida». Pero no sé en qué idioma.

—Milena es en checo, querida.

La había llamado querida, y ella lo premió con una sonrisa.

—¿Cómo se llama, señorita?

—Mi nombre no tiene un significado tan bonito como el de Milena. Me llamo simplemente Dolores.

Y siguió sonriendo discretamente al Profeta.

Después de tanto tiempo alejado de sus mujeres, el Profeta cayó fulminantemente enamorado. Y propuso:

—Le voy a regalar una botella del auténtico Aguardiente Milena. Si no quiere bebérselo, dáselo a su padre, a su marido...

Dolores se rio muy a gusto:

—No tengo marido. ¿No me ha llamado señorita?

Volvió a sonreír deliciosamente al Profeta:

—Y tampoco tengo novio.

—Dígale eso a otro. ¿Una mujer tan hermosa?

La escrutó indisimuladamente de la cabeza a los pies.

—Voy a coger una botella. Espéreme aquí.

Volvió enseguida. Con dos botellas.

Abrió una en la tienda:

—Le garantizo que éste es el auténtico. Aquí tiene un vaso para usted, Dolores.

Ella lo probó, ¡sí!

—Excelente. Tiene usted razón. No es aguardiente. Es un néctar.

El Profeta le dio un vaso al tendero.

—¡Diablos! ¡Qué bueno está! Me han engañado en Buenos Aires. ¿Me lo puede vender a mí? Se lo compraré en grandes cantidades.

—Aquí no tengo para vender. Pero le regalaré esta botella, para que pueda demostrar a sus clientes que han estado bebiendo un producto adulterado.

* * *

El Profeta y Dolores salieron. Él le regaló la otra botella. Ella le dio las gracias. Salió, se paró y volvió a donde él estaba. Apoyó la botella en el suelo. El Profeta estaba atónito:

—¿Ya no lo quiere?

Dolores le echó los brazos al cuello. Lo besó en la mejilla. Paró. Volvió a acercarse y lo besó con más dulzura. Sólo un besito. Una sonrisa de mujer le dijo adiós.

Se olvidó de la botella.

—¡Oiga! ¿Ya no quiere mi néctar?

Ella volvió y lo miró de nuevo durante un largo instante.

El Profeta le entregó la botella.

Ella se alejó lentamente.

El Profeta se quedó en el mismo lugar, extasiado.

Dolores desapareció detrás de dos casas.

«¿Qué me pasa? ¿Se me está despertando el corazón? ¿O es que estoy soñando?»

* * *

Al día siguiente, por la mañana, el Profeta volvió a aquella tienda. Había dormido poco. Desayunó allí. Comió sin prisas. «Qué bien saben estos productos coloniales. Pan, leche, mantequilla, fiambre, dulces... Parecen los de casa.»

—Esa chica con la que hablé ayer, ¿suele venir a su tienda, señor?

—¿Qué chica?

—Dolores.

—¿Y la llama chica? Es nuestra maestra. Da clases todo el día. Suele venir a comprar bombones. Es su pecado, dice ella. Es muy guapa, ¿verdad? Es extraño, pero nadie la ha visto nunca con un chico.

—¿Qué bombones le gustan más?

—Sólo tengo éstos.

—Se los compro. No, no me los llevo. Cuando Dolores venga a encargarnos, acuérdesse de que ya están pagados. Dígale que se los regala el Profeta.

—¿Profeta? De verdad lo parece —dijo riendo el vendedor.

* * *

Por la tarde, el Profeta estuvo paseando por el pueblo. Sólo había tres calles, unas pocas casas... Y una pequeña iglesia. Cerca de ésta debía de estar la escuela.

«No, no me tengo que acercar. Sería demasiado estúpido. ¡Tengo que esperarme más lejos!»

Siguió paseando.

¡Qué vida más tranquila! Gallinas alrededor de todas las casas, a veces también algunos cerdos... Perros, gatos... Y muchos niños, muy sucios.

El Profeta caminó arriba y abajo. Desde muchas de las casas, las mujeres lo observaban. Un forastero... Con el pelo largo y aquella barba, ¿quién no lo iba a notar?

Los colegiales, corriendo y armando alboroto, volvían a casa. ¿Dónde estaba Dolores?

Por fin la vio, frente a la escuela. Fue a su encuentro.

—Pensaba que ya se habría ido —dijo ella.

—Antes de irme quería volver a verla. Deme ese montón de cuadernos. Por favor, dígame su nombre completo y su dirección. He venido por eso.

—¿Me va a mandar más botellas? ¿Cree que soy una borracha? Quiere saber mi nombre completo, pero usted no me ha dicho el suyo, y yo no se lo he preguntado.

Se dieron las señas. Ella lo abrazó de nuevo. Volvió a besarlo en la mejilla. Los cuadernos se cayeron.

El Profeta la sostuvo más tiempo entre sus brazos. También él la besó con delicadeza. Después recogió los cuadernos y se los entregó.

—No me olvidaré de ti, Dolores.

Aunque era una escena de despedida, ella siguió sonriéndole. ¡Todavía más seductora!

* * *

El viaje de vuelta fue mucho más largo y más triste. El recuerdo de Dolores lo tuvo absorto todo el tiempo. ¿Por qué no pensaba en la alegría de volver a ver a Luisa y Milena?

Llevaba cajas de regalos, artículos de los que gustan a las mujeres, vestidos, para ponerlas contentas.

«Por qué no le habré regalado algo a Dolores?»

«¿Cómo puede actuar de manera tan estúpida una persona? ¡Le he dado una botella de aguardiente! Qué estúpido. ¡Las mujeres no beben aguardiente!»

Quería escribir ya a Dolores. Sí, le escribiría. ¿Pero qué iba a escribirle? ¿Le contaría el viaje? ¡Qué tontería! No, no le escribiría hasta que volviera.

En Pedras, cuando volviera...

¿NAZIS EN PEDRAS?

La finca Omega resucitó para la ocasión.

Luisa y Milena pasaron largo rato examinando todo lo que había traído el Profeta. ¡Cuántas cosas bonitas! ¡Y la ropa! Vestidos, abrigos, faldas, braguitas de seda, de batista...

Pero había algo extraño en el Profeta.

—¿Sabes ya lo que ha pasado en Porto Alegre?

—¿Qué ha pasado?

—Entonces no lo sabes. Tu casa. Han entrado y lo han destruido todo.

—¿Cómo lo sabes?

—Aquí está la carta del inquilino. Su mujer ha muerto hace poco. Estaba solo cuando entraron los ladrones. Lee tú mismo.

Le entregó la misiva. El Profeta leyó.

—Y al final dibujaron en la puerta ese odioso símbolo nazi. ¡En Brasil! Ya lo están exportando. Hitler quiere hacerse con el mundo entero. Que esperen un poco y conquistará toda Europa. ¿Quién podrá detenerlo?

* * *

En Pedras, el Profeta fue a visitar a algunos amigos. Pero sólo a Kretz le habló del asalto de los nazis brasileños en Porto Alegre. Su amigo entendió enseguida:

—Los judíos también están siendo perseguidos en nuestro país. ¡Nazis en Brasil! El presidente Vargas los apoya, lo he leído en un artículo. Menos mal que nosotros vivimos en un pueblecito perdido del interior. Aquí no van a venir nunca.

* * *

Al día siguiente, el Profeta volvió a salir de viaje. Hacia Porto Alegre. No era un viaje de placer, sino un viaje amargo.

Encontró al inquilino desesperado, todavía aterrorizado. En la carta no había escrito que le habían pegado.

—Dejaron un mensaje para ti, pero no me atrevo a decírtelo.

—Dímelo, hombre. Infórmame de todo.

—Dijeron... que te dijera que están buscándote, a ti y a los que son como tú.

—¡El diablo se los lleve al infierno!

—Dijeron otra cosa.

—¿Qué cosa? ¿Por qué te da miedo decírmelo?

—Nunca encontraron a los asesinos de tu padre, ¿verdad?

—No me digas que...

—Sí, ahora ya lo sabes. Al irse, dijeron que iban a hacer contigo lo mismo que hicieron con tu padre.

El Profeta se enfureció.

—No podemos enfrentarnos a ellos. La policía no nos prestaría ninguna ayuda. Será mejor que venda esta casa. No, no te preocupes. Encontraré otra casa para ti, en otro lugar, lejos de aquí. ¿Dónde tienes algún pariente o algún amigo?

El Profeta vendió enseguida la casa y encontró otra para su viejo amigo.

* * *

Visitó el estudio de arquitectura, por el cual no se interesaba desde hacía tiempo. Allí todo estaba en orden, el trabajo marchaba bien. Pero una empleada quería hablarle en secreto:

—¡En la oficina no!

—Pues en el restaurante. Primero comamos tranquilamente, y luego ya me dirá por qué desea hablarme.

Después de la comida, la empleada le reveló:

—He recibido esta carta. En el sobre han escrito mi nombre, pero el mensaje de dentro es para usted.

El Profeta leyó:

«¡Te encontraremos, puto judío!»

De no haber comido ya, después de aquello no habría podido hacerlo. Por poco vomitó. Fue corriendo al servicio.

—No hable de esto con nadie, por favor.

—Claro que no. ¿Pero por qué le buscan?

—¿No lo han dicho? Porque soy judío.

—Pero hay muchos judíos en nuestra ciudad. ¿Por qué le persiguen precisamente a usted?

—Están buscando a todos los judíos, no sólo en nuestra ciudad, sino en todo el país, en todo el mundo. A los judíos les espera el desastre. Pero yo no pertenezco a la religión judía, ni a la cultura judía; yo no soy judío, sólo soy brasileño, como usted, como todos los inmigrantes italianos, alemanes, japoneses, españoles... ¿Por qué todos pueden ser brasileños y los judíos no?

—Usted es brasileño, señor Kapstein.

—No repita mi nombre. Podría haber alguien oyendo.

—¡En qué mundo vivimos! Hitler está exportando su monstruoso... ¿cómo llamarle?... su monstruoso nazismo.

—¡Ni siquiera pronuncie esa asquerosa palabra!

* * *

En Porto Alegre, el Profeta pudo encargarse de aquella botella especial para su aguardiente. ¿Buenos Aires? ¡Adiós!

Preparó muchas cajas y las envió a direcciones falsas, con nombres falsos. Si alguien las seguía, iría en una dirección muy distinta. Por otra parte, pagó el viaje de ida y vuelta a un empleado para que vigilara las cajas hasta Gaurama.

Cuando éste volvió y todo estaba en orden, también el Profeta partió. Pero se detuvo en un lugar a mitad del camino. Hizo aquello por tres veces, yendo y viniendo entre dos ciudades, para que nadie pudiera seguirle.

Ahora ésa era su nueva vida.

Era mejor no volverse a alejar de Pedras.

Y aún mejor, vivir sólo en la finca Omega.

«Comer, beber y vivir feliz, ¿qué más puede desear un hombre bajo el sol?» —había leído aquello alguna vez, pero no recordaba dónde.

¡En la Biblia, hombre!

Pero sólo unos pocos pueden disfrutar de esa vida.

* * *

A su regreso, después de aquellas tristes tareas en Porto Alegre, el Profeta prefirió vivir en la finca Omega. Fabricando aguardiente, leyendo libros, tocando música...

¿Insectos? ¿Para qué coleccionarlos? Hacía mucho tiempo que se había olvidado de eso. La fotografía tampoco le interesaba ya. Cuando Kretz le enseñó nuevas fotos de jovencitas, ya no mostró el mismo entusiasmo:

—¡Qué tontas! Creen que van a salir en revistas europeas.

—Pareces un joven con mal de amores —le dijo su amigo Kretz.

—El Profeta soy yo, no tú. ¿Cómo puedes saber eso? ¿Lo llevo escrito en la cara?

—Con toda claridad. Y hasta podría decirte, proféticamente, cómo se llama tu amor.

—Apostemos algo. Un buen churrasco, pero en mi finca.

Después de pensar por un instante, Kretz dijo:

—Veo que me he equivocado. Creía que te habías enamorado de Milena.

—Te has equivocado. Por favor, encarga una buena carne para el churrasco.

—Cuando has dicho de hacer el churrasco en tu finca, me he dado cuenta de que estaba equivocado. ¡Pero ahora di cómo se llama! Seguro que no es ninguna del pueblo.

—Eso sí que lo has adivinado. ¿Pero por qué voy a decirte quién es y dónde vive? Déjame que viva este feliz mal de amores.

—Profeta, ¿los males pueden hacer feliz a alguien?

—Éstos sí, duelen... o algo por el estilo...

El Profeta soñaba con la maestra argentina.

* * *

Al Profeta le alegró un poco la vida la petición de su amigo Morema para que le hiciera los planos de su nueva casa.

—No sólo quiero que sea nueva, sino de mampostería, no de madera.

—¿Dónde vamos a encargar los ladrillos, las tejas, el cemento?

—Ya sabes, en Gaurama. No ayudaste tú también a construir la casa del cura?

—¿Tienes ya tanto dinero bajo el colchón como para poder construir una casa de mampostería?

—¿Y tu castillo?

—Lo construí con piedras que encontré sobre el terreno, sin pagar nada. Y lo construí yo solo. Además, está fuera del pueblo. Sin contar la del cura, la tuya sería la primera de un cristiano normal y corriente en Pedras.

—Vamos, Profeta, calcula cuánto tendré que gastarme para construir una casa de mampostería. Necesito que sea grande, la familia ha crecido y sigue creciendo. Hay chicos y chicas, nos hacen falta habitaciones distintas para ellos. Y no te olvides del taller. Debe formar parte de la casa.

El Profeta empezó a diseñarla:

—¿Ancha... larga... de dos pisos?

—Hazla ancha, con tejado alto. Bajo éste irán los dormitorios de los chicos. Tiene que haber ventanas en el desván. He visto una casa así en una revista de Nanù.

El Profeta siguió dibujando:

—Mañana tu casa estará lista sobre el papel. Ya verás qué bonita. No tienes que pagarme nada por el trabajo. Por la segunda casa de mampostería de Pedras. Ya vendrán otros y pagarán por tu fama.

Los amigos estaban de acuerdo. Morema lo invitó al bar.

Brindaron por el nacimiento de la nueva casa con Aguardiente Milena. Pero a Morema le gustaba empinar el codo y no paraba. A la media hora estaba borracho. Los amigos y los hijos se lo llevaron a casa con mucho esfuerzo. Sería tan buena persona si no se emborrachara...

Las obras empezaron enseguida. Los cimientos eran de piedra. Éstas no podían faltar en un pueblo cuyo nombre significaba «piedras». Mucha gente fue a ver las obras.

—¡Qué grande es!

—¡De piedra! Una casa de piedra.

—No van a hacerla toda de piedra. Después de poner los cimientos utilizarán ladrillos.

—¿Ladrillos? ¿Eso qué es? —preguntó un muchacho.

No todos conocían los ladrillos en Pedras.

—¡La casa del cura está hecha de ladrillo, so tonto!

Llegaron carros y más carros cargados de ladrillos. El camino era largo y dificultoso. Enfrente de la casa en construcción se

acumuló una montaña de ladrillos. Arena había de sobra junto al río Uruguay.

—Para poder construir, todavía hace falta cemento.

—No, el cemento no nos hace falta para los ladrillos, sino para el estucado. Para los ladrillos utilizaremos la ceniza de las chimeneas y de los hornos. Mezclaremos arcilla y cenizas. Será un mortero bastante bueno.

—Si es tan fácil construir una casa de ladrillo —dijo el vecino, que vivía al lado de la casa en construcción—, me pondré a fabricar ladrillos. Cambiaremos nuestras casas de madera por casas... ¿cómo se dice?... de mampostería. No sólo el cura va a tener una casa de ésas.

Marditi, el futuro fabricante de ladrillos, no era amigo del cura. ¡Él tampoco!

Cerca de la casa en obras estaba la de Nanù. El Profeta, que supervisaba la construcción de la casa, pasaba mucho tiempo con su amigo Nanù.

—Parecen dos profetas —decía la gente de ellos.

Cuando construyeron el tejado, tan alto, la admiración de la gente fue todavía mayor.

—¡Un tejado con ventanas! Parece un segundo piso.

Pasaron muchos meses. Aunque trabajaran muchos hombres, hizo falta mucho tiempo para terminar las obras.

Sobre la puerta de entrada escribieron en piedra la fecha de construcción: 1937. Pero el número 7 estaba tan mal hecho, con aquel trazo no del todo horizontal en el medio, que algunos leían 8. No, 9...

Eran analfabetos, sí. Pero el que había escrito la fecha también era analfabeto. No había sido muy hábil «copiando» aquellos símbolos. Y como la fecha estaba picada en la piedra, se quedaría así para siempre, aunque estuviera mal escrita.

* * *

La vida de Pedras transcurría sin más novedad.

¿Seguro?

Cuando llegaban forasteros, todo el mundo quería saber quiénes eran.

Llegaron tres hombres jóvenes, vestidos de manera un tanto extraña. Parecían ir en uniforme. Los tres llevaban camisas verdes. Se quedaron tres días en el pequeño hotel. No hablaron con nadie. No bebieron alcohol.

La noticia llegó a oídos del Profeta:

—¿Camisas verdes?

—Sí, siempre llevan camisas verdes. ¿Sabes si eso significa algo?

—¡Maldita sea! ¡Esto no puede pasarme a mí!

El corazón del Profeta latió de miedo.

—Sólo falta que tengan este símbolo en el brazo —y dibujó la letra sigma.

—Eh, Profeta, pon la letra de otra forma, está del revés.

—Os estoy preguntando si habéis visto este símbolo. No es una M, es otra cosa. ¿Lo habéis visto?

—¡Sí! —dijo un muchacho— Yo lo he visto. En la manga de la camisa.

—Así que han llegado hasta un pueblo del interior... ¿Quién ha hablado con ellos?

—No tenían ganas de hablar. Les preguntamos de dónde venían, pero no nos contestaron. Parecen gente poco amistosa. Ni siquiera aceptaron beber aguardiente de caña, un insulto para nosotros. Sí, son poco amistosos.

—No sólo son poco amistosos. Son enemigos —dijo el Profeta.

Pero los demás no entendieron sus palabras.

Al cabo de tres días, aquellos individuos con camisa verde se marcharon.

Pero durante la travesía por el río le hicieron muchas preguntas al barquero. Querían conocer los nombres de los más ricos del pueblo. Y también la religión de sus habitantes, si eran católicos, si eran protestantes... También preguntaron por el cura.

—¿Les has dicho algo de mí?

—No. He desconfiado enseguida de ellos y no he dado ningún nombre. He respondido vagamente. ¿Tienes miedo de algo?

—¿No has dicho nada de mi finca de la colina?

—Nada de nada. No me lo han preguntado. Ya he dicho que desconfié enseguida de ellos. ¿Quién les ha dado permiso para hacerme un interrogatorio?

«Tal vez se hayan equivocado de persona. Tal vez les han dicho que interroguen a la mujer del barquero. Si se lo hubieran preguntado a ella, habrían obtenido más información de la que buscaban. Por suerte, no ha sido así.»

El Profeta volvió a casa con aquellos pensamientos.

Aquella noche tuvo un comportamiento misterioso. Casi no habló con Luisa ni con Milena. Permaneció largo rato sentado en el escalón de la puerta de casa.

¿En qué pensaba o con qué soñaba el Profeta?

Si Luisa se lo hubiera preguntado, tal vez no habría respondido.

«¡CUANDO SEA CURA, NO TE VOY A DAR LA COMUNIÓN!»

El año 1937 transcurrió sin más novedad, salvo la casa que le estaban construyendo a Morema. Todos querían verla. Sólo se admitían visitas los domingos, para no entorpecer las obras.

¿Qué se podía hacer los domingos por la tarde? Después de comer no se podía hacer nada, porque a las tres empezaba el servicio religioso. Que no misa. Aun cuando el cura no se hallaba presente, porque estaba de visita en otros pueblos, alguien presidía la ceremonia. Se rezaba el rosario.

Antes de las oraciones, niños y muchachos hacían de las suyas. Solían robar fruta en las proximidades. Los más mayores, si era verano, preferían dormir la siesta.

Las chicas se ponían sus mejores vestidos para la oración vespertina. Iban a encontrarse con sus novios, o tal vez encontrarían a su primer amor.

Los hombres todavía no podían ir al bar. De hacerlo, se quedarían allí y no irían a misa. Así que, para no caer en la tentación, echaban un sueñecito en casa.

Durante la oración, si el cura estaba presente, adoraban la hostia consagrada en aquel sagrario especial con el que el cura bendecía al pueblo. Primero bendecía con incienso. El humo subía hasta el techo y con el aire se dispersaba por toda la iglesia. A algunos les gustaba el olor, pero provocaba el vómito en las mujeres embarazadas.

Al terminar el servicio vespertino, todo el mundo se sentía libre. Los niños corrían a divertirse, los muchachos a jugar a la pelota... Pero esto, después.

Antes, los chicos salían a toda prisa de la iglesia para ver a las chicas, que salían más ordenadamente detrás de ellos. Se sabían su papel. Si ya eran novios, caminaban de la mano. Los más atrevidos le ponían la mano en el hombro a su novia, la cual, con la nariz tiesa y sacudiendo el pelo de izquierda a derecha, caminaba orgullosa entre la gente, como si quisiera decir: «Éste es mío». El escenario de estos encuentros era la gran escalinata de enfrente de la iglesia.

Los hombres sabían adónde ir: al bar, donde jugarían a las cartas hasta la noche. Siempre bebiendo aguardiente de caña, junto a

borrachos peleones. A veces había riñas incluso entre amigos y vecinos. Todo por las cartas.

Las viejas se sentaban delante de sus casas, listas para chismorrear. Siempre los mismos temas: enamoramientos, amores presentes, futuros o pasados, el sermón del domingo... ¡Qué vida más agitada!

Cuando se cansaban de parlotear y de beber mate, algunas iban de visita.

* * *

Volvió el verano. Días tórridos. Si llovía, las calles se llenaban de barro y se hacían intransitables. Si el tiempo era seco, el viento traía una polvareda sucia y molesta. Barro rojo, polvareda roja.

Erna Lippe, que tenía una pequeña tienda, fue a visitar a Ema la zapatera. A las mujeres se las solía conocer por el oficio de su marido. Lo que significa que había una zapatera, una molinera, una carnicera (¡sí, eso mismo!) y una herrera (que nunca había cogido un hierro con las manos), aunque no una modista, ya que ésta era conocida como la costurera. No había posibilidad de confusión, porque sólo había un profesional de cada clase. Quitando a los comerciantes, que eran dos. Otrora habían sido tres, pero este último, después de un robo en su tienda, se trasladó a otra parte.

El caso es que Erna y Ema deseaban ver la casa en construcción de Gina, la mujer de Morema. De haber sido comadres, hubieran ido a visitar la nueva casa más a menudo. Gina siempre se enorgullecía de que la gente fuera a visitar las obras.

Por el camino se les unieron otras mujeres, de modo que se formó un buen grupito. Ema llevaba a su hijo de tres años, que de adulto sería cura.

Gina se lo enseñó todo:

—Aquí está el salón, la sala de estar. En realidad será el comedor, porque la familia es grande, cuatro hijos, y el quinto que viene de camino.

Siguió la visita. Algunas paredes ya estaban listas...

—Quién lo diría, arena, cemento y cal... ¡qué paredes más monas!

—Aquí a la izquierda está el dormitorio. Ahora estamos entrando en la cocina. Parece grande, pero las tres puertas son un estorbo. Una es ésta por la que hemos entrado, otra da al patio y la otra a la habitación de al lado. Esto no es ninguna puerta, pero molesta todavía más, porque es la escalera que lleva a la buhardilla. Aquí a la derecha está la alcoba de las niñas...

Cuando entró allí vio al hijo de Ema. Éste sentía una necesidad natural, caminaba más deprisa que las mujeres, no podía esconderse... pero la cosa era urgente. Se bajó parte de sus pantaloncitos, se sacó la pilila y... «¡Oh, qué gustito hacer pipí contra la pared!» —dijo, no habiendo leído todavía la Biblia.

Cuando Gina lo vio, se puso a reír y llamó a las demás:

—¡Venid a ver a nuestro curita! Ya me está bautizando la casa.

¡Curita, sí! Ema quería a toda costa que aquel segundo hijo suyo se hiciera cura.

Pues bien, aquel futuro curita de tres años (bien podía ser que el diablo no lo permitiera) terminó de hacer pipí, se dirigió a Gina con el bracito estirado y el índice apuntando hacia arriba y dijo en voz alta y con decisión:

—¡Cuando sea cura, no te voy a dar la comunión!

La sorprendente ocurrencia del niño hizo que las mujeres estallaran en una carcajada. Gina no se contuvo y dijo:

—Seguro que será un cura severo. Ya me está mandando al diablo...

Ema, la madre, replicó:

—No ha dicho eso. Ha dicho que cuando sea cura no te va a dar la comunión.

—Pero es lo mismo, ¿no?

Y sin dejar de reír abandonaron la casa por la puerta lateral. Al lado estaba la casa de Nanù.

Parecía que todas querían hacer revivir la escena del niño haciendo pipí y de la excomunión de Gina. Algunas imitaban el gesto del niño. Cambiaban sus palabras.

Al oír aquellas risas, de la casa de enfrente salieron más mujeres. Había que contarle todo de nuevo y ya se empezaban a añadir cosas.

También Nanù y el Profeta, que estaban pasando aquellas últimas horas del domingo delante de casa, bebiendo mate, sintieron curiosidad y se acercaron al grupo de mujeres.

El Profeta escuchó la proeza del niño. Con una expresión muy afable se dirigió a Ema, que estaba sujetando al pequeño.

—No tengas miedo, niño. A veces el hombre propone y Dios dispone.

Y añadió con mucha dulzura:

—Tú no le darás la comunión a Gina, pero le darás la «comunión» a su hija, aunque ella no la querrá recibir de ti.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Ema con ingenuidad o porque no lo había entendido. —¿Como eres Profeta prevés el futuro?

—No lo preveo, pero puedo decirte que este niño nunca se hará cura.

Ema, la madre, sintió una puñalada en el corazón y respondió:

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Sólo porque no eres católico?

—Sí, Profeta —dijo otra—, ¿cómo puedes decir eso?

—Muy fácil. Porque es muy buen chico.

Y acarició con dulzura al niño, que le respondió con una sonrisa, pero escondió la cabeza entre los pliegues de la falda de su madre.

Gina no quiso dejar escapar la ocasión:

—Si puedes predecir el futuro, Profeta, dime si será niño o niña. Ya tengo dos chicos y dos chicas. ¿Qué será el quinto?

El Profeta se acercó a ella. Aprovechó la ocasión e hizo el papel como sólo él sabía hacerlo. No olvidemos que era un artista, un actor.

Acercándose a Gina, le preguntó seriamente y con el mayor respeto:

—Si me dejas que te ponga las manos sobre la tripa, escucharé y descubriré lo que deseas saber.

—Hazlo. ¿A qué esperas? —dijo Gina, con curiosidad.

El Profeta se arrodilló ante ella, con una sola rodilla. Levantó las manos —las dos, sí— y las apoyó sobre la barriga de la futura mamá.

Las otras mujeres no querían perderse detalle y se pusieron en círculo, dándose codazos unas a otras.

El Profeta se dio cuenta:

—No os echéis encima. Apartaos un poco. Necesito silencio absoluto para poder oír, por favor.

Las mujeres obedecieron y se apartaron. Pero sólo un poco.

El Profeta volvió a apoyar las manos, y también un poco la cabeza, e hizo como que escuchaba. Retiró las manos, se las llevó a las orejas, inclinó la cabeza, cerró los ojos. Empezó a hablar, muy lentamente, vocalizando las sílabas, pero en voz alta, para que lo oyeran todos los presentes y también Nanù, que estaba un poco más lejos:

—En la tripa hay una niña. Sin ninguna duda.

Las mujeres se miraron unas a otras, abriendo los ojos con asombro. Todavía estaban en absoluto silencio, cuando de pronto Erna dijo:

—Sois unas bobas si le creéis. Es un farsante. Nos está engañando. No se puede bromear con una cosa tan seria. Pensad en la madre, si espera una niña y después es un niño... ¡Illusas!

Si alguien es profeta, que adivine lo que decían aquellas mujeres al mismo tiempo entre ellas. Hasta que Gina, la más interesada en todo el asunto, volvió a preguntar:

—¿Cómo puedes saberlo? ¿Has oído o visto algo?

El Profeta calló.

—Ah, no quieres o no puedes desvelar tu secreto, ¿no? Si has podido adivinar eso, dime algo más sobre mi hija.

El Profeta volvió a poner las manos sobre el vientre de Gina, repitió la misma escena de antes y dijo:

—Tu hija nacerá en mayo.

—Sí, ya he hecho los cálculos, a finales de abril o primeros de mayo. Para eso no hace falta ser profeta —despachó Gina.

—No me gusta tu exhibición de incredulidad. Te digo que tu hija nacerá el miércoles 2 de mayo de 1938.

Ahora todas lo miraban con admiración y respeto. El Profeta siguió hablando más fuerte y con más solemnidad:

—Y la llamarás... —hizo una larga pausa— Ada.

Casi todas preguntaron a Gina al mismo tiempo si ya había escogido aquel nombre.

—No, no he pensado para nada en ese nombre. De hecho, no hemos pensado en ningún nombre femenino, sólo tenemos un nombre de chico.

—¿Entonces cómo puede decir el nombre de una niña que todavía no ha nacido? Suponiendo que sea una niña... ¿Tú te lo crees?

A oídos de Gina llegaron muchas otras preguntas.

—Somos unas bobas —volvió a decir la incrédula Ema—. ¿No veis que Nanù está allá, riéndose de nosotras? Habrán preparado toda la escena entre los dos.

Pero ya estaba oscureciendo y era hora de volver a casa. Imagínense los comentarios. De camino a casa, las mujeres tenían que pasar por delante de otras comadres y vecinas. La lengua les escocía por el deseo de chismorrear acerca de las increíbles profecías.

Al día siguiente, todo el pueblo hablaba del asunto. Pero si alguien se hubiera tomado la molestia de narrar la historia, habría dado diferentes versiones: que la niña se tenía que llamar Ada, Alda, Adi, Aldina, Aída... que si no la llamaban así nacería fea, enferma, pesando un sólo kilo, y moriría antes de un mes... Se llegó a decir que si no la llamaban así, el pueblo se vería sumergido por una inundación y su casa, todavía en obras, acabaría destruida. Imagínense, una casa de ladrillos y de piedra, junto a aquel riachuelo, el Ariquehana, un arroyo insignificante... Qué cosas no se inventa la gente. ¡Como para creérselas!

* * *

Pasaron los meses. La gente no se había olvidado de la profecía. Algunos confesaron que no habían podido dormir bien a veces. Si el Profeta hubiera adivinado lo que hacían...

Los jóvenes, en cambio, prepararon una bulliciosa fiesta. Si se cumplían las predicciones, celebrarían que el Profeta había tenido razón; en caso contrario, que el Profeta se había equivocado. Al final se formaron dos grupos. Los que perdieran pagarían la fiesta. Se hizo una votación: en una hoja de papel escribían su nombre y al lado «tiene razón» o «se ha equivocado». Metieron la hoja en una hucha, que romperían cuando naciera la hija (¿o el hijo?) de Gina.

Quien quisiera participar en la fiesta debería votar. Hubo más de un centenar de votantes. La fiesta se haría en la casa para fiestas de la iglesia. Por eso el cura también votó. Y no lo hizo en secreto:

—Nadie puede predecir el futuro. Está escrito en la Biblia. Sólo los profetas de verdad. Así que vuestro profeta fracasará.

Abril llegó a su fin y Gina no tuvo a su hijo.

Creció la excitación. Ya había pasado Pascua y se podían celebrar fiestas. Se preparó un baile para aquella misma noche. Sí, habría fiesta, la gente comería churrasco y bailarían, todo en la misma noche, como si fuera un día festivo.

Primero de mayo. El hijo no llegó. La familia de Gina casi tuvo que hacer guardia delante de casa para no dejar entrar a nadie. Y detrás de casa, en el patio, algunas mujeres...

¡Creed en nuestro Profeta, gente! El miércoles 2 de mayo, al amanecer, nació...

—¡Una niña!

—¡Una niña! ¡Una niña! ¡Una niña! —el grito resonó por todo el pueblo y a muchos les cogió todavía en la cama.

Creed en nuestro Profeta. Los padres no dudaron ni un instante en cuanto al nombre:

—¡Ada! Se llama Ada. Como anunció el Profeta.

La pequeña hizo que el pueblo celebrara una fiesta no programada. No, ella no, el Profeta.

Éste no habría podido hacerse más famoso. Algunos tenían miedo de sus poderes:

—¿Conocerá mis secretos, tal vez?

Otras mujeres embarazadas lo importunaron. Así que él no quiso participar en la celebración. Pero lo llevaron hasta allí.

Sólo el cura quiso cambiar la profecía. No cambiarla, sino añadir algo. Quería hacer creer que el Profeta no había acertado de lleno. Que sólo los profetas bíblicos... repetía.

—La niña no se puede llamar únicamente Ada, porque ése no es nombre de santa, no existe ninguna santa que se llame Ada. Así que tenemos que darle un segundo nombre, el del santo o el de la santa del 2 de mayo, o el de cualquier otro santo.

—Será bautizada como Ada Marcia Morema —decidieron los padres, con obediencia.

¡Créanme! Nació una niña rechoncha, fuerte y sanísima.

Y muy guapa.

—¡Y siempre será guapa! —añadió el Profeta. ¿Había alguna duda?

Gina y Giovanni eran los padres más felices y orgullosos de Pedras.

* * *

Giovanni Morema quería celebrar la construcción de su nueva casa y el nacimiento de aquella hija ya famosa con una gran churrascada. Pero cuando se termina de construir una casa, se acaba también el dinero...

—Dejemos la fiesta para... —Morema no podía prever una fecha— Para cuando se pueda. Esperad.

Pero sus familiares querían celebrar igualmente la construcción de la nueva casa. Si no con una churrascada, ¿por qué no con una cena especial? Se pone a cocer carne de gallina con mucho caldo, sin añadir verduras. Cuando se come y se bebe, se le añade queso rallado y vino. Normalmente se bebe en taza y se come la carne en un plato. Algunos se lo comen con pan, que mojan en el caldo.

Aquellas cenas a base de caldo eran famosas en el pueblo. Los chicos las organizaban con cualquier ocasión: un cumpleaños, un bautizo, o aun sin motivo. Sí, los chicos, y no las chicas.

La ceremonia exigía un extraño procedimiento: debían robar las gallinas de la casa —del gallinero, obviamente— donde la fiesta tendría lugar. Al llegar a la casa, le exponían a la dueña:

—Venimos a la cena con caldo, traemos las gallinas. Ya están desplumadas.

Esto, evidentemente, para que la dueña no pudiera reconocer a sus gallinas por el color de las plumas. Pero al día siguiente la dueña calculaba cuántas gallinas le habían robado los chicos.

La gente no se quejaba demasiado por aquella extraña costumbre, porque a todos les llegaba su turno. Así ajustaban las cuentas.

Pero en casa de Morema no había suficientes gallinas, ya que en las fiestas habían participado muchos, amigos, conocidos, albañiles... Sin tregua, durante más de una semana, todas las noches.

—Por lo menos gallinas no compro. Las nuestras se las han comido todas. Gina quiere comprar más, pero mejor esperar a que terminen las fiestas, porque si no van a robar ésas también —decía Morema cuando todavía no iba borracho.

SEGUNDA BARCA A MOTOR

Las fiestas llegaron a su fin.

Pedras volvió a su vida normal.

El Profeta tenía una barca en la primera ensenada. Una barca a motor. Podía navegar por el agua con más facilidad que los otros, que tenían que remar. Podía llegar muy lejos y volver con la misma facilidad. De este modo, junto a Luisa y Milena, a veces viajaba durante varios días, incluso durante toda una semana.

No había problema para comer. En el río había peces en abundancia. A veces se detenían durante un día entero a la orilla del río y Vigo iba de caza.

¡Qué vida más hermosa!

Pero el Profeta pensó que le hacía falta una segunda barca. ¿Por qué? Ni él mismo sabía por qué.

—Si una se avería, tendremos otra.

—Basta con tener un motor de reserva.

—Pero yo quiero otra barca a motor. La dejaré en la ensenada norte. La usaremos para ir contra la corriente, así podremos evitar el recial delante de nuestra finca.

Dicho y hecho. Construyó la barca en la vieja casa de madera. ¿Cómo la llevaría hasta el río?

Muy sencillo: sería fácil hacer bajar la barca por la pared escarpada. Muchas cuerdas, pequeños rodillos. Despacio, despacio... Un ruido repentino los asustó a todos. Se había roto una cuerda, la barca quería bajar más deprisa hasta el agua.

Las cuerdas, por supuesto, no llegaban al agua. El Profeta paró la barca y tuvo que recoger las cuerdas. Al final alcanzó el río.

Aquel mismo día le puso el motor y navegó río arriba. Nuestro terceto llegó muy lejos. Se detuvieron frente a una cascada.

Primer viaje.

La barca encontró un buen punto de atraque en la ensenada. Allí abajo, el Profeta halló lo que era casi una cueva. Quien mirara desde arriba, desde la finca, no vería la barca. Era un buen escondite.

El Profeta se quitó un extraño peso de encima.

Pero Luisa y Milena no lo entendieron.

HACIA UN NUEVO PARAÍSO

Entretanto, el pueblo había vuelto a su ritmo de vida normal.

¿De verdad normal?

También en un pueblo perdido del interior pueden ocurrir cosas desagradables.

¡Los nazis volvieron a aparecer!

Nuevamente en un grupo de tres. ¿Serían los mismos?

Justo después de haber pasado el río, dos de ellos se pusieron allí mismo, a la entrada de la ensenada, e incluso enfrente de la caseta flotante, delante del ascensor. Así pues, ya conocían el sitio o habían sido informados. ¿Se atreverían a subir con el ascensor?

Era de esperar que no, porque no sabían ponerlo en marcha.

El Profeta no estaba en la finca, sino en Pedras. Cuando se enteró de la desagradable visita de aquellos tipos de la sigma, en un primer momento no supo qué hacer. Su primer impulso fue el de matarlos. No le habrían faltado amigos dispuestos a satisfacer su deseo.

—Es mejor detenerlos. Si quieren quedarse en el camino, vale, pero han entrado en la caseta que tienes delante del ascensor. Sin una orden judicial, es violación de la propiedad privada.

—Dirán que allí, en el río, no es de tu propiedad.

El delegado de policía estudió el problema. Aquellos individuos le enseñaron una orden del juez que los autorizaba a registrar toda la finca y a solicitar intervención policial en el caso de hallar resistencia. Tenían un documento especial con instrucciones para el delegado de policía de Pedras. Así que... ¡él debía obedecer!

Muchos habitantes de Pedras estaban aterrorizados:

—Si buscan a un hombre tan importante, ¿qué será de nosotros, pobres gentes?

—¿Cómo está reaccionando el cura?

—Es amigo de ese movimiento de la sigma. Lo dijo cuando iba un poco contento.

—Me siento impotente ante un poder desconocido. ¿Cómo no voy a tener miedo? A mi padre lo mataron. Han desvalijado o destruido mis propiedades en Porto Alegre. Ahora asaltan mi finca... —el Profeta reveló a sus amigos detalles que no conocían.

—¿Asaltar? Bah, no pueden hacer eso. No tres jóvenes solos...

Sus amigos querían ayudarlo.

* * *

Su amigo Morema entró en la finca. Cuando estuvo frente al ascensor, dijo que había ido para repararlo. Por lo cual había llevado muchas herramientas e hizo como que trabajaba. No prestó ninguna atención a los forasteros. Los intrusos lo miraban trabajar sin entender lo que hacía.

Mientras tanto consiguió subir, cada vez más alto. De hecho no dejó el ascensor fuera de uso. Había ido precisamente para hacer lo contrario.

Informó a las mujeres.

¡Imagínense el miedo de Luisa y Milena!

Morema intentó tranquilizarlas. El Profeta encontraría la solución. Aquello era un atropello.

No resultó fácil.

Morema volvió abajo sin poner en marcha el ascensor. Sólo un loco lo haría... Podría haber bajado volando, mucho más deprisa.

—El ascensor no funciona. No consigo arreglarlo. Tiene que venir un técnico desde Porto Alegre —intentó engañar a aquellos individuos.

Ellos no dijeron nada. ¿Le habrían creído? ¿Se irían de allí?

Uno de ellos se metió en la barca. Si el Profeta llegaba, no podría escapar. Ellos tenían una barca a motor. Y si intentaba huir por otros medios...

* * *

Al cabo de tres días, el Profeta tuvo una idea. No podía llegar hasta la finca con el ascensor. No podía atravesar aquella maraña de espinos de la colina. Pero podía llegar por la parte norte del río y subir con la escalera de cuerda.

Fue hasta Queimados, un pueblecito hacia el norte. Partió con un amigo. Un kilómetro después, su amigo continuó el viaje. Si alguien le seguía... De hecho el viaje era un engaño.

El Profeta se adentró en el bosque que había junto al río y lo atravesó con gran dificultad debido a lo escarpado del terreno. Al llegar al río, ¿qué podía hacer?

Bordear el río hasta llegar a la ensenada norte de la finca.

Pero no se dio cuenta de lo difícil que era hasta que no hubo llegado a aquel sitio. La cuesta caía en picado y resultaba imposible llegar hasta el escondite donde estaban la barca y la escalera de cuerda.

Las aguas del río se habían elevado. Era casi una crecida. Resultaba imposible ir a nado; las aguas eran turbulentas y en la ensenada formaban unos remolinos terribles.

El Profeta probó a trepar. Tal vez encontrara una salida.

No encontró ninguna.

Se estaba haciendo de noche.

—¿Voy a pasar la noche aquí? ¿Sin comer?

—¿Y qué haré mañana?

—No, tengo que encontrar la solución ahora.

—¡Que los diablos me echen una mano! —gritó al río.

—O mejor dicho: ¡que los santos me echen una mano! —empezaba a hacerse creyente.

Y así fue, ¡los santos salieron en su ayuda!

—Diablos o santos, no lo sé.

Por el agua llegó un gran tronco de árbol, muy largo y muy grueso. Se acercó a la orilla.

Idea fulminante, acción fulminante. El Profeta saltó encima del tronco.

Llegó flotando hasta la ensenada y la bordeó hasta detenerse justo enfrente de la cueva donde estaba escondida la barca.

¡Estaba a salvo!

¡Gracias a sus socorredores!

* * *

Los tres volvieron a encontrarse. Se abrazaron. El miedo los había unido todavía más.

Pero no pudieron celebrar nada. Ni tocar, por miedo a que aquellos cretinos pudieran subir... con el ascensor. Podían pensar que si alguien había bajado —como lo hizo Morema—, otros

podrían subir. Pero no, aquellos tipos eran unos burros, no sabían pensar.

Prepararon un banquete. ¡Una cena de despedida!
Después tocaron, bailaron, etcétera.
Sobre todo «etcétera».

* * *

Al día siguiente el Profeta explicó su plan:

—Huiré con la barca de la ensenada norte. La he construido a tiempo, ¿no? Me iré en silencio con el motor apagado. Como hay crecida, los reciales han desaparecido. Le he dejado un mensaje a un amigo, que se lo entregará al barquero. Él les dirá a esos cabronazos que he escapado río abajo con una barca de remos. Así creerán que me podrán alcanzar fácilmente con la barca a motor... si es que saben ponerla en marcha. Y si se atreven.

Las mujeres no estaban de acuerdo:

—¡Mejor esperemos! La justicia lo arreglará todo.

—¿Habéis olvidado que individuos como éstos mataron a mi padre?

—¡Pues iremos contigo!

—Vosotras quedaos aquí. Cuando se enteren de que he huido me seguirán. Pero nunca me atraparán, porque tendré casi un día entero de ventaja sobre ellos. Y esos ineptos se ahogarán en los reciales. Estad tranquilas. ¡Pongámonos en marcha!

Luisa y Milena prepararon comida y todo cuanto hacía falta para un largo viaje. El Profeta hizo un esfuerzo para llevarlo todo a la barca con aquella tambaleante escalera de cuerda.

* * *

Cuando se hizo de día... no, no se hizo de día, porque la niebla cubría toda la región y no se veía ni a una distancia de dos metros.

Mejor así. Nadie vería la barca.

La despedida los conmovió. Luisa y Milena se pusieron a llorar.

—¡Ten cuidado! La niebla impide ver las curvas del río.

—¡Espera a salir cuando se vea mejor!

—No vayas demasiado lejos, podrías llegar hasta las cascadas...

A pesar de las peticiones de Luisa y Milena, muchas de las cuales eran bastante sensatas, el Profeta partió.

En silencio.

* * *

El Profeta descendió río abajo, más y más. No hubo ninguna cascada que lo detuviera. Allí las aguas se habían convertido en una corriente normal. Aunque lo hubiera querido, la barca no habría obedecido, a pesar del motor.

—¡Pues al infierno! —gritó.

Lo cierto es que no fue al infierno.

—¡Porque no creo en el infierno! —siguió gritando en el río.

—Me mandan mis enemigos... —dijo, como si le hablara al diablo.

—Está decidido. Cambio de vida por tercera vez.

Y al final, adiós para siempre:

—¡Barquita mía, llévame a un nuevo paraíso!

Índice

Cerveza negra, cerveza rubia	5
Ludvig Kapstein	12
Luisa Dimarti	14
Teresa Landini	17
En un pueblo lejano	33
La historia continúa	48
¡Qué vida!	72
Teresa reaparece	81
Milena	91
¡El diablo ha vuelto!	99
Aguardiente con frutas	105
Primer viaje en balsa	108
Hacia Buenos Aires	111
La ingenua Nilse	115
Gide el Curita	118
Bruna	129
Una nueva vida en Pedras	136
El Profeta enseña	147
Un trío	151
El patrón celebra su día	157
Tragedia en Pedras	166
Un carro lleno de tesoros	173
Tercer viaje	178
¿Nazis en Pedras?	183
«¡Cuando sea cura, no te voy a dar la comunión!»	191
Segunda barca a motor	200
Hacia un nuevo paraíso	201

